

LA TIERRA
DEL FUEGO

SYLVIA
IPARRAGUIRRE

VISÍTANOS PARA MÁS LIBROS:

<https://www.facebook.com/culturaylibros>

ALFAGUARA

Sylvia Iparraguirre

La tierra del fuego



LA TIERRA DEL FUEGO

Sylvia Iparraguirre

ALFAGUARA



- © 1998, Sylvia Iparraguirre
- © De esta edición:
1998, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA.
Beazley 3860 (1437) Buenos Aires
- Grupo Santillana de Ediciones SA.
Torrelaguna 60, 28043, Madrid, España
 - Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA. de C.V.
Avda. Universidad 767, Col. del Valle, 03100, México
 - Ediciones Santillana SA.
Calle 80, 1023, Bogotá, Colombia
 - Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
Doctor Aníbal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile, Chile
 - Ediciones Santillana SA.
Constitución 1889, 11800, Montevideo, Uruguay
 - Santillana de Ediciones SA.
Avenida Arce 2333, Barrio de Salinas, La Paz, Bolivia
 - Santillana SA.
Río de Janeiro 1218, Asunción, Paraguay
 - Santillana SA.
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú
ISBN: 950-511-414-1

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Diseño: Proyecto de Enric Satué

Cubierta: Martín Mazzoncini

Ilustración: adaptación de Naufragio (1805) de J. M. Turner

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Primera edición: agosto de 1998

Cuarta reimpresión: abril de 2000

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras",

—Thomas Jefferson



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4628

Índice

Primer pliego	8
Segundo pliego	29
Tercer pliego	51
Cuarto pliego	79
Quinto pliego	118
Sexto pliego	157
Séptimo pliego	193

a Abelardo

a la memoria de mi padre

¿Dónde termina aquello que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! (...) el hombre que se mueve en estas escenas se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

Domingo F. Sarmiento

*Me atormenta una perdurable inquietud
por las cosas remotas.*

Herman Melville

Primer pliego

[Lobos, 1865]

Hoy, en medio de esta nada, sucedió un hecho extraordinario. Tan de tarde en tarde la llanura rompe su monotonía interminable que cuando el punto vacilante en el horizonte creció y fue un jinete, y cuando pudo deducirse que su dirección era la de estas pobres casas, ya la impaciencia nos mandaba esperarlo. Si es que puede llamarse impaciencia el mirar silencioso y obstinado clavado en el horizonte. Cierto que era un hecho inusual, pero su verdadera dimensión, la dimensión que horas después cobraría para mí, no podía siquiera sospecharla cuando desde mi casa, apartada una legua de las otras, lo veía venir, recto, hacia nosotros. Digo nosotros pensando en el puñado de vecinos dispersos que forma lo que llamamos el caserío de Lobos. A unas doscientas varas lo vi cambiar el rumbo hacia el oeste; pude distinguir su perfil y el pelo alazán del caballo. Era mediodía. Ya en el almacén, me dijeron, el hombre preguntó por mí. Le acercaron algo de comer y de tomar mientras mandaban a buscarme.

Una carta a mi nombre en el correo del sur que pocas veces, por no decir ninguna, se desvía hasta aquí. El peoncito que me mandaron agregó, sin bajarse del caballo, lo que le habían dicho que dijera: que sólo en mano me sería entregada.

Observé al hombre antes de entrar. Parecía locuaz. Traía noticias de la guerra con el Paraguay que imaginé a medias ciertas

a medias inventadas, relato que los presentes asimilaban sin pronunciar palabra pero llenándole cada tanto el vaso de ginebra, como una indirecta señal de que les gustaba oír. Pronto notaron mi presencia. El hombre se puso de pie y se limpió la boca con el revés de la mano:

—¿Usted es el mayor inglés?

Antes de que pudiera contestar, el hombre viejo, arrinconado como siempre en el fondo del almacén, dijo:

—No. El mayor era el padre, el gringo. Este es el amigo Guevara, nomás.

El apellido inglés de mi padre —Mallory— había terminado siendo, en la pronunciación común argentina, primero *máyori*, y después, curiosamente, mayor, un grado del ejército, pero no dije nada.

La gente de aquí es parca y desconoce la curiosidad; sin embargo, para mis vecinos iletrados, la carta —todo el gesto del hombre, un tanto solemne, de buscar en la alforja y extraer estos papeles amarillentos, sobados y sellados; de mirarme como si debiera constatar un vínculo entre mi cara y lo que me daba, o como si por mi misma inexpresividad, supongo, desconfiara de que fuera yo el destinatario—, la entrega de la carta tuvo algo misterioso. Los presentes miraron el pliego lacrado con desconfianza analfabeta, como se mira un objeto capaz de desencadenar acontecimientos imprevisibles.

Ahora puedo asegurar que la carta, el hombre que apareció y desapareció en la llanura y lo que acabo de relatar comienzan, para ellos, a pasar insensiblemente al olvido. Aquí, en Lobos, la monotonía de los días es como un río poderoso y lento que desgasta los hechos hasta reducirlos a una piedra pulida, más tarde a un grano de arena, después a nada. Para mí, sin embargo, se cumplió el designio sospechado por mis vecinos, y la carta operó,

en efecto, un cambio imprevisible. Como prueba de esa mutación señalo un hecho por completo ajeno al orden natural de mis días y que sucede ahora bajo mis ojos, sobre esta mesa: el acto o la determinación de escribir.

Cuando el mensajero se marchó y fue tragado nuevamente por la llanura, volví a mi casa al galope, rompí los sellos y los lacres y leí las palabras escritas del otro lado del océano. Leí y volví a leer la carta, una y otra vez. A la tarde, alcé la pipa y el tabaco y dejé la casa. Caminé metiéndome en la llanura donde lo que manda es la comba del cielo, que lo aplasta a uno. Arriba, el cielo de un azul purísimo; abajo, la llanura como un círculo plano. Mi perro Ajax es mi único testigo. El viento barre la tierra seca. Una bandada de biguás corta el aire en lo alto. Volví y me encerré en la casa. Leí otra vez lo que ahora traduzco: ... *siendo usted un testigo privilegiado y directo de los hechos, desearíamos que realizara una noticia completa de aquel viaje y del posterior destino del desdichado indígena que participó liderando la matanza por la que ha sido juzgado en las Islas.*

La carta generaba en mí un malestar creciente. ¿Cuál era la versión requerida del “desdichado indígena”, de aquel hombre llamado Jemmy Button por los ingleses pero cuyo verdadero nombre, su nombre yámana, casi nadie supo? ¿El indio de galera y pómulos relucientes bajo la galera, vestido de levita, especie de cochero achaparrado y grotesco, un Button sumiso y sonriente echando monedas al aire sobre los mugrientos adoquines de Londres? ¿O el salvaje del Cabo de Hornos, desnudo bajo la llovizna helada, con su cuerpo pestilente de grasa de foca, la

crencha informe y la cara embadurnada de negro? O, por fin, el hombre avejentado y sereno que volví a ver años después en el banco de los acusados, en el juicio en las Islas, cuyos ojos impávidos en las hundidas cuencas miraron por última vez a los blancos, a los hombres venidos del este. Había sido sí un curioso destino el de Jemmy Button desde que el Capitán lo tomó como rehén a cambio de unos botones de nácar, pero no había habido “posterior destino” para el “desdichado indígena”.

Pero sobre todo o antes que nada, la carta me planteaba otras preguntas. ¿Cómo habían dado conmigo?, y, aceptando el hecho de que habían sabido cómo encontrarme, ¿por qué la carta había demorado casi seis meses en llegar cuando lo natural hubiera sido, a lo sumo, dos? No había sido violada; era yo el primero en conocer su contenido. Descartada esta posibilidad, imaginé el itinerario: Liverpool o Plymouth, el Cabo Verde, posiblemente las Azores, el Brasil, el puerto de Montevideo, Buenos Aires. En algún punto de la previsible ruta había intervenido el azar. El azar y la monotonía son las dos constantes del océano. El saco de correspondencia habría quedado olvidado debajo de mercaderías de entrega más urgente; o lo habrían desembarcado en medio de la confusión de algún puerto anterior; o, lo más probable, lo que definitivamente había ocurrido era otra cosa: la llegada sin contratiempos a Buenos Aires, única seña además de mi nombre consignada en el papel, donde había quedado olvidada durante meses. Era más que posible, muy de estas tierras cuya indolencia entra, como los ríos y los árboles, en el orden natural de las cosas, que después de semejante viaje por mar la carta permaneciera durante meses a sólo unas cuantas leguas de su destinatario final.

En descargo de mis compatriotas debo decir que, aunque la gente del puerto me conoce bien, hace unos pocos años que he vuelto a establecerme en el país. A todo esto agrego que con una

guerra en la frontera norte por la que el gobierno muestra una adhesión entusiasta, ¿quién iba a ocuparse de la carta a un desconocido, a un hombre que ni siquiera está en el frente? Elijo esta explicación: demorada en el puerto de Buenos Aires, alguien, azarosamente, reconoce mi nombre y la pone en el correo del sur.

Al anochecer, agobiado por las paredes, salí a la galería dejando que de a poco la oscuridad me envolviera. El pensamiento saltaba del presente al pasado, desbocado y ciego, porque la noticia de la muerte del Capitán que, además, me traía el papel, me sorprendió como un golpe de furor por la espalda; muerte firmada abajo, entre los sellos del Almirantazgo Británico, por usted, mister MacDowell o MacDowness. No alcanzo a descifrar su nombre en el dobléz del papel, y esto, presumo, ya significa algo. El sello pomposo y los muchos trajines que ha sufrido la carta me impiden distinguir su firma con claridad. Más insatisfactoriamente aún, del mismo modo que no puedo desembrollar las letras de su nombre, no puedo dar a ese nombre una cara. Una cara desconocida a miles de millas de distancia, en alguna de las innumerables y desabridas oficinas del Almirantazgo. Ese lugar, al menos, puedo recordarlo con detalle. Conocí los corredores de mármol y los techos artesonados bajo los que el Capitán hablaba cautamente con los dueños del Imperio y conocí también las dependencias subalternas donde escribientes sumisos esperan órdenes. Asumo que usted pertenece a las segundas.

Pero si su cara y la mesa en la que se ha escrito la carta se desvanecen en el aire, el papel, en cambio, es real, puedo tocarlo. Las palabras son precisas y me están dirigidas, han venido a buscarme al otro lado del mundo y me arrastran al pasado con la fuerza de un vendaval. El peso, ¿podré escribir el *pesar*?, lo cargan

definitivamente las palabras finales: bajo los sellos y los lacres, estas escuetas palabras sobre el Capitán, que, traduzco: *lamentamos comunicarle se quitó la vida, cortándose el cuello con su propia navaja, hace tres días, exactamente el 30 de abril de 1865*. Esas frases finales, tan curiosamente precisas en una carta oficial, tal vez deliberadas, al margen de su propósito me conmovieron, porque el Capitán pertenece a esa raza de hombres a quienes no se puede imaginar muertos y menos degollados por su propia mano, pertenece a la raza de mi padre.

La noticia, ocurrida meses atrás, me sucedía a mí ahora, se desarrollaba allí, ante mis ojos, en el presente absoluto de la carta: el Capitán, tal como yo lo recordaba con imborrable nitidez, en su casa cercana a Londres, en el vestidor contiguo al dormitorio, iniciaba frente al espejo el gesto tranquilo de empuñar la navaja; en el mar, lo había visto muchas veces ejercer esa serenidad en momentos desesperados. Una frialdad que en el fondo resultaba ser la autosuficiencia del orgullo extremo. Impotente, asistía desde aquí al movimiento de alzar la navaja, lo veía cruzar el brazo y apoyar el filo bajo la oreja izquierda con precisión maníaca, su otra mano sosteniendo el codo para que el brazo no se niegue; veía el gesto veloz, el salto despavorido de la sangre sobre el espejo, la pesada caída del cuerpo, el cadáver en el piso, seguramente vestido con su traje de marino. O, tal vez, con su traje de marino es lo que me gusta pensar.

El Capitán no era hombre para estar en tierra. Debo anticiparle, míster MacDowell o MacDowness, algo que me incluye. El mar es un exceso y los hombres dados a navegar comparten una clase de locura que los que han permanecido siempre en tierra no alcanzan a comprender. Los días y las noches

en el mar no se miden por días y noches sino por el cansancio invencible que sigue a la lucha con la tormenta, por el desolado precipitarse de un cadáver en el océano, por el escorbuto y la fiebre, por el esplendor de las mañanas, por el movimiento de las estrellas entre los mástiles victoriosos.

La carta actúa en mí como una especie de veneno, como aquel brebaje de las Islas Fidji que ponía pasmosamente ante los ojos imágenes de una fijeza alucinatoria de las que no se podía despertar o salir o huir. Ya noche cerrada, entré en la casa, encendí la lámpara y las velas, me serví una copa de vino, dispuse sobre la mesa la pluma y la tinta y escribí lo que copio: *Muy señores míos: su carta llega a mis manos cinco meses después de ser fechada en Londres. No sé cuál será el destino de la mía ni en qué forma puedo ayudarlos con los hechos que se me pide les narre. Hechos tan lejanos en el tiempo que no sé si sabré cabalmente referírselos...*

Esas líneas, en una hoja aparte, son el único intento formal de contestar su carta, míster MacDowell o MacDowness.

Lo primero que acude es el fuego perforando la noche más oscura del planeta, fuegos devorados por las ráfagas desatadas del viento que dejaban mudo de expectación y temor al que miraba desde la borda.

Entre los 64 y los 70 grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich y los paralelos 52 y 56 de latitud sur, se extiende el último fragmento de América del Sur: la Tierra del Fuego, la *Terra Incognita Australis*, abierta, desgajada en islas y canales interminables de modo tal que si un hombre se plantara en la costa

norte del estrecho de Magallanes mirando al sur, tendría ante sí, en línea recta y a unas pocas millas, el punto extremo de este conjunto, las islas más australes del continente, el Cabo de Hornos, donde se juntan furiosamente los océanos; hacia atrás, el hombre cargaría sobre sus espaldas las Américas del Sur, Central y del Norte con sus trópicos, su ecuador, con todos sus ríos, selvas y montañas, hasta Alaska. Pero plantado aquí, en este hemisferio, al borde del estrecho, si el hombre alzara su cara al cielo, podría ver sobre su cabeza la legendaria belleza de la Cruz del Sur, joya inapreciable de los navegantes del norte, y luego, si el hombre abriera los brazos en actitud mimética con la constelación que ha mirado, si los abre en toda su anchura, su mano izquierda señalaría la embocadura del estrecho por el que tanto penaron los asustados y perdidos españoles, las costas a las que Pigaffeta nombró como la tierra de los fuegos, por la cadena rojiza de las fogatas con las que los habitantes del país se avisaban del paso de extraños y enormes seres combados y arbolados que iban por el agua pero que no eran ballenas. A su vez, su mano derecha extendida señalará las montañas del oeste, la cordillera que, bajando desde el norte, se hunde y emerge en la isla grande para recorrerla en sentido oblicuo, como el último tramo de la cola negra y quemada de un dragón cuya punta rocosa sale por última vez en la isla de los Estados, y que subiendo otra vez hacia el norte, erizando su colosal espinaza por distintos climas, hace torsión a la altura de las paletas para avorazarse sobre el mar Caribe en las verdes desembocaduras del Orinoco. Pero aquí, el hombre plantado sobre el estrecho, por encima de la cola del dragón, más al sur de las planicies y los picos magallánicos, más allá de las montañas azules y espectrales donde los hombres venidos del este soñaron el valle encantado de los inmortales, la Ciudad dorada de los Césares, el hombre miraría obstinadamente el Sur, en línea recta, hacia el Cabo de Hornos.

Doscientas millas más abajo, las veladuras de la niebla se abren y cae la lluvia sobre las últimas islas, el viento sin fin levanta olas gigantescas y heladas, la espuma vuela en todas direcciones. El Cabo de Hornos, lugar de barcos naufragados, donde los marinos, agobiados por el triste prestigio de ese punto en el que los océanos convergen como si lucharan, y por la idea obsesiva de perderse en el laberinto de islas y canales envueltos en eterna bruma, creían escuchar el quejido de los ahogados, el susurro de los náufragos muertos hacía siglos que parecían llamar, pedir auxilio desde las costas sombrías. La visión aterradora, una mañana, de una vela rígida, envuelta en hielo, a la que los marinos nos pusimos a golpear como si se tratara de deshacer un mal presagio. Es más, lo que acude no es lo que más tarde supe y vi de aquellos lugares, sus pequeñas y serenas bahías sobre las que se inclinan árboles rojos y en las que los fuegos se reflejaban como estrellas, sino mi primera y engañosa impresión de marino novato. Acude, ante todo, esta escena inmóvil: un grupo de hombres ateridos, en cubierta, bajo la llovizna, y entre ellos el Capitán, atento a los mínimos vestigios de la costa y sus fuegos, sabiendo —como yo lo sé ahora— en el fondo del corazón que ese anhelo inexplicable, mezcla de temor y determinación, nacía de la conciencia, del orgullo o de la culpa de estar bordeando los secretos límites del mundo.

Yo tenía dieciocho años y también estaba allí. ¡En el mismo lugar por donde navegó John Byron, abuelo del célebre poeta, quien fundó el primer asentamiento inglés en las Islas a las que otro inglés había llamado Falkland, sin importarle el tratado secular. Las Islas que Anson, hace más de un siglo, vio como la clave de los mares del sur, las Islas que el Capitán relevó según expresas instrucciones confidenciales del Almirantazgo. Pero, sobre todo para mí, esta noche, las Islas donde treinta años más

tarde vería, clandestinamente y por última vez, a Jemmy Button, donde me despedí para siempre de su inescrutable cara yámana.

Una cosa me lleva a la otra. No tengo el hábito de la escritura. El pensamiento va más rápido que la pluma y el orden de los párrafos no es, creo, el preciso. Las palabras son como animales cerriles que salen ciegamente en estampida, juntándose una a otra, siguiéndose una a otra.

No creo que lo que estoy escribiendo sea el tipo de relato que usted me solicita, míster MacDowell o MacDowness. Tengo, de pronto, esa certeza. Faltaría a la verdad si le digo que me importa.

Son las dos de la madrugada. Graciana duerme en el catre. Repongo el cabo de vela para poder continuar. El viento ha cesado y la noche, serena y universal, se adueña de todo. La pampa, que miro a la luz de la luna desde mi ventana, es una inmensidad que provoca primero una nada y más tarde un sosegado pavor. Salvo los bárbaros y algunos gauchos, nadie se aventura en ese silencio. De vez en cuando, tropas de carretas gigantescas, inclinadas hacia la tierra, cruzan el horizonte como barcos perdidos. Si hablo de la llanura es porque sigue siendo para mí algo recuperado. Nací y crecí en ella, me fui cuando empezaba a vivir, y ahora que he vuelto tengo necesidad de nombrarla. Mis compatriotas jamás consideran este lugar, simplemente viven en él.

La carta dice: *La Armada Real, en la que usted sirvió con honor a Inglaterra, le estará agradecida por este último servicio que ahora le solicita...*

Cómo diablos dio la Armada Real conmigo es una de las

preguntas que quedará sin respuesta. Mi desembarco en las Islas pasó, me consta, totalmente inadvertido para las autoridades. Usted no ignora que soy hijo de madre criolla y de padre inglés, y fueron mi aspecto y la lengua inglesa, como muchas otras veces en mi vida, los que me permitieron presenciar el juicio a Button como un marinero norteamericano más.

El desembarco en las Islas, como usted también sabe, míster MacDowell o MacDowness, está prohibido a los habitantes de la Confederación Argentina.

Sin embargo, Gran Bretaña parece saberlo todo. Tal vez su información sobre mi destino provenga de muchos años atrás. Quizá, alguno de mis antiguos compañeros de navegación, interrogado por ustedes, contó, en Londres, mi intención de volver a establecerme en el lugar de mi nacimiento, en este país, al que no titubeo en llamar mi patria. Quizás usted sospeche que no ignoraba los propósitos de aquel primer viaje sobre el que la carta me pide una relación, que conocía las instrucciones confidenciales dadas al Capitán sobre el valor estratégico de la Patagonia argentina y de las Islas...

Están equivocados, míster MacDowell o MacDowness. Lo que sé ahora lo supe mucho después.

Lo escrito puede dar la impresión de que he vivido aislado. No ha sido así. Si bien vivo solo —la presencia de unos peones y de Graciana, la joven criolla que me sirve y vive en la casa no cuenta en lo que digo—, he estado, desde 1858, año en que volví a Lobos para reconstruir esta casa, en contacto esporádico con el mundo a través del puerto de Buenos Aires. Mi último viaje a las Islas y mi asistencia al juicio están en relación directa con mis visitas al puerto y mi conocimiento de barcos y capitanes, entre

ellos, el capitán Smyley. No me importa confesar —a quién, me pregunto— que mi contacto con los marinos de barcos foqueros y balleneros que bajan permanentemente al sur ha sido constante. Por ellos supe, sin asombro, de los misioneros ingleses masacrados por los yámanas y de la investigación que el gobernador Moore había instruido en las Islas y a la que debían también presentarse los miembros de la Misión.

Nada más extraño que aquel juicio en las desoladas Islas que a los veinte años yo había conocido con el Capitán y el doctorcito y a las que, ya entonces, muchos llamaban con el nombre derivado de los buenos navegantes franceses de Saint Malo: Malouinas. A trescientas cincuenta millas de la Tierra del Fuego, el viento seguía barriendo las playas desiertas con la misma indiferente ferocidad que casi treinta años atrás. Reviví el mismo agobio. Viene de la soledad, de los árboles penosamente aferrados a la tierra, doblados en la dirección del viento, lo que causa una sensación casi física de martirio. Para poder pensar, me largué a caminar por la playa de piedras. El viento trajo la vaharada fuerte de una colonia de lobos marinos que poblaba la pequeña península a la entrada de la bahía. Desde allí me llegaron los roncros lamentos que los corpulentos machos lanzan hacia lo alto. También de un golpe, recuperé en los huesos el frío cortante de esa latitud. Agradecí el cobijo de las casas que ya formaban una pequeña aldea y que eran novedad para mí.

Por alguna razón, desde que el *Kimberley*, el ballenero en que me embarqué, puso proa a Sur y volví a ver las costas altas de los acantilados de la Patagonia, el viaje empezó a tomar una cualidad de sueño, como de cosa irreal. Sensación que lejos de atenuarse había aumentado al poner pie en tierra y que sólo concluiría, bruscamente, dos días después al encontrarme a solas, frente a frente, con Button.

Volvía sin apuro hacia las casas y recuerdo el sentimiento de incredulidad que me embargaba ante la inminencia de ver a mi antiguo camarada. Nuestro encuentro en la niebla, cuatro años atrás, no había sido, finalmente, el último. Como en el pasado, volvíamos a ser dos extraños en un mundo que desconfiaba de nosotros. ¿Qué pasaría con Button?; ¿qué haría al verme? Era lo único que ocupaba mi mente desde la salida de Buenos Aires. En Puerto Stanley no se hablaba de otra cosa que de Button, el acusado, y de Alfred Coles, el único sobreviviente de la matanza.

Le confieso que viajé a las Islas con el único propósito, con el secreto designio de ayudarlo, de dar testimonio en su favor, si fuera preciso. No sabía de qué modo o cómo justificaría mi presencia, pero ésta era mi verdadera intención aunque nadie la conocía; ahora la escribo, dejo constancia escrita, míster MacDowell o MacDowness.

Aquella noche en Puerto Stanley, la víspera del juicio, fue una muy larga noche compartida, en parte, con mi viejo conocido el capitán Smyley, comandante de la *Nancy*, la goleta que había traído al prisionero desde Tierra del Fuego. El viento ululaba incesante en la chimenea de piedra junto a la que me había acomodado, y pesaba sobre mi ánimo. Pensaba en lo relatado por Smyley. Allí estaría “el desdichado indígena”, venido del Cabo de Hornos por propia voluntad a declarar, un hombre de cuarenta y seis años, con su rudimentario y cavernoso inglés haciendo frente a los funcionarios de la Administración. La causa: los hechos de sangre, “la masacre” que su tribu había perpetrado supuestamente a su mando.

Es fácil adivinar, debo corregir: para mí era fácil adivinar aquella noche desvelada, que los yámanas se habían hartado de los ingleses y de sus misiones. Los blancos, los hombres venidos del este, habían invadido sus tierras, violado a sus mujeres y a sus

niñas, matado a sus animales; los habían obligado a vestirse y a trabajar, separaban a los chicos de sus padres. También me era fácil adivinar que los ingleses no podían asimilar así nomás el fracaso. La gente se había exaltado, años atrás, ante la misión reservada a Inglaterra: la de evangelizar y educar. El esfuerzo empleado en aquel lugar hostil y remoto, la buena voluntad de la sociedad inglesa, las notas en los periódicos y hasta el interés de la pareja real habían concluido en esto: un acto bárbaro de matanza.

Las esperanzas puestas en un salvaje adiestrado en los hábitos y lenguajes de la civilización dieron como resultado el asesinato. Porque los yámanas los habían matado a todos. Les habían aplastado el cráneo con piedras contra las piedras y más tarde habían subido al barco y habían robado todo. Ni clavos habían dejado en el *Allen Gardiner*, que quedó meciéndose a la deriva, silencioso y lúgubre, en una pequeña bahía cerca del estrecho Murray. Efectivamente, los mataron a todos. El único que se había salvado era Coles, el cocinero de a bordo. Y allí también, como único testigo de los hechos, estaría Coles. Ese pobre diablo, de los que había cientos en Londres, carne de cañón que las ciudades vomitan en los puertos, así decían, enfrentando con su versión a Button. Un poco trastornado, Coles, como me habían contado; los tres meses de cautiverio entre los yámanas lo habían dejado en un estado poco menos que de locura. Todos, frente a la presencia del gobernador Moore, del diácono y de los notables de la Isla. Todos, bajo un rótulo desmesurado que apareció solo y dio vueltas en mi cabeza antes de dormirme: el Imperio Británico contra Jemmy Button.

Y allí, míster MacDowell o MacDowness, como treinta años atrás, cerca de Button, volvía a estar yo. Un clandestino mimetizado entre pobladores y marineros. Como a todos pero más que a ninguno y por distintos motivos, la presencia de Button me

impresionó. Debíó pasar un buen rato antes que pudiera volver en mí y reflexionar sobre lo que estaba viendo. Experimenté, por qué no decirlo, un violento sentimiento de alegría al ver que se sentaba sin amedrentarse en la silla de los acusados, sin sospechar siquiera que allá en el fondo, entre la gente, estaba su antiguo amigo, su camarada. El tiempo pasado y la juventud perdida me desgarraron. Por ahora sólo diré que ese yámana, al que se había decentemente cubierto con ropas inglesas pero que seguía descalzo, ese hombre aplomado y envejecido que llevaba el fuego en su canoa y vivía en un laberinto de islas en los confines del mundo, ese hombre me había mirado una vez en la cubierta de un barco con igual asombro y cautela con los que yo lo miraba. Habíamos navegado en nuestra primera juventud por un océano interminable y habíamos descubierto, juntos, un mundo que ni siquiera sospechábamos que existía. Todo esto, treinta años atrás.

Hace más de una semana que llegó la carta y compruebo que el acto de sentarme a escribir ha ordenado mi vida de una manera singular. La presencia silenciosa de Graciana tiene estos días algo de pregunta. Se me queda mirando sin comprender en qué me afano inclinado sobre la mesa, ni por qué no la busco. Tal vez usted ya sepa, míster MacDowell o MacDowness, que a los cincuenta y tres años la necesidad de mujer puede fácilmente postergarse.

Caigo en cuenta que escribir de día a la luz natural y escribir de noche, a la luz de la vela, son actos diversos. De día me asalta el deseo de hablar de la casa, de los sucesos cotidianos y hasta he vencido, como ahora, la objeción de contar estas insignificancias, por ejemplo que en este momento la pared del fondo se ilumina con el sol poniente, hecho mínimo pero irrepetible que no puedo

dejar de admirar. Hacia la tarde me va ganando la invencible melancolía de la llanura y en la noche me vuelvo febril, como si en vez de escribir luchara contra algo. Es a esa hora cuando se hacen presentes imágenes innombrables, cosas que vi o viví y que acuden como si exigieran que el relato no las excluya: prostíbulos tristes de Madagascar, árboles centenarios cuyas raíces imbatibles perforan las paredes de templos abandonados, islas a las que se debe parecer el Paraíso, puertos de Babel impregnados hasta la pesadilla por la condición humana.

Pero si esto no concierne a la narración, hay algo que sí debo apuntar.

En estos días de silencio y espontánea castidad he reflexionado. Me he visto obligado a reflexionar. Ha sido inevitable.

Por muchos años he vivido en los hechos, dentro de la Historia. Ahora estoy al margen, y puedo descifrar los acontecimientos del pasado como se descifra una escritura. No defiendo ninguna posición; mis compatriotas me dan literalmente la espalda, embarcados en una guerra que no me atañe y que condeno. Nadie mira al sur. En este sentido me siento solo y extranjero. Felizmente no soy un hombre público. No tengo que justificar mis acciones por escrito. Mi vida me pertenece y concierne únicamente a mí y esto es tan cierto que nadie parece notar mi existencia. ¿Cuáles son entonces los hechos en los que participé y que el transcurso de los años hace dignos de contarse? La expedición del Capitán destinada a reconocer y relevar las costas de la Patagonia en el año 1829. Como usted sabe, no era éste su propósito único. Hay dos modos de ver esta empresa, a mi modesto entender: una, la del progreso civilizador, posesión de los

hombres que hacen la historia. En este caso, el fin justifica los medios ya que se trata de llevar la luz de la ilustración a tierras y seres hundidos en la oscuridad. El fin es noble; en consecuencia, los medios pueden no serlo.

Otra lectura es contraria a la supuesta filantropía de los hombres venidos del este —así los llamaban los habitantes de la Tierra del Fuego, así los llamaba Button—; bajo esta manera de ver los hechos, esa supuesta razón civilizadora se transmuta en otra especie de barbarie, más refinada que la barbarie que combate, más taimada. El único lema de este comportamiento puede formularse así: “Todo lo que convenga a los fines, sí; lo que no convenga a los fines debe ser transformado, reducido o eliminado”. *Los fines* debe leerse como *nuestros* fines. Éste ha sido uno de mis motivos de reflexión.

Otro completamente distinto es que, estimulada por la carta, la memoria parece juntar o superponer, para traerlos al presente, hechos distantes entre sí o de diferente naturaleza. Sobre lo que se me pide que relate pesa no sólo lo que vi y viví sino lo que leí o me contaron. Acuden interminables noches marineras plenas de viejas historias de naufragios con las que, al mismo tiempo que se sostenía una tradición, se sembraba de terrores el alma del grumete, tal vez preparándolo para lo que le tocaría vivir. Historias remotas de españoles u holandeses ya tejidas en la leyenda, o historias recientes, indudables en la precisión de detalles, o sucesos concretos como el encuentro con el libro de Melville aquel crudo invierno que nos retuvo en el puerto de Nueva York, el invierno de 1853. Deambulando por la ciudad, di con una librería y en la librería con el libro que me acompaña desde entonces. Sentado en una fonda de los alrededores del puerto, donde algunos compañeros y yo habíamos llevado nuestras cosas hasta que el temporal de nieve amainase, a la luz ya gris de las tres de la tarde,

hasta tal punto macilenta que debí pedir una lámpara, abrí el libro y no pude volver a cerrarlo hasta cuatro días después, cuando pasé la última hoja. Me acompañaba la visión del cuadro que el autor pone en la taberna de New Bedford: detrás del mostrador, oscurecido por el tiempo y el humo, el cuadro no dejaba de atemorizar a quien lo viera. Una ballena, con la ilimitada furia de su poder, atacaba entre los hielos y en medio de olas gigantescas a un barco a punto de ser destrozado y arrastrado al fondo del abismo oceánico. Y esto era en el Cabo de Hornos; la escena del cuadro relatada en el libro sucedía donde yo había estado innumerables veces, recorriendo islas entre la bruma helada, donde un día el Capitán había tomado a Button como rehén, dio como pago un botón y lo subió a cubierta.

He pasado días sin escribir. Si vuelvo a hacerlo es porque he desterrado definitivamente una pregunta que, una vez comenzada esta relación, o como quiera que se llame, saltó sobre mí como un perro sobre su presa. ¿Cuál es la lengua en que estas palabras deberían ser escritas? ¿La de aquí y, puedo decir, la mía, o la de la carta, es decir la de ustedes? Como es evidente, elegí la mía para llevar a cabo este acto insensato cuya misma insensatez me impulsa a cumplirlo. O quizá porque toda historia debe tener su escriba y ya no quiero contar lo que usted me pide sino lo que yo quiero contar, como si de algún modo misterioso su carta abriera una compuerta detrás de la cual todo lo que he vivido hubiese estado esperando una oportunidad como ésta. Aunque nunca me consideré un típico hombre de mar, se sabe que a los marinos les gusta contar historias.

Como sea, la decisión o el instinto de usar la lengua de mi madre y no la de mi padre anula de antemano cualquier posible

comunicación. En consecuencia, no escribo para usted, míster MacDowell o MacDowness de cara desconocida, ni para el Almirantazgo Británico. Por otra parte, en el lugar donde vivo, la línea plana del horizonte conspira contra cualquier intento de acción, lo vuelve vano; tampoco, entonces, escribo para los habitantes de esta llanura, mis compatriotas, que desconocen el extremo austral de nuestro país donde sucedieron los hechos.

Para mi consuelo, he llegado a comprender que el acto de escribir se justifica a sí mismo y no requiere de ninguna explicación. Pese a haber pasado las dos terceras partes de mi vida en el mar, soy un hombre letrado; pero entre Londres y la barbarie, para bien o para mal, elegí la barbarie. Civilización y salvajismo suelen ir juntos. Lo mismo pasa con la escritura y la barbarie, como lo demuestra el célebre Dampier, casi tan buen pirata como escritor. Me apresuro a aclararle que mis pretensiones no son tan altas. ¿Cuáles son? Por ahora las ignoro. Debo, sin embargo, reconocer algo: los libros que he leído se los debo a Inglaterra.

En pocas palabras: en 1830, hace treinta y cinco años, formé parte de la expedición inglesa que llevó a Button y a otros tres indígenas, entre ellos una niña, del Cabo de Hornos a Londres; dos años después, embarqué en la siguiente expedición que los devolvió a su tierra. Seguí navegando algunos años para la Armada Real y, luego, en barcos de otras naciones. Cansado del mar, haré ocho años, volví a mi patria. Un día, supe de la masacre de los misioneros ingleses atribuida al clan de Button y supuestamente liderada por él, por Jemmy Button y por su hijo Billy. Hace cinco años, a principios de 1860, fui testigo de su juicio en las Islas, donde desembarqué en forma clandestina y donde lo vi y hablé con él por última vez. El año pasado supe que había muerto en una

epidemia de viruela. Ignoro el motivo del Almirantazgo al pedirme esta relación. Debe haber uno. Me consta que Gran Bretaña no se mueve sin un propósito. Sea cual fuere, ya no me concierne ni me alcanza. Ésta es mi historia y me pertenece. Destierro desde ahora la carta y sus oscuros designios.

Dicho esto, y antes de continuar, tal vez convenga a este relato decir quién soy.

Segundo pliego

[Buenos Aires, 1806]

Decir quién soy supone hablar del mar. Muchos años antes de ver el mar supe que estaba en mi destino, como estaba en el destino del protagonista del libro con el que William Scott Mallory, mi padre, me enseñó a leer. El mar, su voz y el idioma inglés se juntan indiscerniblemente en los primeros años de mi vida. De mi vida, diré, mental. En mi primer arraigo, en la comida, en el viento, en los caballos y en la llanura están mi madre, Lucía de Guevara, y la lengua española.

Como sea, he estado dilatando el momento de escribir mi nombre. Mi nombre es un híbrido. No puedo dejar de sentir la violencia que su introducción ejercerá sobre lo escrito.

Mi apellido es el materno: Guevara. Los nombres de pila corrieron a cargo de mi padre: John William, que él simplificaba en Jack. Es curiosa, lo admito, la insistencia de mi padre en que mis nombres fueran ingleses mientras que no le importó que mi apellido quedara a cargo de mi madre, con la que nunca se casó. Considero este hecho otro indicio de su esencial desarraigo, de su enigmática vocación de no pertenecer a ningún lugar, de no dejar ni heredero ni apellido.

Noto cierta simetría entre usted y yo, míster MacDowell o MacDowness, entre su carta y lo que escribo. Yo no alcanzo a

descifrar su nombre; a usted lo habrá desconcertado el mío. ¿Quién es entonces el que escribe? Lo diré de otra manera, o desde otro punto de vista, permitido ahora por el nombre ya instalado en el papel: el que recuerda estos hechos y escribe es John William Guevara, un hombre de cincuenta y tres años, nacido en un punto de la llanura de lo que hoy se llama la Confederación Argentina. En un país primitivo, fue criado lejos de casi todo; habla y escribe dos lenguas y asumió, sin saberlo, una suerte de doble identidad, la de su madre: criolla, católica, devota; la de su padre: inglés, protestante, blasfemo. Por la corriente de las lenguas le fueron dadas involuntarias inclinaciones: a lo elemental y a lo firme, por parte de su madre; al desarraigo y a la melancolía, por parte de su padre. De esto resulta, en términos de creencias, un escéptico; y, en términos de carácter, un solitario que a los diecisiete años dejó atrás la llanura y se largó al mar.

Mi madre era una mujer delicada y morena, de pómulos altos y grandes ojos oscuros. Salvo una ciega educación católica, sus padres no habían considerado necesario darle otra instrucción y apenas sabía leer y escribir. Padecía, esto lo decía mi padre, de un “fanatismo servil” frente a los curas, a los que él detestaba. Tenía algo de aturdido y liviano. Solía quedarse largo rato mirándome como si le costara creer esa mutación milagrosa por la cual un hijo suyo tuviera, como decía, “el pelo del color de la arena” y los ojos grises. Muchas veces, enancado en su yegua, me llevaba a comprar velas o azúcar a la pulpería. En la penumbra de adentro, densa del olor crudo a cuero de oveja y sebo de vela, me hacían hablar inglés. Que yo, siendo un niño de cinco o seis años, hablara en extrangis constituía una rareza que estaba entre el prodigio y la feria. Me paraban sobre un barril y ordenaban:

—Hable en gringo, hable en gringo.

Yo primero me quedaba mudo; después, tal vez alentado por esa súbita atención sobre mi persona, empezaba a hilvanar frases sueltas y a nombrar objetos del lugar. Cada palabra era festejada con exclamaciones y risas que estallaban y hacían que mi madre acudiera, inquieta, a rescatarme de esas rondas de hombres risueños o torvos que al oírme se retrotraían a un pasado cercano en sus memorias, a hechos de sangre ocurridos años atrás, antes de mi nacimiento, con los que habían probado algo heroico que yo no alcanzaba a entender aunque me lo decían, como si quisieran ganarme para su causa. Años después lo comprendí: yo, hijo de un gringo y una criolla, venía a ser la prueba de que aquella contienda entre ingleses y argentinos había tenido otros desenlaces, menos espectaculares y previsibles, menos públicos, y quizá por eso más inquietantes.

Crecí en dos idiomas: el de mi madre y el de mi padre. Ellos se entendían casi sin palabras. A veces uno consentía monosílabos o alguna frase corta en la lengua del otro. Pero muy de vez en cuando y en extrema necesidad. Como si no les gustara hacerlo, como si el que cedía demostrara con esa pronunciación extraña alguna culpa o como si al hacerlo reviviera, entre las paredes de la casa, la contienda de la que hablé. Mi madre, sin embargo, hablaba el inglés mucho mejor que mi padre el español; a él le brotaban una sílabas torpes, mal encaradas, y sólo mucho después de empezar a oírlas se notaba que querían ser español.

Cuando yo tenía diez años, Lucía de Guevara murió. Creo ahora que su mal provenía de haber huido con un extranjero, un inglés invasor. Sin embargo, para ella, la marca de fuego debió ser el haberse amancebado con un hereje. Había sido envenenada desde el púlpito por curas apopléjicos que vociferaban historias de pactos entre los herejes y Satán y de donde mi madre salió

creyendo desde niña, y nunca le fue desmentido, que los ingleses luteranos, como el diablo, tenían cola. El destino le había reservado la paradoja de resolver por sí misma el enigma enamorándose de un inglés. Un resabio de esa leyenda de anatema flotaba alrededor de Mallory. Como para consolidarla, él decía a quien quisiera oírlo que los curas españoles le temían menos al diablo que al comercio y al dominio inglés con el que perderían sus prebendas, sus barrigas y sus putas.

Creo que no he dicho algo importante, míster MacDowell o MacDowness, y es que en esos años mi padre, su compatriota, estaba casi invariablemente borracho.

La historia de tratos con el diablo, además de por hereje, creció porque se hizo fama de que nunca se perdía en la llanura. El gaucho no se desorienta en el desierto porque, cuando hace noche, duerme con la cabeza en dirección al rumbo que lleva. Mi padre dormía sobre la tierra igual que sobre una cama con dosel y en cualquier postura. Jamás se perdió. En esto no había ninguna aptitud sobrenatural o magia. Además de conocer las estrellas, tenía una brújula que, entre mis compatriotas, era considerado un artefacto traído del mismo infierno.

Un marino elige su patria, y yo elegí ésta. Si experimenté en algún momento de mi pasado la extranjería no fue por mí sino por Mallory, cuando de chico oí las palabras “inglés de mierda” o “gringo borracho” para nombrarlo. Palabras que él, creo, empezó por no entender y terminó por no oír.

Recuerdo una noche en que sí las oyó y las entendió. El hombre que las dijo quedó de espaldas en el piso del almacén, del revés que le pegó mi padre. Cuando se levantó tenía un cuchillo en la mano. El candil, suspendido de la viga, oscilaba sobre las cabezas y las sombras trepaban por las paredes donde el brazo y el cuchillo se vieron desmesurados. No sé si fue por la mirada de

Mallory, porque ya tenía empuñada una botella por el gollete y no se movió ni una pulgada, porque tenía fama de loco, o por todo esto junto, pero el otro se fue a un rincón y se escabulló como una sombra por la puerta abierta a lo oscuro. En el silencio que siguió, se juntaron el galope del caballo hundiéndose en la llanura y la respiración de mi padre, como un fuelle, volviendo de a poco a la normalidad.

Lo que fijó el episodio en mi memoria no fue tanto la pelea sino la certeza de que si yo me hubiera interpuesto, Mallory me habría desconocido y, tal vez, degollado allí mismo. Fue su mirada de aquella noche la que me mostró a un hombre que no conocía o al que todavía no había conocido del todo. Como años después supe, no lo amedrentaban las peleas de las que había tenido cientos en las tabernas de Londres y las de los muchos puertos que le tocó recalar, pero no le gustaba la violencia; a la hora de pelear, me dijo una vez, lo invadía una invencible pereza y era ese desgano del que debía librarse a fin de no pasar por cobarde. De las dos cicatrices que tenía en el cuerpo, ninguna provenía de la lucha armada. Una la había adquirido al rescatar, durante una tormenta, a un marinero colgado del bauprés. La otra, en los altos de una taberna de Londres en circunstancias poco heroicas.

En el fondo, William Scott Mallory era un hombre pacífico, indolente, al que le gustaba malcriar animales, cosa que en este país desconcertaba a cualquiera y alimentaba su fama de excéntrico. En aquella época, la de mis primeros años, yo le temía y lo observaba desde una prudencial distancia. Siempre andaba con un perro pisándole los talones; tres o cuatro dormían invariablemente bajo su catre o encima de él y lo seguían a todos lados como fieles lugartenientes. Una vez lo vi palmeando y hasta creo que hablándole en inglés a un ternero, decía que para amansarlo, aunque es posible que estuviera borracho.

Vivíamos aislados, en las afueras de un pago que es éste, en un pedazo de tierra comprado al gobierno, y en una casa —ésta— que él mismo quiso construir como las europeas, vale decir de ladrillos, mandados a traer de no sé dónde, ya que aquí no se fabricaban, y ventanas con vidrios, que en las casas de la campaña se desconocen. Era un inglés que quiso mantener en estas tierras algunas de las ventajas de la civilización. La casa es modesta pero en aquel entonces parecía —y aún hoy parece— superior a los ranchos de adobe y techo de totora sin ninguna ventana. Tiene un hogar, cosa inaudita, que él se empeñó afanosamente en construir, como si por su intermedio pudiera recuperar parte, aunque fuera ínfima, de su lejano país.

“¡Borracho pero civilizado!”, decía cuando mi madre le recriminaba la bebida. Se refería a los lujos que mencioné y que aquí ni podían entenderse. En medio de todo esto, algo era cierto, a mi padre era raro encontrarlo sobrio. Templado o borracho, frente al candil, hablaba de Inglaterra y del mar.

Su presencia en esta tierra remota empezó siendo conflictiva pero terminó por ser natural. Unos años después de la derrota británica o de la victoria criolla, la indiferencia de los pobladores se tragó como un silencioso pantano todo lo que William Scott Mallory podía tener de extraño, de gringo, incluso de invasor. La extranjería quedó circunscrita a un desprecio socarrón cuando alguno era testigo de una torpeza cometida por mi padre en las costumbres del país. Después de aquella pelea, de todos modos, nadie volvió a molestar al gringo: Mallory se había ganado el respeto de mis paisanos.

Falta todavía para que amanezca, míster MacDowell o MacDowness. Se vació la botella y la pipa está fría. Abro la

ventana para que el fresco de la noche despeje el aire viciado y también mi cabeza. Tal vez quiera recordarme que el motivo es Jemmy Button, no mi vida. No lo olvido, le aseguro que no puedo olvidarlo. Pero es mi historia la que me lleva hacia él, como décadas atrás el azar cruzó su camino con el mío. Despegado de los hechos, de los hombres, de lo perentorio de la navegación, el destino de Button tomó, hace tiempo, la forma de mi destino.

Al abismo casi zoológico que experimenté al verlo por primera vez, siguió una lenta comprensión de su mundo que sólo la madurez pudo completar, cuando ya Button permanecía lejos, en el último rincón de la Tierra. Hubo noches de los trópicos, de espaldas en cubierta, mecidos por el mar en calma, los ojos en las nubes veloces que dejaban entrever estrellas como puños, en que fuimos dos hombres jóvenes, creía yo embriagados por la misma exaltación de perfecto acuerdo con el mundo. No alcanzaba a darme cuenta entonces de que Button pasaba penurias; es posible que yo sólo viera lo pintoresco, lo curioso del salvaje embarcado; es posible también, es casi seguro, que todavía me sintiera un poco inglés y superior a él, y, en consecuencia, creyera que mis sentimientos eran los suyos, como si él no tuviera derecho a tener los propios. Él hacía el esfuerzo de la lengua, el inglés, la única en que, paradójicamente, pudimos comunicarnos. Lo agobiaban la larga navegación y el calor y sólo hablaba de las cosas de su helada tierra que iba quedando cada vez más lejos, cada vez más al sur. Muy pronto comprendió, en su trato con los hombres venidos del este, que obedecer significaba comida, algo muy escaso y de extenuante obtención en su país y que los blancos parecían tener en cantidades asombrosas.

Ahora Jemmy Button está muerto. Juzgado por los blancos que le quitaron todo sustento y que mostraron, finalmente, que nunca lo habían considerado un hombre, Button descansa en el

Cabo de Hornos. Su aventura fue tragada por el hielo y el viento del fin del mundo. Pero yo la recuerdo. Por alguna razón que desconozco, mi historia no puede explicarse sin la suya.

Jemmy Button no se resume en aquel día en que el Capitán lo subió a bordo tomado como rehén, ni en cuando me mostraba las bellezas de su tierra, de las que estaba orgulloso. Tampoco lo resume el viaje a Inglaterra ni el profético encuentro en la niebla; ni siquiera la figura envejecida que treinta años después encontré en las Islas. A su historia la completaron el tiempo y la experiencia.

A lo largo de los años las noticias de Button llegaban a los lugares más inverosímiles y me encontraban. Es natural. Mi vida se hacía con gente de mar, en tabernas de puerto o en islas de aprovisionamiento donde algún barco venía siempre de dar la vuelta al Cabo de Hornos. Eran como débiles señales de que seguía existiendo, de que reaparecía en mi vida. Aquellos fragmentarios rumores fueron siempre la mejor excusa que he tenido para pedir otra botella, tal vez por eso, desde hace días, siempre hay una a mi lado sobre esta mesa.

En radas de Tasmania o del África, me alcanzaba el eco lejano de Button, que volvía a buscarme. A veces fueron más que ecos. Una vez, en la isla Mauricio, en un almacén del puerto encontré un paquete de periódicos viejos. Era una diversión singular que pocas veces se presentaba esa de tener un diario a mano. Era como anclarse a algo, confirmar el recuerdo de que en algunos lugares los hombres seguían con la costumbre de gobernarse por lo que allí se decía. Tenían, sobre todo, el sabor único de la noticia, no importaba que fuera atrasada: para el que no ha vuelto a tierra en mucho tiempo, significa ponerse al tanto,

volver a pertenecer a la sociedad de los hombres. Eran de Londres, de 1834, y, para mi sorpresa, me atañían. La prensa inglesa se indignaba por lo que se había hecho con los yámanas. Se criticaba al Capitán por haberlos abandonado otra vez en el Cabo de Hornos después de darles educación en Inglaterra. Primero me sorprendí; después, los demás no entendieron por qué me reía a carcajadas.

Le explico a usted, míster MacDowell o MacDowness, lo que en aquel momento tuve que explicar a mis camaradas. Yo también estaba entre los que habían llevado a Button y los demás de vuelta a su país. Más adelante relataré lo que en realidad significó eso; en aquel momento sólo me reía. Que la sociedad inglesa se indignara ahora, cuando había estado tan conforme con que se los llevaran de Londres —¿qué se hace en definitiva con unos indios?—, lo menos que me provocaba era risa. Se habían divertido un tiempo con ellos, los habían literalmente sepultado entre chucherías, habían premiado su mansedumbre con presentes ridículos. De todos los rincones de Inglaterra llegaban teteras, manteles y cubiertos para las casas que, en su imaginación británica, los yámanas construirían en el fin del mundo imitando a las de Londres. ¿Usted sabe cómo viven los yámanas? ¿Ha visto un wigwan entre la playa y el bosque, aferrado a las piedras bajo las tempestades? ¿Sabe siquiera lo que es un wigwan? Porque hubo otra cosa, hay algo más interesante que debo decirle.

Un año después de devolverlo a su tierra, vestido de galera, levita y guantes, el Capitán, de paso otra vez por el Cabo de Hornos, decidió buscarlo, y por supuesto lo encontramos. Ante nosotros, nuevamente en cubierta se plantó aquella figura en la que nada quedaba de la ropa ni de la buena alimentación inglesa de doce meses atrás, pero en la que se percibía ese extraño aplomo, ese insólito peso que en definitiva siempre tuvo Button para los blancos. Desnudo, flaco hasta poder contársele las costillas y la

piel cribada de pintura blanca, pero con un brillo de determinación humana en los ojos, dijo orgullosamente que no. Que no quería volver a Inglaterra. Que no volvería nunca más. Recuerdo los gritos de su mujer en la canoa; era casi una niña, temía que la abandonara. Recuerdo que, cuando desembarcó, intenté despedirme con un abrazo. Sólo me dio ceremoniosamente la mano, pero fui el único al que se la dio. Me quedé con los otros en la borda hasta que la canoa desapareció. El Capitán se encerró en su camarote hasta el día siguiente en que volvió a ser el impávido y frío jefe del buque, como si Button jamás hubiera existido. Fuimos los últimos blancos que lo vieron en mucho tiempo.

Quince años después de esa última tarde, estando en Londres, supe que otros blancos lo buscaron sin fortuna. El misionero Allen Gardiner, “el fanático pastor de almas extraviadas en los lugares olvidados de Dios”, que contaba con Button para su empresa misionera, naufragó y tuvo un fin reservado a muchos en las aguas australes: refugiados en cuevas de la costa, Gardiner y tres sobrevivientes más resistieron esperando el rescate, pero los alcanzó el invierno austral mientras los fuegos flotantes y las siluetas sombrías los cercaban; murieron de hambre, congelados en esas cavernas, no sin que el misionero dejara un diario escrito casi hasta el día de su muerte.

Éste fue, en algún sentido, el principio del fin. Gardiner, como mártir, inspiró la creación de la Misión; pero lo que cuesta creer, y sin embargo así fue, es que la Misión se fundara en Londres, a veinte mil millas del Cabo, pensando en Button como en su futura piedra basal. Entonces otros misioneros llegaron y otra vez lo buscaron tenazmente para que fuera aquello para lo cual Inglaterra lo había adiestrado: un puente entre Gran Bretaña y los suyos, un intérprete de la buena voluntad de los blancos venidos del este.

La mañana gris de junio en que enterramos a mi madre, Mallory se había puesto el uniforme y había permanecido mudo y sombrío, casi sin mirarme. Éramos tres: mi padre y yo y un sacerdote católico que había mandado a buscar a todo galope la noche de la agonía, y al que sacaron prácticamente desnudo de la cama. El hombre debió ponerse los hábitos arriba del caballo, así de irrevocable y urgente había sido la orden que en su chapurreado español Mallory le dio a un peón: “Traiga al cura como sea o lo voy a buscar yo”. Más las consabidas monedas de plata de las que después hablaré.

Estábamos inmóviles junto a la tumba abierta en la llanura. Caía una llovizna sombría que más tarde he visto caer en el océano con la misma desolación. El cura concluyó sus letanías, me dispensó una mirada compasiva, estrechó la mano de Mallory, montó y se fue. Todo había terminado. De vuelta en la casa, mi padre permaneció largo rato mudo, mirando la llovizna desde la ventana, como si hubiera caído sobre él una fatiga inextinguible. Después se quitó la chaqueta, se puso el poncho, avivó el fuego y, por último, como si todo lo anterior hubiese sido sólo prepararse, agarró la botella y el vaso.

Dos días después, entre carraspeos ásperos, pareció resucitar. Bajó las botas del catre y permaneció con la mirada clavada en el piso, la respiración pesada. Lentamente, levantó la cabeza y me miró. Era la primera vez que mi padre *me veía* en mucho tiempo. Fue un reconocimiento largo, silencioso y recíproco. Se enderezó como pudo y apoyó sus enormes manos en mis hombros. A mí me pareció el diablo y olía mal, pero no me moví. Entonces dijo:

—¿Quiere saber cómo es el mar?

No me atreví a contestar porque nunca se sabía por qué o para qué decía y hacía las cosas. Me levantó del catre y me empujó

hacia la puerta. Caminamos un rato y se detuvo. Con el brazo extendido trazó un círculo que abarcaba el horizonte.

—Así es el mar —dijo—, como esta tierra inacabable y monótona, pero de agua. La casa es como el barco.

Esa noche, se vació de golpe un jarro de agua en la nuca, sacudió la cabeza con un resuello de caballo y se echó con los dedos el pelo rubio y largo hacia atrás.

—Es hora de que aprenda algo —dijo.

Encendió el candil, barrió con el brazo unas sobras de días y unos utensilios que entorpecían la mesa y plantó allí mismo, en el centro de las gruesas tablas, la luz. Yo no había comido en dos días más que galleta vieja, pero me di cuenta de que él no estaba pensando en comer. Las sombras que proyectaba el candil y mi orfandad reciente me hacían mirarlo casi con terror. El poncho, que usaba como los gauchos, lo volvía más imponente. Las botas seguían siendo las viejas, negras, altas botas del ejército. Nunca me había maltratado pero me había ignorado durante tanto tiempo que desconfiaba de él. Las palabras “loco” y “hereje” que había escuchado desde que tenía uso de razón me venían a la cabeza y me preguntaba si no encerraban algún sentido más amenazador todavía del que yo les daba. Fue hasta la repisa donde atesoraba los restos de su identidad o de su pasado, y sacó algo. Volvió a la mesa y, bajo la luz, delante de mí, puso un libro.

—Es tiempo de que aprenda a leer —dijo.

Era la primera vez que yo veía un libro. Tal vez Mallory había leído durante todos esos años mientras yo dormía o quizá no había visto pero yo era demasiado chico para entender qué hacía.

Empezó a pasar las primeras páginas con un cuidado que jamás le había visto. Con voz pastosa, dijo:

—Este libro habla del mar.

Esa noche entré en un cauce y supe que ese cauce no

terminaría nunca, que me llevaría en su corriente hasta mi muerte y que sería la única compañía y refugio leal que me fueran dados conocer. A los pocos meses podía leerle, en voz alta y tartamudeante, partes enteras de aquel libro que contaba la historia de un hombre, nacido en la ciudad de York, que naufragaba en mares lejanos para un inglés, pero cercanos a esta tierra.

Un día mi padre desapareció y me dejó solo en la casa. Ya de vuelta, sin decir una palabra, volcó sobre la mesa cinco o seis libros, algunos en español. Descubrí que ese gesto ambiguo tenía que ver con el recuerdo de mi madre. Como si enseñarme también a leer y escribir en español hubiera sido una traición hacia él y un acto de amor hacia ella.

William Scott Mallory había venido del cabo de Buena Esperanza, y antes del Cabo Verde y antes de eso de un puerto llamado Liverpool en el que se embarcó, y antes todavía de un suburbio de Londres, donde nació. ¿Quién podría imaginar que yo, su hijo sudamericano, nacido en las remotas llanuras del sur del mundo, volvería años después a Londres bajo circunstancias tan extrañas?

Sea como fuere, en junio de 1806 mi padre había desembarcado del *Encounter* en Quilmes, a las órdenes de Beresford, cerca del fondeadero de la ensenada de Barragán, había marchado hacia Buenos Aires bajo una lluvia que recordaba inclemente y torrencial y había luchado en las fangosas calles de Buenos Aires. En boca de Mallory, las explicaciones de la derrota inglesa mezclaban reproches a sus superiores, denuncias de maquinaciones políticas erróneas y asombro por una plaza que, tras una apariencia engañosa de calma, se había defendido con ferocidad por sí sola. Les habían prometido gloria y botín fácil;

ninguna de las dos cosas se cumplió aunque mi padre había conseguido una buena cantidad de monedas de plata que, al principio y previsoramente, fueron repartidas entre muy pocos y que más tarde le posibilitaron establecerse en Lobos.

Mi padre, aunque invasor, no rehusó sus deberes para con el país que finalmente terminó por adoptarlo. En 1823, después de una incursión muy dura de los ranqueles, la milicia vino a Lobos a reclutar gente para un piquete grande que escarmentara a los indios y los echara de la frontera, más al sur del Tandil. Hacía un año que mi madre había muerto. Mallory había permanecido sobrio desde entonces y tal vez aquel reclutamiento fue una manera de la desesperación o de evadir por un tiempo los deberes de padre que había asumido y que lo agobiaban o lo aburrían. Como sea, se presentó de vecino voluntario. Hubo un inconveniente. Mallory iba a pelear con los indios con el uniforme inglés.

—No puede ir así —le había dicho el capitán Conell, encargado del reclutamiento.

Mi padre no entendió.

—Que no puede ir así, vestido de inglés —le repitió Conell, seguramente incómodo porque lo único que precisaba era hombres aunque fueran desnudos, pero un cierto prurito militar le hacía rechazar el uniforme de los antiguos invasores.

Mi padre se miró desde las botas hacia arriba.

—Así, o no voy —dijo.

Las caras de la patrulla lo estudiaban desde los caballos. Nadie supo qué decisión tomar. Otro vecino resolvió el conflicto.

—El gringo es bueno para peliar, que se ponga un poncho arriba.

Así fue Mallory a la pelea con los ranqueles.

No deja de ser curioso, o tal vez me parezca a mí curioso, lo que simplemente fue el encadenamiento natural de los hechos. No puedo dejar de pensar que la venida de mi padre a Buenos Aires y, en consecuencia, mi nacimiento, tienen origen en la carta que el ambicioso Riggs Pophan envió desde la Ciudad del Cabo al influyente Lord Castlereagh, futuro ministro de Relaciones Exteriores en Londres —*Considero la posesión de una colonia en las costas de Sudamérica llena de incalculables ventajas...*—, que se aceptara la sugerencia de una invasión a Buenos Aires, con resultados funestos en el plano militar para Inglaterra, que años después Lord Castlereagh se suicidara por presiones políticas y cierto desequilibrio mental, degollándose con su propia navaja, y que este hombre fuera el tío directo del Capitán, llegado al sur años después en una misión científica y estratégica y, finalmente, que yo, John William Guevara, nacido del encuentro de aquel soldado de la expedición fallida y de una mujer del país, encontrara por azar al Capitán, navegara con él y viniera a saber, ahora, de su muerte por su propia mano, con su navaja, igual que su tío, Lord Castlereagh.

Si creyera en el destino o en los dioses, podría pensar que este tejerse y destejerse de las causas y de los efectos arma una secuencia en la que yo encajo y en la que este pedido suyo, míster MacDowell o MacDowness, adquiere un sentido: la justificación de una historia en la que los fracasos se den vuelta y, al mismo tiempo que condene a Button, reivindique al Capitán cerrando una especie de círculo. ¿Deliro? Sin ninguna duda que sí. Pero Inglaterra rara vez se ha preocupado desinteresadamente por el mundo que existe detrás de los hechos. Y lo que ha terminado por interesarme es justamente eso: lo que hubo detrás de los hechos.

Desde la última anotación ha pasado una semana. Antes del amanecer me desperté agitado por una pesadilla. Me dio pena despertar a Graciana y la dejé dormir. Yo mismo encendí el fuego y calenté agua para el mate, esperando que la palidez del horizonte se transformara en luz plena. Que un hombre de mi edad hable de un sueño puede parecer impropio, no me soñé sin embargo como hombre sino como el niño que fui, desde allí trajo la memoria a la superficie del sueño el terror de ver por primera vez un salvaje.

Una tarde, yo debía tener ocho años, me había acercado de un galope a la laguna. De boca sobre la tierra, al costado de unos espinillos, acechaba alguna nutria cuando el ruido inconfundible del trote de caballos en el barro flojo me hizo levantar de un salto. Eran tres; dos de ellos, con la larga tacuara en rastrillada; al otro una vincha le sujetaba la masa de pelo hirsuto. Me recuerdo escrutado por esas caras oscuras y chatas. Paralizado de espanto vi el brazo que se levantaba para señalarme y escuché una jerga taladrante, incomprensible. Pasó un momento interminable, por fin dieron la vuelta, los caballos cargados de bultos de pieles, y se alejaron. Eran lo que los blancos llamaban indios amigos que se llegaban a hacer trueque a la pulpería, pero a mí nadie me lo había dicho. Después supe: lo que les llamó la atención fue el color amarillo de mi pelo.

Ese fue el recuerdo que revivió en el sueño, mezclado con la desnudez de los yámanas y el viento helado del Cabo de Hornos. Un fuego que volvían a encender noche a noche con el atávico deseo de perforar el miedo y la oscuridad y que los hombres de cubierta veíamos cada vez más alto, más imponente. Una figura agachada se acerca y lo alimenta y después otra y después otra. Mujeres, criaturas y perros amontonados, acurrucados en cuclillas alrededor de las llamas que brotaban como por arte de magia de entre sus dedos a pesar de la lluvia y las ramas empapadas.

Absortos en su obra, sin emitir sonido, como si su vida y su alma dependieran de que el fuego siguiera vivo. Los ojos enfermos de humo eran las pruebas de esta adoración. Algo indescriptible, a lo que no podía dar nombre, despertaba dentro de mí. Una pena pesada como una roca que parecía venirme desde el origen del tiempo y que me hacía buscar con los ojos al Capitán o a alguno de mis camaradas, en cuyos ojos descubría la misma indescriptible desazón. Luego, esos seres subían a sus canoas donde el fuego se perpetuaba en pequeños rescoldos, y remaban sigilosos, deslizándose alrededor del barco, describiendo círculos de modo tal que, en la oscuridad, el resplandor del eterno fuego parecía surgir del agua y realizar una danza de amenaza, una y otra vez, hasta el amanecer.

Tiritando en cubierta, el muchacho que era yo entonces iba de estribor a babor sin poder quitar los ojos de los cuerpos iluminados. La palabra caníbales que habían pronunciado los hombres cuando bajaron a buscar la ballenera robada me hacía temblar con más fuerza.

¿Ha visto usted, alguna vez, cara a cara, lo que los libros llaman un *salvaje*, un hombre desnudo, de costillas al aire, cubierto de grasa, de genitales inflamados por la enfermedad, la cara pintada con rayas blancas, crenchas hirsutas? Costaba descubrir al hombre en ese ser en cuyo carácter se manifestaba una confianza de criatura a la que podía seguir de inmediato un furor ciego, irracional. ¿Ha visto usted, mister MacDowell o MacDowness, alguna vez ese ser extraño que salta sobre el tiempo y nos presenta en el desamparado estado del origen de nuestra especie; un hombre igual que usted y que yo, que se reproduce, come y muere igual que usted, que inventa dioses, que caza y hace la guerra y domestica perros y enciende el fuego? Una vez que se lo ha visto no se lo olvida jamás.

Fue de este modo que conocí a Button pero fue por él que encontré, tras la apariencia, al hombre que creía inexistente. Y tras el hombre, a un pueblo, con creencias y espíritu, con un respeto por la vida en todas sus formas que no había conocido antes ni conocería después.

Pronto amanecerá; se siente ese fresco de la noche que anticipa el alba. Ajax duerme bajo mi mesa. Cuando despunte el sol, me pondré el poncho que fue de mi padre y saldré al campo. Sobre el caballo, los arabescos de la escritura y sus delirios son olvidados y se restaura el vínculo primordial con el mundo, que es mejor no olvidar.

Recuerdo algo que en Mallory se parecía a la risa. Sucedió en las sesiones de lectura y escritura que me daba según su disponibilidad, es decir, a la madrugada o al mediodía, pero con igual ahínco y hasta ensañamiento. Lo aprendido en esas horas mezclaba desde la arboladura de los barcos hasta los versos de Ben Jonson. Parecía considerarlo una herencia que, a su vez, le había sido legada por alguien, de quien nunca me habló. Decía transmitirme algo más valioso que el dinero y quería dejármelo para que yo experimentara, entre incivilizados, sus mismos beneficios. Seguramente usted podrá comprender, míster MacDowell o MacDowness, qué significa eso en boca de un inglés.

Sobre todo hablaba con delectación de las tabernas de Londres. Calculo que no sólo porque allí se tomaba a destajo, como pude comprobarlo años después, sino porque también surgían, en las mesas mugrientas, transacciones y viajes. Sin contar

con los altos de las tabernas. Fue en uno de esos cuartuchos donde recibió aquel disparo en un hombro que le gustaba hacer pasar ante los incautos como herida de guerra. Viene al caso decir que mi padre no parece haber sido muy delicado en cuestión de mujeres.

—Si quiere una mujer, tómela. Si tiene que compartirla, compártala.

En esas ocasiones, ante mi mirada atónita, abría la boca y largaba una carcajada ronca, potente, larguísima. De inmediato sucedía el sobresalto de los perros debajo de la mesa que empezaban a gemir y a ladrar al aire acompañando las carcajadas con una inquietud enloquecida. Uno negro, su favorito, levantaba el hocico y con los ojos en blanco lanzaba un lamento lúgubre hacia lo alto.

En realidad, en inglés había dicho hembra. Yo tenía doce años y no sabía mucho de hembras salvo por los apareamientos naturales del campo. Pero Mallory no reparaba en ciertos detalles. Por llevar hasta el fin su máxima sobre las mujeres es que llegó a gozar del dudoso prestigio de esa cicatriz. En efecto, en aquellos años de Londres compartía la amante con un tonelero que desconocía la amplitud de costumbres de su rival, sobre todo porque ignoraba que lo tenía. El tonelero era casado, y que su propia mujer lo hiciera cornudo tal vez no le importaba, pero que su amante, a quien le pagaba hospedaje en la taberna, lo engañara ya era otra cosa. Mallory solía emboscarse en el segundo piso, bajo el recodo de la escalera, esperando que el tonelero dejara las sábanas libres. Como el hombre debía retirarse a una hora prudencial, mi padre podía gozar de su dama y de un lecho ya tibio hasta bien entrada la mañana siguiente. Una noche acechaba la salida del tonelero cuando tuvo ganas de orinar, acuciadas por la posición en cuclillas y por la ginebra que había ingerido. Salió sigilosamente de su escondite, se asomó a la baranda y desde allí

mismo hizo lo que tenía que hacer. El que recibió la mojadura fue el dueño de la taberna. De inmediato subió y se le fue encima con la intención de golpearlo. Pero mi padre no era un hombre pequeño. Ante el escándalo sale el tonelero, a quien el dueño, sin pararse a pensar en las consecuencias, llamó cornudo. El hombre sacó un arma y disparó al bulto. Hirió a mi padre en el hombro. Entre gritos de los que se habían levantado y de los que todavía no se habían ido, William Scott Mallory, de la Real Armada británica, fue llevado en andas a lo de un boticario, a quien debieron encontrar dormido a juzgar por la costura que le hizo.

Fue en aquellas lecciones disparatadas en los únicos momentos en que oí reír a Mallory. Fascinado por el comportamiento de los perros, muchas veces planeé sacar yo el tema de las mujeres para producir el dislocado concierto bajo la mesa. Pero nunca lo hice.

Algunos días estaba de un humor patibulario. A la más mínima distracción mía se quedaba taladrándome con unos ojos de hielo entre los párpados enrojecidos. Yo había confundido una goleta con un cúter. Él golpeaba la mesa con la palma abierta:

—¡No, carajo! —gritaba en español.

A esto, los perros apenas se dignaban prestar un mínimo de atención.

William Scott Mallory había sobrevivido a veinte años de mar. No aguantó tanto la llanura sin fin. Se volvió impenetrable y limitó su trato a sus fieles perros. Cuando acabé de cumplir los diecisiete años, se ahorcó.

El Capitán, degollándose frente al espejo; mi padre, colgado

de una viga de un rancho en los confines del mundo. Tenía puesto el uniforme con el que había llegado al Virreinato del Río de la Plata casi veinte años atrás. Mallory no había confiado en nadie: entre los botones de la chaqueta le asomaba un papel. Decía de su puño y letra: *William Scott Mallory, que descanse en paz*. Imagino que en esos momentos últimos, antes de pasar la soga por la viga, antes de hacer el nudo, tal vez mientras escribía su propio nombre en el papel, sintió como nunca que estaba en un lugar remoto y extraño; un lugar al que parecía haber venido nada más que para engendrar un hijo al que también sentía en ese momento final como ajeno y extraño. No confió en nadie. Quizá sus últimos pensamientos fueron para mi madre, o para el suburbio de Londres donde nació, o para el mar que estaba metido en su sangre. Sólo diré que le crucé las manos sobre el pecho y le cerré los ojos. Doblé el papel y se lo puse en un bolsillo.

Lo que sé con certeza es que Mallory se curó de su interminable borrachera para educarme y que una vez que esto estuvo cumplido no hubo otra cosa que hacer. Como único legado o como señal premonitoria de lo que hoy sucede sobre la misma mesa, quedaban los libros, la vela, la pluma y la tinta. Fue la única señal que me dejó, en caso de que yo quisiera interpretarla. Eso y los papeles en los cuales se certificaba que esta casa y este pedazo de tierra ahora eran míos.

Cumplida su muerte, yo estaba definitivamente solo y debí salir a buscar mi propia vida.

Tercer pliego

[Montevideo, 1829]

Nada me retenía en el país salvo dos tumbas barridas por el viento. La llanura se despidió de Mallory y de mí con un temporal; un pampero furioso sopló todo un día y toda una noche. Después, el cielo se hizo transparente y volvió el calor. Siguiendo un oscuro mandato que sólo puedo explicar por la influencia de mi madre en mi infancia, decidí confiar en la Iglesia y dejé los papeles de propiedad, por si algún día regresaba, en el modesto rancho que hacía de capilla en Lobos. En la casa y con los perros, quedó una mulata vieja que había acompañado en todo a mi madre.

Recuerdo el día anterior a mi partida. Miraba con tristeza cada objeto, cada árbol, cada pájaro. Me comía el corazón una pena amarga en la que se juntaban el desamparo y la orfandad. Esa noche crucé las alforjas con las pocas cosas que llevaba sobre el lomo del caballo y me fui.

Una mañana limpia y alta vi lo que creí era el mar. Sólo más tarde supe que ese caudal desmedido era el Río de la Plata. Me quedé sentado en la barranca, frente a sus aguas quietas escuchando el graznido de las gaviotas, queriendo sentir que por allí había llegado un día el *Encounter*. Bordeando el río, entré a Buenos Aires por el sur y pregunté por el hotel de Faunch, del que Mallory me había hablado varias veces. No quise buscar la casa de los Guevara. El recuerdo de mi madre era perfecto y hubiera rechazado de plano cualquier noticia sobre ella anterior a mi

existencia.

Era una verdad a medias, míster MacDowell o MacDowness; el muchacho que era yo entonces no se atrevía a formularla completa: los Guevara, mis abuelos, eran gente encumbrada en Buenos Aires y el instinto me dijo que no les habría caído bien la visita del bastardo.

Los gritos de los vendedores ambulantes, las casas de grandes rejas panzonas y algunas mujeres que vi tras esas rejas o con las que me crucé en la calle hacen el resumen de mi primer recuerdo de una ciudad. En una esquina, una negra gorda me había dicho:

—Compre un pastel, caballero.

Se lo compré. Lo de caballero me impresionó.

Esa noche, en el comedor del hotel de Faunch, la gente conversaba con ademanes de una ligereza y gracia que nunca había visto; creí entender que se trataban cuestiones importantes, claves de un círculo cuyo misterio yo nunca alcanzaría a develar. Sobre todo las mujeres me resultaban inquietantes. Sus escotes mostraban sin pudor cuellos y hombros tersos de los que yo no podía apartar la vista. Que hablaran con tanta soltura con los hombres me asombró y me perturbó. Hoy sólo puedo reirme de aquel muchacho al que todos en el lugar echaban discretas miradas de reojo, entre burlones y compasivos. En algún momento lo noté. La sangre se me subió a la cara: yo era un ignorante, un pajuerano y, a pesar del color de mi pelo, un gaucho. Me ganó la turbulencia de la rabia, la urgencia de demostrarles que yo era un hombre y no un muchacho, que sabía domar potros y largarlos como flecha por la pampa, que había leído libros que ellos ni siquiera conocían, y que hablaba inglés. Me levanté de la mesa y me fui a dormir sin

comer.

Al día siguiente, un poco embotado, un poco distraído, deambulé por la ciudad y llegué a la explanada del Fuerte. En el río no se veían barcos importantes. No al menos el que yo había imaginado para mí. Esa misma mañana, le vendí el caballo al hotelero y le pregunté cómo y dónde podía embarcarme. Me dio el dato de dos barcos fondeados en el puerto de Montevideo; el vendaval de unas semanas atrás les había provocado serias averías y estaban en reparaciones. Yo sólo debía cruzar el río y ver allá qué se presentaba.

El cruce del río desmesurado fue mi primera navegación y mentiría si dijera que me gustó.

La llegada hasta la pequeña goleta en un carro destartado de palos podridos, la ayuda burlona de los peones que al grito de “¡Ahí va uno!” nos empujaban por los fundillos para que alcanzáramos la borda de un barquito de río, fueron mi primer *hacerme al mar*. Aquel embarque un tanto innoble era muy distinto de las escenas de velas tensas, viento limpio y órdenes precisas con las que yo había adornado mi primer viaje. Había pagado el pasaje más barato y sólo tenía derecho a permanecer en cubierta, hacinado con otros cuantos desdichados que viajaban en las mismas condiciones. El Río de la Plata no es el Támesis, mister MacDowell o MacDowness: fueron nueve horas largas sobre un río picado. Según dijo el barquero al despedirnos, impávido ante mis ojos desenfocados, se había tratado de una travesía excelente.

Montevideo me gustó más que Buenos Aires. El puerto natural, mejor protegido, era sin duda más importante y varios barcos de distintas banderas producían un movimiento considerable. Percibía en el aire de esa ciudad una modestia al mismo tiempo que una actividad y un dinamismo que iban muy bien conmigo y con mi primera salida al mundo. De los barcos

fondeados en el puerto, uno me pareció majestuoso. Me quedé largo rato observándolo, tratando de hacer coincidir lo que veía con los nombres de los aparejos que me había enseñado Mallory. Cuando el atardecer se llevó hacia el río el calor sofocante del día, experimenté un bienestar que poco a poco se ensanchó en una alegría desconocida hasta entonces. Empezaba a sentirme libre, dueño de mis actos y de mi destino. No debía rendir cuentas a nadie y estaba disponible para lo que se quisiera presentar. Cuando los barcos encendieron sus fanales, había recuperado el estómago. Entré en una fonda y comí pescado frito, que resultó el manjar más delicioso que había probado en mi vida y, para acompañarlo, tomé una jarra de vino. Había jurado muchas veces, viendo borracho a mi padre, que jamás probaría el alcohol, pero el propósito rápidamente se desvaneció junto con el remordimiento. Apenas pude levantarme de la mesa. Abrazado a mis alforjas, quedé dormido como una piedra entre bultos y sogas en el depósito de la trastienda.

Cuando desperté era noche cerrada; en el río ya no se distinguían los barcos, apenas sus faroles en los palos, mecidos en la oscuridad sin luna, pero fue suficiente para que experimentara una ansiedad que me ligaba a esas naves de una manera que ni yo mismo comprendía del todo. Volví a entrar en la fonda. En una mesa apartada había un grupo de hombres. Unos velones y una lámpara les daban a sus caras y a sus ropas una intensa cualidad de color: supe que era lo que yo buscaba. Sin duda, hombres de mar. Los reconocí por la piel curtida y ciertas huellas indefinibles que me trajeron de golpe a Mallory a la memoria. No eran cualquier marino ni su barco podía ser cualquier barco. Uno de ellos, sobre todo, llamó mi atención: comía erguido en la silla, la espalda como una tabla, irradiando una sensación de orgullo y aplomo que gravitaba sobre los demás e incluso sobre mí. Sin darme cuenta me

fui acercando a esa mesa como un insecto a la luz; pero no sólo por lo que veía sino por lo que oía. El murmullo iba tomando sentido entre las risas que corroboraban las palabras, formando frases que se hilvanaban íntimamente en mi oído. Hablaban en inglés.

Había llegado a dos pasos de la mesa y allí permanecí, supongo que con un aire estúpido, cuando el hombre de la espalda como tabla volvió la cabeza y me miró. Los demás también me miraron. Literalmente, el hombre murmuró: “Tenemos un invitado”. Yo me había quedado mudo. Uno de ellos dijo en un chapurreado español que los otros festejaron:

—¿Qué pasa, muchacho, qué se te perdió por aquí?

Me acerqué.

—Busco un empleo a bordo —conseguí decir—. Quiero embarcar —había hablado en inglés con el corazón latiéndome a todo galope.

La sorpresa ahora fue de ellos.

—Buen inglés tiene el muchacho —dijo el derecho como tabla. Y después me preguntó si había bajado de algún barco norteamericano.

—No —me encontré diciendo—, soy argentino, vengo de Buenos Aires.

—¿Qué me cuentan? —dijo el hombre.

Entendí que ese hombre principal no podía ser menos que el capitán de uno de los barcos, debía haberlo imaginado desde el principio. Lo demás fue como soñar. Me sentaron a la mesa, averiguaron que mi padre era inglés y mi madre criolla, y que era huérfano; me invitaron a comer, lo que les agradecí aceptando nada más que una copa de vino. Uno de ellos dijo que le convenía muy bien al barco, y a la misión, contar con un grumete que hablara indistintamente el español y el inglés. El hombre orgulloso concluyó que me embarcaría esa misma noche, junto con ellos, que

el barco estaba listo: habían terminado las reparaciones y zarpaban al amanecer.

—Vas a fregar y a rascar y a embrear hasta que se te caigan los brazos, muchacho. Vas a aprender muy rápido lo que es un barco de Su Majestad Británica.

Estuve a punto de hacer una estupidez: ponerme de pie y estrecharle furiosamente la mano prometiéndole que haría eso y mucho más sin pestañear; permanecí en la silla a duras penas. Propusieron un brindis y chocamos las copas.

—¿Estuviste alguna vez en un barco de verdad, hijo? —preguntó finalmente el capitán, cortando de cuajo las emociones que me traspasaban, fijos en mi cara sus ojos penetrantes como clavos.

Balbucí lo que Mallory me había contado de sus navegaciones y empecé a embarullarme con una torpeza lamentable.

—Señor, éste no distingue la cofa de la serviola —dijo uno de ellos.

El capitán sonrió pero seguía mirándome. Me preguntó mi nombre.

—Por qué Guevara —me preguntó después—. Por qué Guevara y no Mallory, muchacho.

Los otros me miraron entre divertidos y curiosos.

Me encogí de hombros para disimular mi turbación. Las palabras salieron solas:

—Mallory no. Guevara.

Más tarde, en medio de la oscuridad del río, del sonido de los remos entrando en el agua y del canturreo de los hombres llevando el compás experimenté por primera vez un sentimiento de

fraternidad difícil de explicar que constituye para el hombre de mar lo máspreciado, lo más parecido a lo que en tierra se llama un hogar. Me sentía parte de una tripulación. La euforia de ese sentimiento me hizo perder la timidez y pregunté:

—Capitán, cuál es el rumbo del barco.

—¿Capitán? —la risa general me dejó atónito—. Yo no soy el capitán, Jack. Soy tu contraemaestre.

Después dijo:

—Vamos a la Tierra del Fuego, muchacho. Hacia la Patagonia. Al sur, al infierno, al culo del mundo. Y ahí está tu barco: el *Beagle*. Doscientas cuarenta toneladas, ocho metros de manga, treinta y tres de eslora y setenta y cuatro tripulantes a bordo. ¿Qué te parece?

El barco surgió entre el agua y la noche delineado por las luces de a bordo. Las olas del río rompían con suave chapoteo contra el casco enorme y crujiente, como el vientre combado de un benigno animal mitológico, según me gusta recordarlo ahora. Cuando nos arrojaron la escala, algo dentro de mí se soltó como una cuerda tensa: una alegría salvaje. No podía creer que todo hubiera sucedido así, tan simplemente; debí cargar las alforjas al hombro y agarrarme con todas mis fuerzas a la madera del asiento del bote para no salir gritando y que me creyeran loco. No tenía idea de qué se estaban riendo, tal vez de mí, pero me uní a la risa general con grandes carcajadas.

Una vez a bordo desapareció la euforia: invadido por un sentimiento de veneración casi religiosa, me quedé quieto contemplando la inmensidad de la arboladura mecida suavemente por el río; escuchando el ondear de la brisa en las velas, el crujir de la madera de los palos, una música que de allí en adelante sería uno de los sonidos familiares de mi vida, tanto que con los años no lograría dormirme sin oírlo.

El contraмаestre me dijo:

—Ya vuelvo. No te muevas de aquí.

Miré las estrellas que en la negrura sin luna brillaban, protectoras y remotas, más allá del modesto candil del palo mayor. Giré la cara hacia las luces de la costa como el que mira un lugar ajeno a él, ya del pasado. Finalmente, desde la escotilla, el contraмаestre me hacía señas de que me acercara. Bajamos y lo seguí por un pasillo estrecho, bajo y combado. Nos detuvimos frente a una puerta y mi protector golpeó suavemente.

Cuando la puerta se abrió, se presentó ante mí un camarote atiborrado de libros, de mapas, de objetos sin nombre que, después supe, eran instrumentos de medición marina y astronómica. Dos cuadros recordaban una campaña donde hombres y mujeres cabalgaban en medio de innumerables perros, un campo que no se parecía en nada al que yo acababa de dejar. La cabina despedía un fuerte olor a tabaco. La impresión fue intensa, pero se borró apenas el hombre que había estado de espaldas a un costado apareció ante nosotros. Supe por qué los marineros, en el bote, se habían reído de mi confusión. Cualquiera que viese al hombre que ahora estaba frente a mí sabría, sin ninguna duda, que él y no otro era el que mandaba en aquel barco.

Mucho tiempo después aprendí que el Imperio había destilado en esa cabina sus más valiosos atributos y sus más acendrados valores, y que el hombre que aparecía bajo la luz de las pequeñas lámparas adosadas a la madera oscura de los tabiques era un ejemplar privilegiado de lo que había llegado a ser Inglaterra.

Hoy hace un mes que llegó la carta. Estamos en noviembre y la primavera se muestra en la llanura con su innegable y tranquila belleza. Aunque sé el contenido de memoria, la releo. ¿Por qué

siento, mister MacDowell o MacDowness, que encierra una amenaza? Su efecto sobre mí pertenece al orden de lo extraño. Recuerdo de golpe el mar interior del Japón, de un verde hondo y traicionero, donde permanecimos, una vez, detenidos por la amenaza de un caso de escorbuto a bordo. Aplastados en cubierta bajo un calor paralizante, hablábamos con los pescadores de ostras. Uno de ellos mostró una madreperla. En la palma enjuta y morena, brillaba como un pequeño planeta traslúcido. Tomó una ostra y nos mostró a los adormilados marineros cómo se producía aquel milagro: un parásito o un grano de arena se introduce en la valva. La ostra se defiende del cuerpo extraño y comienza pacientemente a envolverlo con su hilo de nácar para inmovilizarlo; de esto resulta un objeto único. Su instinto, como el de todo animal, es defenderse, sólo que su defensa produce una perla.

La carta ha operado en mí como un organismo extraño del que me defiende envolviéndolo en la hebra sin fin de este relato para nadie. Y más allá de esto, ¿podré considerar esta historia como “mi perla”? La actividad extraña a la que me he arrojado hace que me pregunte si las palabras no nos conducen, a veces, a la sinrazón.

Más sencillamente, el hecho es que me abruma la historia por contar. Caigo en cuenta de que tal vez sea más fácil maniobrar un barco que poner en palabras el pasado.

Como antídoto, estos últimos días me he dado a las cosas domésticas, a los caballos, a ir a la pulpería donde indago noticias de Buenos Aires. Graciana, resignada a mi nueva actividad, sigue mirando con desconfianza estos papeles que ejercen sobre ella una atracción singular. Su mansedumbre me aplaca y su cuerpo, joven y generoso, me arranca de la soledad. Su presencia establece un

contrapeso, necesario al fin para poder proseguir. Me aproximo al punto del relato de mi encuentro con Button; lo vivido pesa y por momentos todo parece sueño.

Lo escrito ahí arriba tiene ya dos días. He sentido una resistencia curiosa a continuar y empleé las últimas horas de la tarde en llegar hasta la laguna a caballo. Allí siempre alcanzo un vado donde persisten, en la tierra dura, las rastrilladas de los indios. Cuando era chico vi una vez un arreo de vacas que unos gauchos traían de la frontera, ganado cimarrón cuatrereado por los indios pampas y recuperado muchas leguas al sur, más allá del río Colorado. Decían que eran como treinta mil. Recuerdo el temblor de la tierra, agarrado a las polleras de mi madre. Años después, antes de llegar a Londres, había imaginado algo parecido con sus habitantes, tal era la dimensión de esa ciudad desconocida, siempre mentada por los marinos de a bordo.

Los insectos giran alrededor del candil. La llanura nocturna es como un mar inmóvil. La noche se hace dueña del mundo y hay veces que uno tiene que susurrar, decir algo. La llanura se traga todo. Entonces uno susurra, como para comprobar que vive.

El Capitán. Con el tiempo comprendí por qué la gente que navegaba con él le confiaba ciegamente su vida y por qué, también, le obedecía ciegamente. Aquella noche, sus ojos de un azul helado me observaron sin expresión discernible. Era un hombre joven, de contextura fuerte, enérgico y controlado, con un carácter cuya firmeza llegaba rápidamente al rigor. No admitía discusiones ni mucho menos una desobediencia de sus hombres relacionadas con la navegación. Aristocrático y orgulloso, Robert

Fitz Roy, descendiente de un bastardo de Carlos II, nieto del duque de Grafton y sobrino de Lord Castlereagh, marqués de Londonderry, fue para mí siempre y únicamente el Capitán. Como marino, era uno de los más expertos que he conocido. Su seguridad, que provenía de su formación científica (podía calcular por un aparato de su invención la llegada de una tormenta), se transmitía a la tripulación. Conservaba en su camarote, en las comidas y en el trato la misma circunspección y modales que guardaría en la más encumbrada cena de Londres. Era inflexible y de una obsesión maniática a la hora de su trabajo.

Éste fue el hombre con quien me encontré frente a frente aquella noche, rodeado, casi aureolado, ante mis ingenuos ojos, de todos los símbolos que contribuían a realzar sus dotes de hijo privilegiado de Inglaterra.

Soy un hombre de cincuenta y tres años que recuerda a un muchacho de diecisiete y aunque no lo deseo, míster MacDowell o MacDowness, no puedo impedir que algún lejano resplandor de emociones que creí perdidas pase a este relato.

Me veo una mañana, junto al timón. A babor, el alba era apenas una palidez del horizonte, y a estribor empezaba a dibujarse, lejos, sobre una franja de mar azul y verde, la línea oscura de los altos acantilados patagónicos. Miro asombrado enormes manchas en el agua que un chorro sorpresivo denunció como una manada de ballenas; estremecido, constato la pequeñez del barco que pasó como en puntas de pie entre aquellos monstruos mansos. Me veo en la cocina pelando papas, repitiendo en el entresueño los nombres de los aparejos, fregando la cubierta con las manos rojas y agrietadas, fracasando en el cumplimiento de órdenes, pasando regularmente las pruebas a las que es sometido

todo novato. Pero sobre todo, veo la espuma en la proa, oigo las olas contra la quilla, me corta la cara el viento frío del sur, tengo diecisiete años y la sensación universal de estar vivo.

Vuelve, inolvidable, mi primera tormenta en el mar.

Hemos dejado atrás el cabo Vírgenes y salimos a enfrentar el estrecho de Le Maire. Es pasado mediodía. Como un aviso, un albatros juega con el viento dejándose llevar por las corrientes que la tempestad arma en lo alto y que aquí abajo atormentan al barco y a la tripulación. Aumenta la marejada y el día se oscurece. Las olas se suceden cortas y rápidas; el barco pica de nariz. No terminamos de arriar paños cuando ya las olas, ahora enormes, se estrellan contra el casco y barren de un extremo a otro la cubierta. El agua me golpea con violencia y en un segundo estoy calado hasta los huesos; aferrado a la borda, no sé a quién encomendarme. El día se ha vuelto noche y la tormenta está sobre nosotros, ceñida sobre el barco que se queja con tremendos rolidos a merced del mar. Con un calambre en el estómago, tomo plena conciencia de mi insignificancia y, lo que hasta ayer me parecía impensable, de la fragilidad del barco. Atino a responder como un autómatas a las indicaciones del piloto que me ha llamado a su lado y que, gritando y maldiciendo en una especie de ataque de locura, muestra una alegría rabiosa. El Capitán permanece en el puente de mando, sereno, dando órdenes precisas y rápidas que los hombres interpretan al instante y cumplen sin titubear. Olas monstruosas, como jamás imaginé que existieran, nos llevan a la cima y nos precipitan en el abismo. No sé dónde están cielo y tierra; todo es viento, agua y oscuridad.

Cuando amaina, me doy cuenta con estupor de que han pasado horas. Catorce horas, me dijeron después. Nubarrones corren a toda vela por el cielo y dejan entrever una luna lejana, fría y brillante. Al amanecer, me voy abajo, a las cuchetas, a tomar un

jarro de café caliente y a quitarme la ropa. El piloto me palmea un hombro y me dice:

—Bien hecho, muchacho.

Por precaución miro de reojo las caras curtidas de mis compañeros para anticipar alguna burla, pero nada de eso ocurre. Lo que sigue es un cansancio infernal, me duelen todos los huesos y tengo las manos desolladas. Me tiro en la cucheta y me hundo en un sueño negro, sin fisuras. Días después, el piloto me mandó llamar. Me regaló una pipa, la primera que tuve en mi vida y que conservo como un amuleto.

Había empezado a comprender algo del aura que rodeaba el lugar hacia el cual nos dirigíamos. A pesar de haber nacido en la Confederación, nunca había oído sobre esos lugares que los marinos ingleses mencionaban con tanto conocimiento, pero que pertenecían al sur de una tierra que era mi país.

Mi bautismo de mar, míster MacDowell o MacDowness, se hizo en el laberinto de islas más temido por los barcos del mundo entero: el Cabo de Hornos. A ese infierno líquido lo rodeaba un sombrío prestigio de barcos sin regreso; de naufragos que dejaban señales en las rocas o una botella enterrada; de cadáveres vivientes refugiados en las cuevas de la costa, sobre cuyos despojos se cernía otro motivo de espanto: el aterrador invierno del Cabo de Hornos.

Sólo el largo trato de los años con ese lugar de veranos apacibles y paz sobrenatural pudo reemplazar aquella primera impresión.

Nada justifica que los hombres se lancen al mar salvo cierto germen de locura que anida en la raza humana. Una vez que se lo ha probado ya es imposible volver atrás. El mar es un exceso y

como tal lleva a cierto punto de sabiduría. Aunque nunca lo creí, de algún modo debo haber sido un típico hombre de mar que para su retiro eligió esta tierra como otra manera del exceso. Elegí la lengua de mi madre y esta llanura que como el seno materno me acogerá algún día.

Tengo gran cantidad de mapas en el baúl; siempre me fascinaron. Una enorme porción de tierra patagónica aparece en esos viejos mapas bajo la denominación *res nullius*, cosa de nadie. Es mi país. ¿Ha estado usted alguna vez en la Patagonia, míster MacDowell o MacDownness? ¿Puede siquiera imaginársela? ¿Puede imaginar un colosal corredor de vientos cuyo piso es una meseta que baja desde las montañas hacia el este, asomándose sobre el mar en acantilados gigantescos y cóncavos? ¿Puede imaginar un caballo y su jinete a toda carrera, alucinados por la presencia fija de una nube gigantesca, pétreo, del Génesis, que pende inmóvil en el cielo completamente claro del mediodía y al jinete que corre sólo por el placer de pasar bajo esa nube inmóvil? ¿Puede imaginar esta inmensidad donde caben mil Londres?

Y una mañana estábamos allí, en los confines del mundo, frente a aquellos peñascos e islas sombríos, y más abajo, la nada. En la borda, junto al Capitán, yo miraba todo, descubriendo un mundo antiquísimo que parecía recién creado. El Capitán me señaló una isla.

—El Hornos propiamente dicho —dijo—. No necesita descripción, no es fácil de confundir.

Una roca negra salía a pique del agua; islotes de hielo derivaban cerca de la costa. El Capitán parecía tan cómodo o satisfecho como en el jardín de su casa. Me pidió que le llevara un jarro de café al camarote.

En esos dos meses me había cobrado cierta estima. Era un hombre culto y apreciaba como un manjar exquisito cualquier manifestación en ese sentido, que, muy raramente, podía dársele en alta mar. A su pedido, yo le había contado cómo Mallory me había hecho leer algunos clásicos ingleses y universales. Esto le provocó un comentario curioso que mezclaba tanto el orgullo de raza como la simple constatación de un hecho:

—Inglaterra está en todas partes.

Nunca lo había pensado así, pero cuando él lo dijo comprendí que no estaba lejos de la verdad.

Debo, sin duda, aclarar algo, míster MacDowell o MacDowness. Si bien hubo admiración, nada hubo de filial en mis sentimientos para con el Capitán y me atrevo a afirmar que ningún hombre que haya navegado con él pudo haber albergado este sentimiento. Creaba el vacío a su alrededor. Era un hombre seco y distante con algo de obsesivo en su necesidad de control sobre los demás, que se puso de manifiesto de manera penosa en el caso de Button, del que yo sería el principal testigo en los años que siguieron. No es que fuese un hombre malo, al contrario, pero no le gustaba ningún tipo de cercanía y ningún otro tema que no fueran Dios, el mar o la ciencia marítima, definitivamente.

Viene a mi memoria algo que no deja de ser un ejemplo del carácter del Capitán y tal vez, por extensión, del carácter general con que Inglaterra imponía sus reglas: la palabra *Tekeenica*, que el Capitán utilizó para dar nombre a la tierra de Button y a su gente. En realidad, como lo supe por el propio Button, ese sonido significa literalmente “no entiendo lo que dice”, que era lo que los yámanas le respondían al Capitán:

—*Teke uneka.*

Pero como se lo decían sin cesar, él dedujo, de antemano, que estaban pronunciando el nombre de su patria, y así la bautizó.

Hacía meses ya que me había embarcado; casi podía llamarme un hombre de mar. Habíamos subido por la costa chilena y vuelto a las islas del sur, donde estábamos anclados tomando datos de los reconocimientos que el Capitán ordenaba hacer. De algún modo me había familiarizado con aquellas sombras que se deslizaban en silencio alrededor del barco en sus canoas y que encendían enormes fuegos en la costa, perforando la oscuridad de la noche. Desde la borda, no podía quitar los ojos de aquellos cuerpos ni del fuego. No creí que en realidad fueran canibales — como mis compañeros me dijeron— pero bien podían parecerlo alrededor del resplandor. Llamadas altas soltando lenguas rojas en medio de lo negro, en medio de la noche sin luna y sin estrellas. Un fuego que respiraba y se expandía, cada vez más alto, entre vaharadas de humo espeso. Muchas veces los veíamos seguir el curso del barco corriendo por la costa. Sin embargo, nunca me había topado con uno.

Una tarde, el grupo de hombres que hacía mediciones hidrográficas volvió al barco con la noticia de que los salvajes habían robado una de las balleneras. El Capitán destacó piquetes para encontrarla. Yo fui en uno de los grupos. No conseguimos nada. Jamás volvíamos a ver algo cuando lo robaban. Ni un solo rastro, ni una huella; simplemente desaparecían delante de nuestros ojos. Media hora después, los veíamos correr sobre las rocas para darnos cuenta de que no eran los mismos. Así durante días, semanas.

Teníamos el invierno encima; como último recurso para recuperar el bote, el Capitán, furioso, trajo rehenes a bordo. Los rehenes eran tres y sus nombres y edades correspondían a los lugares o circunstancias en que habían sido encontrados y a la conjetura: la pequeña Fuegia, una niña de unos nueve o diez años; York Minster, de más de veinte años, fuerte y desconfiado, y Boat

Memory, más joven y retraído. Unos días después, el mismo Capitán había bajado a tierra para seguir la búsqueda, y su bote avanzaba de regreso hacia el barco rodeado de diez o quince canoas colmadas de yámanas. En una de ellas, cercana a la chalupa del Capitán, venía de pie un muchacho de unos quince o dieciséis años. El Capitán, colérico, decidió tomar otro rehén como para atemorizarlos. Lo agarró violentamente por el brazo. En el mismo movimiento, el muchacho saltó al bote para no hacer zozobrar su propia canoa de la que se alzó una voz, tal vez la del padre. El Capitán se arrancó unos botones del gabán y los arrojó dentro de la canoa, como forma de pago. Se creó una gran confusión y el incidente pudo ponerse peligroso. Desde cubierta, un marinero disparó al aire. Finalmente, conseguimos izar los botes. El último rehén fue bautizado como Jemmy Button en recuerdo del precio que se había pagado por él.

Dejé de escribir. Traté de recordar. Intenté ir hacia lo hondo del pasado para ver si en aquel primer encuentro con Button hubo algo, algún indicio de la importancia que ese muchacho, convertido en hombre, cobraría con los años, en mi vida y en los sucesos posteriores. No hay nada, míster MacDowell o MacDowness. La memoria mezcla a Button con todos sus compatriotas en una uniforme impresión de seres extraños, como viniendo del fondo del tiempo por los que sentí rechazo y conmiseración mientras intentaba asimilar la desnudez de las mujeres en las canoas.

El Capitán los hizo lavar y vestir. No estaban disgustados con nosotros: deslumbrados por todo lo nuevo que se presentaba

ante sus ojos, a los pocos días se movían con naturalidad por el barco. Aprendían el inglés a una velocidad pasmosa. Su capacidad era mimética, copiaban un idioma como se copian los gestos, las actitudes o las capacidades necesarias para sobrevivir. Lo primero que el Capitán enseñó a Button fue: *Pueden llamarme Jemmy Button*, y él lo repetía sonriente caminando por cubierta. Se paró frente a mí y repitió por centésima vez: *Pueden llamarme Jemmy Button*. Lo miré y le toqué el pecho con el índice:

—Jemmy Button.

Toqué el mío y dije:

—Jack.

Su cara se iluminó. Entendió que el nombre dado por los blancos era sólo Jemmy Button y no “Pueden llamarme Jemmy Button”. Para mi sorpresa, de inmediato dijo tocándose el pecho con el pulgar:

—Jemmy Button, yámana —y señalando mi pecho—, Jack, blanco.

Fue la primera vez que nos comunicamos y que supe el nombre de su pueblo.

Button era el más inteligente, el más predispuesto a conocer cosas que lo intrigaban y el más deseoso de mostrar su país. Así me lo hizo saber por señas: me mostraría su país. Estaba tan dotado para la mímica que, muchas veces, pasaba un largo rato en el que nos habíamos entendido perfectamente gracias a ese don, sin necesitar de las palabras.

Unos días después de que los yámanas subieran a bordo, el Capitán me llamó a su camarote. Me dijo que quería encomendarme algo importante. Había decidido llevar a los nativos a Londres y quería que yo estuviese cerca de ellos;

especialmente de Button, ya que teníamos casi la misma edad. Me pidió que hiciera todo lo posible para enseñarle inglés y las costumbres civilizadas.

Alerta y confusión, ése era mi estado en aquellos primeros días de convivencia en cubierta con los yámanas. A los primeros actos de pura curiosidad siguió una constatación aplastante: Button sabía mucho más que yo de todo lo que se presentaba. Era mejor marinero, tenía una vista asombrosa y una puntería con las piedras más asombrosa todavía, podía estar desnudo bajo la lluvia helada o sumergirse en el mar gélido, sabía cazar y mariscar y descubrir nidos de cormoranes en los acantilados, sabía qué clase de pingüinos eran malos para comer y dónde encontrar agua dulce y leña. Seguramente ya había conocido una mujer y en un año, si se quedaba en su tierra, sería padre. Pero el joven que era yo no lo admitía así nomás. Me había tomado a pecho la comisión del Capitán y estaba todo el tiempo indicándole cosas y corrigiéndolo.

En los dos años que siguieron le esperaba, como a mí, otra experiencia: Londres. Y era allí donde yo empezaría a tener sentido en su vida, donde obtendría alguna ventaja sobre él.

Le procuré ropa y le mostré un espejo que primero lo sobresaltó y después se convirtió para él en un objeto de consulta permanente. Unía asombrosas destrezas de adulto con puerilidades de criatura. Su vista, como la de todos sus compatriotas, era prodigiosa; una cara vista a lo lejos no pasaba inadvertida ni se olvidaba años después. Muchas veces, en cubierta, señalaba el horizonte mientras los demás no veíamos nada, ni siquiera un punto, hasta que el Capitán traía el anteojito y entonces, con asombro, descubría un peñasco, un barco o la cola de una ballena.

La admiración mayor de Button y de sus compañeros era la

comida. Que así porque sí todos los de a bordo tuviéramos comida, no sólo la necesaria sino acumulada, era motivo de asombro permanente para ellos. Recuerdo cuando bajaron a bodega, el almacenaje los dejó pasmados. Enloquecieron por el pan y también, aunque no comprendían su objeto, les gustaba la ropa. Lo que literalmente rindió a Button ante el Capitán fue un par de guantes que le regaló. Su asombro nos divirtió largo rato en cubierta. Que las manos, con independencia del cuerpo, tuvieran su propio vestido era algo que nunca habría podido imaginar.

Era notorio que el Capitán se entusiasmaba cada vez más con la idea de llevar a los yámanas a Londres. Hacía proyectos que me participaba con su tono seco; se sumergía en planes sobre su educación y, desde el comienzo, sobre su instrucción religiosa, que era para él fundamental. Comenzó a hablarle a Button de la Biblia, se la mostraba y pasaba las páginas. Le habló del bien y del mal, del pecado y de la virtud de Dios y del diablo, cosas que, como pude ver, Button comprendió a su manera.

La misión del barco era reconocer costas, islas, bahías y puntos favorables y protegidos para fondear. Button y yo tuvimos innumerables oportunidades de recorrer esa tierra que los yámanas nombraban Wulaia, y que a él le enorgullecía mostrarme. Su clima impiadoso pasaba en un solo día de la tempestad y la lluvia a la bonanza de un sol lejano y frío que hacía brillar el suelo helado y despertaba colores inesperados en los bosques oscuros que bajaban desde las cimas hasta el borde del agua. Button amaba su país y estaba orgulloso de la belleza que yo especialmente alababa; me habían maravillado los ventisqueros, ríos de hielo que desembocaban en bahías y fiordos, y que con una disposición entusiasta me mostraba. Una tarde, recorriendo la costa en busca de mariscos, me detuve a mirar el panorama y le dije en español marcando bien las palabras:

—Hermoso país el de Button, muy hermoso.

Después se lo dije en inglés, y con el brazo extendido tracé un semicírculo que abarcó el imponente paisaje de la Tierra del Fuego. Button me miraba sonriente.

—Hermoso país —repetió en español, y agregó en inglés—: Hermoso. En país de Button no hay diablo.

Esa misma tarde pasó algo si se quiere gracioso que habla de la naturalidad con que Button me tomaba aunque yo me sintiera superior a él. Caminábamos por el borde de una ladera cuando un guijarro filoso me cortó parte de la bota. Tuve que sacármela y también las medias para mirar si estaba lastimado. Cuando vio mi pie desnudo, Button tuvo un acceso incontrolable de risa. No podía recuperarse para hablarme. Desconcertado, no supe qué le pasaba hasta que me di cuenta, no sin cierto fastidio, de que se reía de mi pie. Por señas, se dio a entender perfectamente: no servían, mis pies eran lo menos indicado que había visto nunca. Me tocaba la piel y se retorció de risa. Yo lavé la pequeña herida en el agua, sin mirarlo. Al fin, lo encaré serio y le dije en español:

—No embrome, amigo.

Me hizo señas de que esperara, trepó hasta los primeros árboles del bosque y de allí volvió con un trozo de musgo, del tamaño de un pañuelo, y me lo tendió.

—Secar herida. Bueno. —Y repetió con el mismo tono con que yo lo había dicho: “No embrome, amigo”.

En aquellos días yo estaba ciego. Miraba por mí y apenas alcanzaba a entrever el mundo de Button. También me reía de él con los otros marineros y hacía bromas obscenas sobre la desnudez de las mujeres. Hasta que un día sucedió algo que me empezó a cambiar.

Yo estaba abajo, en la bodega, y oí un tumulto de gritos en cubierta. Entre otras voces, la destemplada voz de Button. Subí a saltos, por temor a que el Capitán me recriminara algún desatino hecho por los yámanas.

Button iba de un lado a otro en la popa, gesticulando y señalando un bulto. Parecía loco de furor. Para mi tranquilidad vi que los marineros a sus espaldas se reían. No era por lo tanto una pelea. Pero, en Button, las emociones saltaban salvajes, en estado puro. En unos minutos, su cólera había impresionado a todos.

Increpaba a uno de los hombres, se le acercaba a los gritos y retrocedía. Repetía este movimiento. El marino había cazado una foca pequeña y unos patos pichones. Era el bulto sanguinolento al que el yámana apenas podía mirar. Cuando se dio cuenta de mi presencia, vino hasta mí y me habló, gesticulando, a pocos centímetros de mi cara. Con total claridad, me dio a entender que eso no era posible, que se había cometido un acto irremediablemente malo, que no se podían matar animales pequeños, crías ni madres, y que innumerables tormentas se nos vendrían encima como castigo. Tal vez se nos hundiría el barco y todos pereceríamos en el fondo helado del estrecho. Lo calmé como pude, lo llevé a proa diciéndole que el marino sería castigado, pero él sacudía la cabeza.

—Malo, muy malo —repetía sin consuelo.

Simulé preocupación, pero entre mí me sonreía ante tanto alboroto. Esa noche sopló un viento recio que silbaba entre las tablas. El barco entero crujía. Despierto en la cucheta, recordaba la escena de la tarde. De golpe, sin ninguna razón particular, intuí que lo sucedido hablaba de otra cosa. Sin saber muy bien qué iba a hacer, me calcé las botas y subí a cubierta. Busqué a Button y lo descubrí en cuclillas cerca de proa, la espalda contra el palo trinquete, en medio de la oscuridad apenas tamizada por la triste

luz del fanal de proa. Estaba otra vez desnudo, el pelo empapado volándole alrededor de la cabeza. Taciturno, miraba hacia un fuego de la costa que bailaba en la oscuridad luchando contra el viento. Un wigwam. Tal vez su familia había acampado desde donde pudiera ver el barco. Lo que había intuido se me reveló allí. Me acerqué y me acuclillé delante de él. Hice que me mirara.

—Yo, Jack —grité para hacerme oír y me señalé el pecho—, nunca —y crucé y des crucé las manos delante de mi cara—, nunca matar —hice el gesto de pegar palos al piso de la cubierta, hice que mis manos enlazadas por los pulgares volaran, marqué un tamaño reducido entre el pulgar y el índice— animales pequeños.

No dijo una palabra, no hizo ningún gesto. Me miraba fijo. Empecé otra vez:

—Yo, Jack...

Levantó una mano y puso la palma sobre mi pecho. Gravemente hizo que sí con la cabeza.

Había entendido, pero su ánimo no mejoró. Me senté frente a él, la espalda contra la borda, dispuesto a demostrarle comprensión. Estábamos en invierno, la prueba para mí fue dura. Cada tanto, el azote del agua nos alcanzaba la cara y me castañeteaban los dientes. Button, mudo y sombrío, no se enteraba. Al amanecer el viento cedió y una calma extraña rodeó al barco; con la primera claridad del día, empezó a nevar. Pronto la cubierta quedó tapizada con un leve manto blanco. Le dije a Button si quería bajar a tomar un jarro de café. Aceptó.

Como me llevaría años comprender, aquella no era una simple cuestión de entendimiento para Button, no se acababa con que yo sencillamente comprendiera. En nuestro barco se había transgredido un orden que nos excedía y que era sagrado. Sin duda existía un castigo que la naturaleza sólo había postergado pero que no se hizo esperar. Dos días después, un viento huracanado con

ráfagas de granizo y lluvia torrencial sacudió el barco hasta escorarlo y el Capitán tuvo que mandar levar el ancla. El cambio brusco de clima es permanente en la Tierra del Fuego y no era ninguna novedad, pero la mirada de Button se veía llena de satisfacción. Estábamos teniendo el castigo que nos había anunciado y que nos merecíamos.

Había un marinero a bordo a quien le gustaba más que a los demás divertirse a costa de Button. Le tendía trampas indignas y los tropiezos y errores en los que caía le causaban accesos exagerados de risa. Yo observaba a los dos. Todos habíamos tenido pruebas más que suficientes de la violencia a la que podían llegar Button y sus compatriotas. El marinero era temerario. Cualquiera yámana sobrepasaba dos veces en fuerza al más corpulento de a bordo, lo habíamos podido comprobar; tomaban a un hombre, lo levantaban y lo arrojaban contra las rocas. Cuando peleaban no hacían ninguna especulación, simplemente era hasta destruir al adversario. Button era un muchacho, pero esa violencia estaba en él latente y se percibía con claridad. Aquel día, viendo venir a Button por cubierta, con el clásico balanceo que había adoptado para caminar a bordo, seguido por la risa estentórea del marinero, me puse alerta, dispuesto a intervenir. Para mi asombro, llegó a mi lado un Button sonriente, y hasta juraría que irónico. Sacudía la cabeza.

—Demasiada alegría —dijo en inglés, y repitió antes de desaparecer en bodega—. Demasiada alegría.

Dos años más tarde, ya en Inglaterra, cuando Button estaba en la granja y hablaba de corrido en inglés, supe, no sin cierta

ofensa, que la impresión que yo le había causado en aquellas primeras semanas había sido bastante pobre, por no decir lamentable. Es más, creía que era un poco tonto y muy lento para aprender. Según él, me había tratado con “cantidad de cortesía y paciencia”. Agregó que hubiera sido una diversión para su gente ver cómo alguien tan orgulloso de lo que sabía y que estaba todo el tiempo tratando de enseñarle cosas a él se transformaría en una nulidad no bien se lo dejaran en tierra nada más que tres días. Yo estaba ofendido, pero Button tenía razón.

Le diré, míster MacDowell o MacDowness, que mi relato no puede ser imparcial. Nunca podría serlo. Fui amigo de Jemmy Button, le cobré un afecto que se hizo entrañable y que con los años alcanzó su verdadera dimensión. Al principio experimenté un sentimiento no disimulado de superioridad frente a él, pero hace ya mucho tiempo que pude comprender la parábola de su vida, condolerme de su destino y el de su gente. El mundo que conoció Button, el de sus antepasados, empezaba su largo fin. Como los témpanos desprendidos de los ventisqueros, su mundo comenzaba a resquebrajarse y pronto navegaría a la deriva rumbo a su propia disolución. Mi situación no era demasiado distinta. Íbamos al encuentro de un orden que no preveía otro lugar para nosotros salvo el que ya nos tenía asignado. Veníamos de los bordes del mundo, de los confines, de un lugar insospechado y bárbaro, que a pesar de mi buen inglés y mi crencha rubia emanaba de mí y me rodeaba, de igual manera que rodeaba a Button.

Finalmente partimos rumbo a Inglaterra. Mi exaltación iba de acuerdo con lo que era, un grumete que ya se sentía seguro sin imaginar todavía todo lo que le faltaba conocer del mar; iba, además, al encuentro del país de mi padre, de la ciudad de

Mallory. El futuro se abría ante mí sin una nube en el horizonte. Trataba de explicarle a Button hacia dónde nos dirigíamos. Me prestaba poca atención. A medida que nos alejábamos de Wulaia, de su laberinto de islas y canales, se entristeció y permanecía horas en cubierta mirando los últimos peñascos.

La navegación en alta mar abatió a los yámanas. No estaban acostumbrados a tan larga permanencia a bordo y se volvieron opacos y silenciosos. Pasamos fugazmente por Montevideo, que recuperé y volví a abandonar. Button apenas quiso ir una sola vez a tierra, no parecía reaccionar frente a las novedades. Sólo algunos animales y unos carruajes lo sacaron de su apatía, pero fue momentáneo. A medida que subíamos al norte, se hacía sentir sobre ellos, en forma despiadada, lo que los atontaba y despojaba de toda vitalidad: el calor.

Llueve apaciblemente a sotavento; atrás quedan las costas del Brasil; a proa, el océano que nos lleva a un continente desconocido. Sentado en cubierta, me dejo estar en el cabeceo tranquilo y acompasado del barco. Button mira con desolación las últimas gaviotas que nos acompañan antes de que todo sea sólo agua. Mi atención está en lo que recuerdo: un prostíbulo miserable muy cercano a la costa, de alero y candiles que parpadeaban en el viento nocturno, y la mulata que elegí, dócil y enigmática, accediendo a salir de aquellos catres y esteras en los que los marineros copulaban borrachos y sin importarles el amasijo de cuerpos. Su desnudez sumisa, cara al cielo, en el fragor de la marea. Las horas en la playa oscura donde fui un aplicado aprendiz de casi todo lo que un hombre necesita aprender.

Button se había negado a entrar y permaneció sentado en la arena junto a los botes de los pescadores, mirando el mar. Con

unas copas de más, también yo lo había empujado hacia el hueco sin puerta del prostíbulo, entre las burlas de los otros. Cuando volví, al filo de la madrugada, lo vi alejarse por la playa con una chiquilla, una niña, a quien yo había visto adentro, al comienzo de la noche, balanceando con gesto ausente una hoja monstruosamente grande en forma de pique, con la que abanicaba los acalorados cuerpos de mis camaradas.

Fue mi primera mujer. Una mulata. La imagen de su sumisión me ronda y dejo que la lluvia benigna me bañe cara y cuerpo. Como una despedida, aquél fue el último recuerdo de América que me acompañó y que después desaparecería, no para siempre, bajo la andanada de Londres.

Cuarto pliego

[Londres, 1830]

La marea nos depositó como una bandeja sobre el lomo del río. La expectativa por ver Londres creció de hora en hora a medida que remontábamos la corriente del Támesis y nos acercábamos a esa ciudad de la que los marineros de a bordo hablaban incansablemente y que, de alguna manera, yo llevaba en mi sangre.

El puerto era un pandemónium. Si Montevideo me había parecido tumultuosa, esto era como Babel. Barcos de banderas desconocidas, enormes depósitos donde los despachantes hablaban a los gritos, trueques, cargamentos, gente de todos los países y de todas las razas: negros, hindúes, chinos. Estábamos, al fin, en el corazón del imperio marítimo más grande del mundo. Yo no alcanzaba a retener las escenas que giraban a mi alrededor. Button había gastado hacía tiempo su capacidad de asombro. O tal vez esa capacidad era menor o de un orden distinto que la mía. Mostraba, como sus compañeros, una curiosidad resignada que se extinguía enseguida. Venía de un país donde las olas eran más altas que esos edificios, donde las mañanas y las noches duran meses y los cetáceos tienen el tamaño de goletas. Aquel caos de personas, de barcos y de construcciones le era indiferente o por completo inabarcable. Aunque a bordo muchos esperaban con curiosidad la reacción de Button, lo cierto es que no se repitió aquella escena cuando el Capitán le regaló el par de guantes que lo habían puesto

al borde del delirio. Lo único que despertó a los yámanas del embrutecimiento de ese trasplante feroz fue un negro de estatura colosal, un etíope, traído del África tal vez con parecido propósito que el del Capitán. Dentro de unas semanas, vestido de librea y zapatos charolados, su figura exótica adornaría alguna mansión de Londres; ataviado ahora con plumas y collares de colmillos, permanecía inmóvil como un ídolo. Los ojos, de un brillo acuoso, ni siquiera parpadearon ante la inspección de que fue objeto. Los yámanas tal vez no entraban en su horizonte, le llegaban muy por debajo del hombro.

Convenientemente vestidos, Button y sus compañeros fueron llevados a una posada del puerto, donde el Capitán alquiló una habitación en los altos. Me encargó, bajo pena de castigo, que cuidara de ellos hasta su vuelta. La fiebre había desplomado a Boat Memory en cubierta unos días atrás; en cuanto nos dejó ubicados, el Capitán se lo llevó al hospital naval. Nuestra marcha hasta el hospedaje y nuestra llegada causaron bastante revuelo entre gente que no parecía mirar con buenos ojos a los yámanas. Incluso creí oír insultos. Yo no tenía tiempo de reflexionar sobre el significado de las cosas que sucedían: estaba, al fin, en la ciudad donde había nacido Mallory. Tal vez, en la misma taberna donde había dormido alguna noche antes de embarcarse. Pensarlo me conmovía de manera confusa y remota; no llegaba a ser un sentimiento real. Button, los ojos extrañamente opacos, cayó en una apatía y un mutismo infranqueables. La separación de Boat no les gustó a los yámanas. El presentimiento de su muerte los amedrentaba. Se sentaron en el suelo, contra una pared del cuarto. Yo también me senté junto a ellos disimulando mi inquietud ante el tumulto que crecía abajo. Como diversión, unos marineros borrachos habían hecho correr la voz de que mis compañeros eran caníbales, y los gritos iban en aumento. Gente de toda ralea se amontonaba en la

calle y aquello ya había pasado de ser una broma pesada. Al principio, la presencia del Capitán los había mantenido a raya; una vez que se fue, el escándalo recomenzó con violencia alarmante. Me levanté con disimulo y espíe entre los postigos. ¿Qué haríamos si a esa gente se le ocurría subir? No podía confiar en la posadera. Nos había alquilado el cuarto a disgusto, apenas convencida por el uniforme y el generoso pago adelantado del Capitán.

Tomé la mano menuda de Fuegia y la sostuve entre las mías. No sólo para darle ánimo sino para saber si tenía fiebre. Aunque todos habíamos sido vacunados contra la viruela en Montevideo, lo de Boat creó una invencible alarma. Por suerte, la pequeña Fuegia estaba bien. Los ojos de Button permanecían fijos en mi cara. ¿Qué quería decirme? Hasta ese momento todo el esfuerzo para comunicarnos lo habían hecho ellos y lo que podíamos decirnos era gracias a su pasmosa habilidad paródica; yo apenas sabía de su lengua un par de palabras. Le señalé la puerta cerrada.

—Pronto vuelve el Capitán y nos vamos de esta casa —dije mitad en inglés, mitad por señas.

No era sólo eso, sin embargo; sentados sobre el piso, en un rincón, uno contra otro como en el invierno de su remoto país, no contaban allí con el wigwam de palos y ramas sobre sus cabezas, ni soplaba el viento familiar que estrellaba al mar contra las rocas, ni los perros daban su fraterno calor a los hombres, ni se alzaban a su alrededor las lenguas del fuego inmemorial; aquí sólo había confusión y miedo y hombres enloquecidos gritando abajo. Su instinto les decía que debían permanecer juntos, sin moverse, porque estaban en territorio extraño y alrededor se alzaba un enemigo desconocido y salvaje. La voz infantil de Fuegia fue la única que se atrevió a cortar la penumbra fría.

—Loberos —dijo.

Y sus ojos, graves en la cara redonda, trajeron hasta aquel

cuarto imágenes de brutalidades y asesinatos.

Yo también estaba inquieto. Quise imaginar que era capaz de cumplir con lo que el Capitán me había ordenado, pero la verdad es que el único lugar en el que me sentía seguro era en aquel cuarto con los yámanas.

Unas horas más tarde, sólo quedaban algunos gritones; los yámanas habían constituido para ellos el escándalo del día y se resistían a dejarnos en paz. Decidí bajar a buscar algo de comer. Me esperaba una sorpresa. Uno de los que querían nuestro escarmiento estaba al acecho, al pie de la escalera.

Era un tipo insignificante, de traje negro raído y mugriento; le asomaban unas mechaz escuálidas por debajo del sombrero y llevaba grandes patillas. Empezó a dar gritos en cuanto me vio.

—¡Bajen a los caníbales! ¡Echen a esa gentuza! —se me acercó y escupió el suelo.

La posadera se hizo la desentendida. El insignificante volvió a la carga.

—¡Caníbales, a la cárcel! ¡Que se pudran en un pozo! ¡Hay que llevarlos a la cárcel ahora mismo!

Esta vez no lo dejé acercarse. No soy ahora ni era a los dieciocho años un hombre pequeño, míster MacDowell o MacDowness, y ese inglés tenía la consistencia de un arenque seco. Lo empujé por los hombros: apenas lo toqué, salió despedido contra las mesas y quedó desparramado en el piso. Otros dos amagaron levantarse allá en el fondo. Pensé en el Capitán y en mi futuro. Podíamos ir a parar a la cárcel sin haber cumplido todavía veinticuatro horas en Londres.

—Disculpe, míster —dije entre dientes. Lo levanté en peso por las solapas y simulé que le limpiaba la ropa—. Mejor nos tranquilizamos todos, no sea que se inquieten los caníbales. Mañana vuelve el Capitán —le mentí a la gorda desdentada—.

Nos vamos pronto.

Por alguna razón, los gritones desaparecieron. De no muy buena gana la posadera me presentó unos platos con un potaje que no quise mirar. Lo que iba conociendo de Londres no me gustaba, y su gente, menos. Nunca había visto en Lobos gente tan sucia.

Volví al cuarto. Nadie comió. Al amanecer hizo frío y me envolví en una manta que los yámanas, con los ojos abiertos en la oscuridad, tampoco aceptaron. A pesar de la aparente tranquilidad que reinaba abajo, York, Fuegia y Button no cambiaron de actitud, ni siquiera para mirar el interior de la cómoda y el ropero, que en otras circunstancias hubieran despertado su admiración. Los días siguientes me animé a salir, a ir cada vez un poco más lejos. Al anoecer volvía al hospedaje del puerto y la sensación de embriaguez que me dejaba el primer vagabundeo por la ciudad se disipaba para dar lugar a la culpa. Allí arriba, abandonados por todos, extraños, mudos, los yámanas esperaban mi regreso como el único eslabón que los unía a un mundo que no quería saber nada de ellos.

Con los yámanas en Londres, míster MacDowell o MacDowness, se abría un interrogante inevitable. ¿Para qué habían sido traídos? Es difícil que en aquel momento me lo planteara con total claridad, pero la pregunta colgaba desnuda en el aire y era imposible eludirla. El Capitán había decidido traerlos; su ausencia eliminaba toda finalidad. Habían sido traídos para nada. Se los había hecho cruzar el océano por capricho o para llevar a cabo un experimento que yo no alcanzaba a desentrañar.

Los años me llevarían a entender que el propósito de la presencia de Button en Londres se resolvía muy lejos de allí, muy por encima de las sucias calles del puerto y de gente como nosotros: en los círculos áureos e inaccesibles del poder, donde Inglaterra maduraba sus designios en el mundo. Los yámanas

ocupaban un lugar muy preciso en un complejo rompecabezas, una de cuyas piezas era la codiciada Tierra del Fuego con sus canales que se abrían al Pacífico.

Sopla el pampero cada vez con más fuerza. El horizonte que hace unos minutos era luminoso se ha vuelto violáceo, y un inmenso cigarro color pizarra, acostado sobre la línea del horizonte, rueda velozmente hacia nosotros. En la claridad que todavía nos cubre, los pájaros parecen haber enloquecido y vuelan de un lado a otro, entrecruzándose, buscando refugio de lo inevitable. En la oscuridad creciente, comienza el fragor lejano de un trueno. Ajax, inquieto, se refugia bajo la mesa. Graciana tranca las puertas, que se han puesto a temblar. He ido hasta la ventana para mirar el espectáculo: el cardal ondea furioso, las copas de los árboles son sacudidas sin piedad, el agua cae de golpe, brutal, mientras se hace de noche y la llanura retumba como si una estampida de caballos cimarrones subiera desde el lejano sur por el corredor inmenso de la meseta. Lo que de chico me asustaba de hombre me exalta. Una tormenta en la pampa, míster MacDowell o MacDownness, es algo que usted no podría siquiera imaginar desde la estrechez de su despacho: uno cree que la casa entera va a ser arrancada de cuajo, y de golpe todo cesa. Cesan los truenos y los relámpagos, súbitamente cesa la lluvia y una claridad sobrenatural se abre en el cielo y baña la llanura con colores tan vívidos y delicados que sólo un hombre extraordinariamente sensible a la luz como su Turner podría describir. La vida empieza de nuevo, y como en ese primer minuto de la creación, la armonía reina en las cuatro direcciones de la pampa.

Graciana ha vuelto a abrir las puertas. Dejo de escribir porque la tarde, después de la tormenta, nos llama afuera.

Al cuarto día, el Capitán volvió a buscar a los yámanas. Envió a Fuegia y a York al campo, a una granja donde recibirían educación en inglés y los rudimentos básicos de algunos oficios. Button quedaría conmigo en Londres por unas semanas, luego sería llevado también a la granja-escuela. Esa separación no causó problemas; se había puesto en evidencia la protección que ejercía York sobre Fuegia.

—Él está esperando que crezca —me explicó Button.

El Capitán le compró a Jemmy ropa nueva, le hizo cortar el pelo y calzar botas. Hasta le regaló un sombrero. Con gran esfuerzo, Button se había sobrepuesto a la primera semana en Inglaterra y de a poco volvía a mostrarse interesado y curioso. El frío del invierno contribuía a esta disposición. Salíamos los tres en el carruaje del Capitán. Al principio quiso ir arriba, sentado junto al cochero, que le pasaba de vez en cuando las riendas. Había recuperado su asombrosa capacidad mimética y nada corporal le resultaba difícil de aprender. Otra cosa distinta era el sentido de ciertas acciones en las que, irremediabilmente, se perdía. Button, con sus preguntas desconcertantes, ponía en evidencia las confusas relaciones que para los blancos constituían la normalidad. La inconsecuencia lo confundía. Que se hablara por hablar o se aseguraran cosas que luego no corroboraban los hechos lo desconcertaba. Que debajo de los hechos hubiera intenciones que los hechos ocultaban lo decepcionaba y confundía. Pero, como le gustaba repetir al Capitán, era muy inteligente y se adaptó.

Una tarde, el Capitán pasó largo rato mostrándole billetes y monedas.

—Dinero —decía, separando monedas de diferentes valores—. Dinero para trueque, para comprar.

Yo había tomado una gorra que cambiaba al Capitán por una moneda. El Capitán me devolvía monedas pequeñas. Esta mímica

era seguida con toda seriedad y concentración por Button, quien, sin embargo, en un momento, me miró interrogativamente a los ojos para después volver a mirar con interés al Capitán. Button asentía, pedía la moneda y repetía conmigo la operación. El acto de intercambio lo comprendió mucho antes de que termináramos nuestros pomposos ademanes. Otra cosa era el poder abstracto del dinero; la idea de su posesión por sí misma pertenecía a un universo de valores inmateriales, de influencia misteriosa, que Button jamás pudo asimilar. O de alguna manera sí, como lo prueba lo siguiente.

Caminábamos por las atestadas calles cercanas al puerto. El Capitán le había regalado unas cuantas monedas que colocó en su bolsillo. Eran a título de prueba, para ver si se le ocurría comprar algo. Button las sacó del bolsillo y se entretenía en lustrarlas contra su chaqueta y en arrojarlas al aire y volverlas a atrapar, como había visto que hacía yo. Una se le escapó y salió rodando por los adoquines; en el acto, una turba de chicos harapientos se levantó de los portales y se arrojó sobre la moneda. Esto lo dejó atónito y maravillado. Entre gritos, las caras flacas y sucias se volvieron hacia nosotros esperando más. Con auténtico regocijo, él arrojó una segunda moneda al aire, lo que produjo un escándalo. Button se reía junto a aquellas criaturas que ahora lo rodeaban y le tironeaban la ropa. Cuando vi que su intención era tirar a la calle todo lo que tenía, le sujeté el brazo, pero él se soltó sin violencia.

—Muy divertido, Jack —decía riéndose—. ¡Muy divertido!

Así perdió Button el único dinero que poseyó nunca, pero ganó una experiencia extraordinaria: alcanzó a concebir la idea abstracta del poder que otorga la riqueza. De allí en adelante, para lo único que pedía monedas era para tirarlas en la calle. Para un yámana, la idea de comprar un objeto o alimento era inconcebible; en el Cabo de Hornos cada uno obtiene lo que necesita y lo demás

es de todos, pero esto, como muchas otras cosas, nadie se había preocupado por averiguarlo.

Como el Capitán consideraba esencial el punto del manejo del dinero, cuando partió a su casa me dejó encomendado que siguiera insistiendo. Encantados de poder andar solos por una ciudad o, al menos, por unos barrios a los que ya mirábamos con confianza, nos largábamos a la calle y entre la gente a cumplir más o menos nuestros deberes. Con este propósito entré un día a un negocio a comprar una pipa y tabaco, enriqueciendo la demostración con un regateo enfático y ampuloso que me divertía. Button siguió el recuento de las monedas y la disputa por el precio con actitud de alumno aplicado. Pero más tarde me dijo:

—Dinero, Jack; monedas para arrojarse.

Había puesto una moneda delante de mi cara y me indicó con mímica, exactamente como habíamos hecho con él, que la tirara a la calle, entre los chicos.

Al poco tiempo éramos populares; formábamos una pareja de tipos raros, seguidos permanentemente por una turba de chiquilines gritones. Eso le gustaba a Button; en su país se tenía un trato especial con los niños, propios y ajenos, a los que todos, sin excepción, cuidaban con un afán que llegaba hasta el sacrificio.

Button encontraba en los chicos zaparrastrosos de Londres la parte menos amenazante y más comprensible de Inglaterra.

Recorriendo Londres, se levantaron en mi mente los cuadros paralelos de dos miserias que parecían irremediables: la de mi país de llanuras sin fin, donde nos vemos reducidos a un estado permanente de pobreza, en parte por nuestro desprecio al trabajo “de a pie”, en parte porque, salvo en la guerra, no se sabía en qué empleársenos, y la de Londres. El hacinamiento de una multitud en

casas parecidas a sótanos, negras como cuevas rezumantes de humedad, no era mejor que el desierto que yo había dejado. En esas casas, mujeres de pecho hundido parían chicos flacos que arrojaban a la calle, y que no bien aprendían a caminar llevaban ya cargado al que lo seguía. Londres me mostraba una miseria que yo no conocía. En mi país eran tal vez más bárbaros y pobres, pero me atrevía a pensar que más felices. En Londres yo recordaba las tormentas que limpiaban la pampa y se llevaban lejos pobreza y pestes. En aquellos barrios, la enfermedad y la miseria se habían estancado sobre los adoquines.

Fue una experiencia extravagante, míster MacDowell o MacDowness: nefasta y al mismo tiempo arrolladora. Habiendo yo crecido en el desierto, aquella muchedumbre sin rumbo que se ganaba de cualquier modo el pan de cada día tramoyando turbios negocios o embarques clandestinos me atraía como un remolino a su centro.

Muchos años después, podría asociar esas escenas lastimosas que se venían como golpes de puño a la cara con los versos de Shelley, que no conocía entonces: *El infierno es ciudad pareja a Londres / una ciudad con humo y populosa / toda clase hay allí de gente en ruinas...*, versos que el azar de la memoria entrevera esta noche, a miles de millas y en la pampa, con otros que acuden, no recuerdo de dónde, por su sola fuerza: *he vagado por las viejas calles, a la orilla del Támesis; y he notado en cada rostro que encontré signos de la debilidad y del dolor*. Para quiénes eran, me preguntaba ingenuamente, las riquezas y los dominios que los ingleses conquistaban y retenían a toda costa en los lugares más remotos del planeta. Los barrios que se enfilaban interminablemente a lo largo de las estrechas calles adoquinadas no estaban habitados precisamente por los beneficiarios de aquellas empresas.

Por esas calles había trotado Mallory, y alguno de aquellos oscuros portales podía haber sido el suyo.

Ninguna caminata podía acobardar a Button. Salíamos a recorrer la ciudad inagotable, desde la mañana hasta la noche. Dos cuerpos entre miles de cuerpos desconocidos, sin nombre; seres impetuosos, alborozados, sombríos, miserables, de los que veíamos sus caras por primera y última vez y que nos arrastraban de una calle a otra calle por un laberinto que a veces terminaba abruptamente en viejas empalizadas ennegrecidas por el tiempo y el humo. Era como si nuestro Londres se inclinara hacia el puerto donde la ciudad se aquietaba. Caía la noche sobre el Támesis y merodeábamos los puentes. El temblor del agua en las dársenas repetía una ciudad resplandeciente en sus miles de luces de gas. Naturalmente, nos perdíamos. Dormíamos en cualquier parte: en los parques, en los portales, en los mercados, a la orilla del río. A medida que dejábamos atrás nuestro territorio natural, el puerto o los barrios fabriles de los suburbios, la existencia de esos barrios quedaba a cargo de los mendigos, de traperos, de viejas decrepitas, de ciegos y tullidos que rondaban los atrios de las iglesias. Su mendigar era nocturno. Con la luz del día aquellos seres volvían a sus madrigueras y desaparecían de los lugares donde la ciudad se ensanchaba en avenidas y parques, y donde su presencia hubiera puesto una mancha infamante sobre las paredes residenciales tras las que se movía el Capitán, donde tenía sus parientes y conocidos y donde ejercía sus influencias.

Siendo la misma, aquella ciudad era otra. La magnificencia de la arquitectura me dejaba aturdido y recorría y volvía a recorrer, arrastrando a Button detrás de mí, las calles que rodeaban esos palacios y jardines como si fueran otro país. Ante aquellos

mármoles deslumbrantes rodeados de avenidas arboladas, ante aquellos carruajes cuyos caballos llevaban sin duda una vida más a cubierto que los seres de las sucias esquinas de las que veníamos, Button y yo nos deshacíamos, nos volvíamos nada. Veníamos de un lugar que no sólo era desde allí inimaginable —el rugido del viento, la llanura sin fin, las hogueras en la noche, la caza de la ballena— sino que, aunque lo hubieran conocido, a nadie le importaba. Lo imperturbable era la aristocrática indiferencia, más sólida e imponente que las paredes, los arcos y los portales inmensos. Sencillamente, éramos nadie.

Nuestra existencia empezaba a materializarse en otro sector de la ciudad, en las Oficinas de Colonias, en la Bolsa de Valores, en el Almirantazgo. Allí, por una extraña alquimia de la civilización, Button y yo nos corporizábamos, nos volvíamos reales, pertenecíamos a un lugar del globo perfectamente ubicable que nos transmutaba en cueros, en aceite, en números.

No puedo decir que no aprendiera. La monumentalidad me anulaba pero me educaba, me elevaba hacia ella. Era sensible a su innegable belleza. Había mucho que aprender de los trazados jardines y de las luces de gas; no de ellos en sí mismos sino de la idea que los había hecho posibles. En Londres, como en los caracoles de mar, mister MacDowell o MacDowness, se veía el tiempo. El tiempo estaba impreso en la piedra, en el hierro y en el mármol. Y no se trataba sólo de edificios; la gente también ocupaba su lugar en ese fluir estratificado de décadas y centurias. Sus ropas, sus carruajes, sus casas, daban la medida de quiénes eran, de cuál era su rango y su pasado, de qué esperaban de la vida y qué era lo que la vida les tenía concedido de antemano.

De donde nosotros veníamos no había tiempo, no se sabía cómo había transcurrido porque la vida parecía volver siempre a la tierra sin dejar huella. Había que atar los hechos a la llanura para

que no se volaran. La historia estaba por empezar, mientras que allí, en Londres, años, siglos, épocas pretéritas retrocedían vertiginosamente por el solo hecho de mirar.

Yo no entendía demasiado, pero entendí lo suficiente como para darme cuenta de que mi espíritu había quedado prisionero entre una naturaleza inabarcable y desierta y el abigarramiento de una ciudad que parecía no tener fin.

Inglaterra me enseñaba y yo, como un gran pez, tragaba todo.

Pero Button no podía verlo ni entenderlo. Button ni siquiera tenía la posibilidad de empezar a entender qué significaba todo aquello. No había adónde llevar lo que veía. ¿A quién iba a contar Button su experiencia con los jardines, con las posadas o con el dinero, pero sobre todo, a quién iba a contar el significado de lo que estaba viendo: una ciudad que por la noche se iluminaba con mil luces multiplicadas en el río? Si Button hubiera querido describirla, habría proferido ruido y furor, y su relato sería la larga descripción de circunstancias y de objetos hecha por alguien capaz de ver lo que ocurría pero incapaz de saber la razón.

Años después comprobé que lo que el doctorcito llamó la “remisión de Button al estado salvaje” fue la más perfecta de las respuestas posibles a su experiencia con la civilización. La mejor posible, la única.

He pasado la noche insomne, míster MacDowell o MacDowness. Inquieto, en realidad. El recuerdo de Londres, de las muchas veces que estuve en ella y que resumo en la primera estada porque la minucia me llevaría a un recuento de poco

interés, me inclina a considerar otras cosas.

Anoche, a la luz del quinqué, revolviendo el baúl de cuero que me acompaña desde hace treinta años, repleto de objetos disímiles —recuerdos de países que no volveré a visitar, el arpón de hueso regalo de Jemmy Button, la libreta de anotaciones de aquel viaje—, encontré lo que buscaba: algunos periódicos viejos que la costumbre me ha hecho seguir adquiriendo en Buenos Aires. Hablo del *Times*. Sus páginas y, específicamente, algunos párrafos de un ejemplar de 1859 pueden ilustrar cómo se veía desde “el centro del Imperio marítimo” la periferia de la cual veníamos. El artículo habla de la Misión Patagónica. La mística misionera fue, en definitiva y como creo ya anticipé, la causa que desencadenó los hechos por los que Jemmy Button fue juzgado en las Islas.

Traduzco parte de lo que dice el *Times*: “Como vemos, el espíritu misionero a menudo va asociado al espíritu de aventura romántica. Una tierra distante al otro lado del Ecuador, envuelta en el misterio de otro hemisferio, tribus salvajes, inexploradas, cuyas mentes son una *terra incognita* para nosotros, inspiran un interés y una curiosidad que alivian la insipidez del mundo cotidiano.

”No censuramos esa mezcla de religión y espíritu romántico, que es perfectamente natural. Pero es obvio que tal espíritu de aventura religiosa está acompañado por riesgos que la Sociedad Misionera Patagónica no tomó en cuenta. Nadie puede cuestionar el entusiasmo y el celo de esta asociación y el verdadero carácter generoso que apuntaba a las misteriosas costas de la Tierra del Fuego como el campo de un proyecto misionero.

”Todo lo que se deseaba para una aventura religiosa se presentaba allí: el salvajismo aborigen se entronizaba bajo las nubes donde nunca había penetrado la luz, una tierra de genios o de fantasmas. El país de los bárbaros de Heródoto y aquel otro

donde llovían plumas apenas podían superar a la Tierra del Fuego con su encanto desconocido.

”Sin embargo, esta expedición religiosa, planeada bajo un halo de aventura romántica y espiritual, estuvo, desafortunadamente desde el principio, destinada a las conmociones. Tan pronto como arribaron a una de las Islas Falkland, entraron en colisión con el Gobernador de ese momento, el señor Rennie.

”El capitán Parker Snow (contratado para pilotear el barco de la Misión, la goleta *Allen Gardiner*), a pesar de estar en desacuerdo con los métodos de la Misión, hizo la travesía hasta Tierra del Fuego en busca de futuros conversos y tuvo éxito al encontrar a Jemmy Button, un nativo cuyo nombre familiar lo señala como un viejo conocido. Más tarde, el plenipotenciario de la Misión, el reverendo Despard, enfrentado al capitán Parker Snow, lo destituyó de su cargo. Por el modo en que el capitán Snow se refirió posteriormente a sus empleadores, se podría suponer que eran turcos o monstruos, en lugar de misioneros devotos y entusiastas.

”Se habrían evitado estos desafortunados resultados si esa buena gente no hubiera omitido hacer las mínimas averiguaciones o se hubiera preparado para las dificultades. Sólo imaginaron escenas bucólicas de la vida salvaje: caciques patagónicos sometidos al dominio misionero y un despertar de las conciencias bárbaras.

”Ya se sabe que la Misión patagónica ha terminado muy mal, y no sólo no se han convertido los paganos sino que el resultado fue la disputa entre un grupo de excelentes cristianos.”

Como se desprende de la opinión del *Times*, míster

MacDowell o MacDowness, ningún Button concreto era visto desde la ciudad que aprendíamos a conocer.

El artículo me ha hecho recordar algo. La palabra “romántico” estaba de moda en ese entonces, se usaba para todo. Aquí está bien empleada; le da ese aspecto de superficialidad, por no decir irresponsabilidad que tuvo la empresa. A usted, o a quienquiera que alguna vez ponga los ojos sobre estas páginas desordenadas, le dejo las conclusiones.

Yo quiero seguir contando mi propia historia.

En ese Londres yo buscaba a ciegas el nombre de un barrio o de una calle que rescatara de mi memoria algo dicho alguna vez por Mallory. Miraba los portales y preguntaba en las tabernas. O tal vez no sea cierto, tal vez no quería encontrar nada y la búsqueda me daba una excusa para vagar todo el día y para entrar en lugares a los que de otro modo nunca hubiera podido entrar. Lo que nunca supe es qué encontró Button en esas calles.

Una tarde cruzamos el dintel de una tienda elegante, en la que se vendían trajes que usaban caballeros como el Capitán. Button se quedó inmovilizado ante unos pares de guantes en exposición.

—¿Conoció por aquí a un hombre de apellido Mallory? Vivía en esta calle —le inventé sin pestañear al dependiente, un tipo atildado que miraba horrorizado a Button—. Tal vez lo recuerde, es un almirante de la Armada.

Inmediatamente nos echaron; antes, como al descuido, me embolsiqué un par de guantes. Button se los merecía. Desde el principio y ya en el viaje yo le había explicado qué buscaba y él se prestó de buena gana a acompañarme; aun cuando lleváramos todo el día de vagabundeo, su disposición no flaqueaba. Cosas como las

que acabo de contar no sucedieron una sola vez sino muchas. En realidad, al poco rato de abandonar el barrio del puerto, el encomiable propósito de encontrar la casa de mi padre quedaba olvidado bajo el descubrimiento incesante de novedades.

Horas más tarde, detenidos ante el puesto de una vendedora de ostras o mirando a unos chicos en las barcazas de río, repentinamente, Button me tomaba del brazo:

—Encontrar padre muy importante.

Yo asentía y nos largábamos hacia otros lugares que no conocíamos.

Una noche, en una taberna a la que había ido solo —a Button no le gustaban las tabernas—, me sucedió algo que, sin duda, yo estaba esperando mágicamente que ocurriese.

Entre el humo y el fragor de maldiciones propias de hombres que se divierten y entre los que orgullosamente yo me quería contar, bebía en una mesa cuando un ruinoso e imponente caballero algo borracho, a quien le había confiado que mi padre era inglés, me preguntó su apellido.

—Se llamaba Mallory —dije—. William Mallory.

El hombre abrió los ojos.

—No será uno que terminó enrolado en la Armada —me preguntó, inclinándose sobre la mesa.

—El mismo —respondí sin vacilar. Miles se habían embarcado y miles lo seguían haciendo, pero por mi mente no pasaba considerar semejante cosa.

El hombre largó una carcajada.

—¡Mallory! ¡William Scott Mallory! ¿Que si lo conocí? —exclamó—. ¡Conocí a ese sinvergüenza cuando correteábamos Londres! La de peleas que tuvimos juntos. Era duro ganarse el pan

en estas calles, hijo. William Scott Mallory, cómo no. ¿Qué fue de ese hijo de puta, muchacho?

—Murió. Hace más de dos años.

El hombre sacudió la cabeza, apesadumbrado:

—Tarde o temprano a todos nos llega, sí señor. En la cama o en el agua, pero nos llega —de inmediato recuperó el buen humor—. Recorriamos las tabernas tratando de conseguir algo, lo que viniera...

Yo estaba pendiente de sus palabras. El hombre se iba alegrando al calor de un hogar invisible. Tragó medio jarro y pegó una brusca palmada a la mesa.

—¡Cómo jodía con un tal Milton...! Tenía la costumbre de robar cosas inútiles, libros. ¡Por San Cíborio que era una rara costumbre...!

Apenas pude tartamudear que sí, que ése era sin duda mi padre, cuando el hombre, que había pescado al vuelo mi ansiedad, pareció recordar todo de golpe y empezó con una historia en la que intervenía un tal Charles Mallory, al parecer tío de mi padre.

—Vivía no muy lejos de aquí, con su tío Charles, un viejo completamente chiflado, muchacho. Tu padre me llevó un día a su covacha —mi nuevo amigo mostró una sonrisa de pirata bonachón, estiró la mandíbula hacia adelante y se dio unos golpecitos en la garganta—. Hablar me seca el gáznate... —dijo y señaló las jarras de vino vacías.

Llamé al tabernero. A nadie le interesaba aquella historia, salvo a mí, así que pronto estuvimos solos en la mesa. Mi compañero se mandó otro medio jarro sin rechistar.

—Sí, el viejo era chiflado pero bastante bueno. El pobre Scotty se hubiera muerto de hambre sin él —se acodó en la mesa dispuesto a darme una historia o a inventarla, yo estaba dispuesto a creerle todo y a pagar toda la bebida que fuera necesaria para oírla.

Entrecerró los ojos:

—Mallory había quedado huérfano casi desde que nació y lo crió su tío, este Charles Mallory. El viejo parece que padecía la locura de los libros; nunca vi una cosa así en mi vida. Se apilaban por todos los rincones. Siempre pensé que ahí podía empezar un buen incendio. Se hubieran asado vivos si por ahí caía una chispa, muchacho, hubieran ardido como estopa, sí.

—Pero mi padre, ¿qué hacía?

—¿Qué iba a hacer? Tenía que obedecer al viejo. Mallory, tu padre, muchacho, trotaba como yo por las calles en busca de algo, lo que sea, que permitiera vivir. Y esto habría sido natural, pero el asunto es que tenía la orden de agenciarse algún libro. De modo que los robaba. El viejo Charles estaba casi ciego y le daba casa y comida con la condición de que le leyera en voz alta. Así que tu padre, desde chico, estuvo como en Oxford, leyendo a troche y moche; de día o con la vela. El viejo siempre quería más historias, más libros. Scotty tendría tu edad cuando el viejo Charly se nos murió. Entonces se embarcó y lo perdí de vista...

No sé describir la conmoción que me produjo este encuentro. Las palabras de aquel supuesto amigo de Mallory armaban una historia que me explicaba muchas cosas.

—Con mi padre leímos muchos libros juntos. Mire — empecé a revolver mi bolsa y saqué lo que había conseguido esa misma tarde; levanté los dos libritos—, *¡El Cisne de Avon!* — agregué con una pedantería obtusa que hoy me avergüenza—. A él le gustaba Ben Jonson, pero a mí...

—Así es, así es —El hombre me interrumpió tirándose para atrás en la silla —. Así era Mallory, muchacho —Me miraba fastidiado, entrecerrando un ojo y torciendo la boca, como si yo en vez de mostrarle libros sostuviera en el aire una rata muerta. Me estudiaba. Su mirada me decía lo que estaba pensando: qué hacía

yo, un novato ridículo y envanecido con toda esa charlatanería de los libros, en una honrada taberna de gente sencilla. Enganchó los pulgares en la cuerda que le sostenía los pantalones; tenía lo que se llama un abdomen prominente. Se acercó un poco y espío en la jarra.

—¡Tabernero! —grité.

—Sí, casi puedo verlo —dijo de nuevo, jovial—. ¡El viejo William Scott Mallory! Andaba por las mesas recitando y hablando de Ben Jonson. Se me ha quedado acá —se señaló la frente—. ¡Cómo jodía con ese Jonson y con el tal Milton! Éramos muy amigos, muchacho. Y voy a decirte algo: sí que te pareces a él...

Se me anudó la garganta; me tomé un buen trago. Mi compañero me imitó. Tenía la cara amoratada; echó aire a los pulmones.

—Una vez, ya me acuerdo, una vez, en uno de esos barrios de los ricos, se quedó toda la noche encerrado en una biblioteca pública. Pudo alzarse con unos cuantos libros. El viejo Charly casi estira la pata de contento... Así era el viejo Charles Mallory, tu abuelo, muchacho.

—Mi tío abuelo —dije lo más claro que pude.

—El mismo.

Un poco errático pero feliz y contento, me dispuse a pedir otra jarra alentado por la bondadosa disposición de mi camarada. El destino no quiso, sin embargo, que aquella noche terminara en forma pacífica. Como convocado por nuestras frecuentes menciones, el espíritu de Mallory se hizo presente y la noche desembocó en una batahola infernal. En efecto, en el momento menos pensado, entre el humo espeso y los vapores del ambiente, surgió de no sé dónde alguien que, por alguna razón, empezó a insultar a mi amigo, demasiado borracho a estas alturas como para

conseguir ponerse de pie.

El desconocido lo había tomado del cuello y le gritaba ladrón, entre otros improperios gruesos que yo, tampoco sobrio, recibía como dirigidos a mí mismo. Pronto se abrió una rueda entre el tumulto de mesas volcadas y jarros que volaron por el aire. Yo me encontré en el centro, no sé cómo, parece que dispuesto a dar la vida por el amigo de Mallory que hacía ademanes de ofendido pero quería ganar la calle. Mientras tanto, el perjudicado por un robo del que yo no tenía idea había sacado una navaja. El gesto produjo un silencio momentáneo en los presentes y, en mí, una impresión considerable que me devolvió algo de lucidez. Apenas tuve tiempo de descolgar una chaqueta de una silla y enrollármela en el brazo izquierdo, como si fuera un poncho. Cuando quise acordar, el energúmeno, que me había tirado varios puntazos parados Dios sabe cómo, me cortó el brazo arriba del codo. Un momento después la pelea había terminado: alcé al vuelo una botella, le amagué al estómago y se la partí en la cabeza. La algarabía fue apoteótica. Me echaron gin en la herida que se me vendó más o menos apropiadamente, en medio de hurras y whiskies.

El amigo de Mallory me abrazaba, conmovido:

—¡Igual a tu padre, muchacho! Dónde aprendiste a defenderte de esa manera. ¡Igual a tu padre! —repetía.

Horas más tarde salía de la taberna con una borrachera feroz, cantando a los gritos unos versos truculentos, abrazado a mi nuevo amigo para no caerme.

Yo ya tenía una genealogía.

Button fue llevado a la escuela de campo; me quedé solo y paraba poco en mi hospedaje. A la noche, me largaba

irresistiblemente a la calle. Un tumulto sordo y ciego reinaba allí, era la hora en que las tabernas rebosaban de marineros, comerciantes, ladrones y prostitutas. El hacinamiento y la confusión me excitaban, me provocaban una inexplicable alegría; todos estábamos envueltos en el mismo y maloliente calor humano que nos hacía creer que la noche iba a ser eterna. En lugar del silencio y el horizonte chato de la pampa, un hervidero de cuerpos y caras formaban un ser múltiple metido en el mismo vértigo. Sólo mucho más tarde, la cruda luz de la mañana restituía a aquellos suburbios y a aquellas calles su verdadera condición. Mientras tanto, allí, a unos pasos del manso Támesis, se suspendía por unas horas la angustia amarga de saber que la vida era como una trampa de la que muy pocos lograban escapar. Esa jugera de la desesperación creaba un aura vibrante, la reverberación de la miseria, como en los mástiles del barco los fuegos de San Telmo durante la tempestad. Era el punto de reunión de los que sobreviven como sea, de los que no tienen nada que perder, una ralea cuya misma sordidez y fealdad me fascinaron, porque empezaba a saber, míster MacDowell o MacDowness, de un modo que no alcanzo a explicar, que ésa y no otra era la condición humana. No el Capitán, no el contramaestre, no esos caballeros de piel rosada y afeitada y trajes limpios y decentes, no los educados maestros y damas orgullosas con las que los señores que frecuentaban la casa del Capitán hablaban en los porches bebiendo té. La condición humana no se percibía allí, tal vez por un exceso de ropas o de acicalamiento o de maneras. Vagando por las calles de Londres, sumergido entre la multitud, en esa corriente anónima de cuerpos, seguramente con bastante vino bajo el cinto, me decía: ¿acaso el Capitán no era también un hombre, y además un hombre decente e instruido? ¿No había inventado un artefacto para detectar las tormentas en el mar? ¿No le leía la Biblia a su tripulación, para

confortarla? ¿No era eso humano o para bien de los humanos y en consecuencia no ponía al Capitán dentro de lo que yo sentía como “la condición humana”? Por algún motivo, para el muchacho que era yo entonces esto no constituía una respuesta. Arbitrariamente sentía que el Capitán era demasiado rico e influyente, demasiado educado. En las calles, en las tabernas, en los puestos callejeros, se podían ver, como en los barcos, caras bestiales y degradadas, es cierto, pero también eran los lugares donde aparecían miradas capaces de comprenderlo todo, signos extraños de solidaridad y fraternidad que brillaban como piedras pulidas en medio del barro. Yo estaba convencido de que si aquellas damas y caballeros encumbrados que había entrevisto en el otro Londres, el de lujosas e inmensas casas, que si cualquiera de ellos fuera arrojado a estas calles sin sus posesiones, sólo con lo puesto, hubiesen llegado tan rápidamente como cualquiera de nosotros a esa condición última en la necesidad vital de sobrevivir. Y sin embargo, si estos mismos borrachos, estas prostitutas, estos mendigos entre los cuales yo creía sentir la verdadera condición humana, se hubiesen encontrado frente a frente con los Button desnudos del Cabo de Hornos, sin duda los habrían apedreado, llamándolos caníbales, sin importarles que hubiera una niña entre ellos, los habrían echado al mar sintiéndose con derecho a hacerlo por la sola razón de sentirse superiores.

El Imperio, míster MacDowell o MacDowness, no tiene más remedio que producir lo suyo. El poder genera malnacidos que abusan de los indigentes en todas partes del planeta. Ésta es una categoría que nunca podrá aplicarse a los yámanas, ni a Button ni a sus hijos, considerados los instigadores de la matanza por la que fueron juzgados en las Islas y por la que usted me envió su carta. Son los más indigentes de la Tierra. Viven y sobreviven y su lucha es simple y natural y hasta diría que heroica en aquellos lugares

desolados; su vida comunitaria está por encima del individuo, por lo que no hay engaños ni explotación ni desprecio. En mi tierra no hay el diablo, me dijo Button una vez.

Esta noche el vino me ha embriagado. No el vino de las tabernas de mi juventud sino el de esta mesa solitaria, en medio de la solitaria llanura. La escritura y el vino no se llevan bien; el alcohol magnifica, distorsiona las imágenes. Es prudente dejar de escribir y que la elocuencia sea aplacada por el sueño.

Graciana duerme en el catre: a la luz de las velas, lo salvaje del pelo alborotado contrasta con la placidez infantil de la cara...

Por el sueño o por el cuerpo de la muchacha.

Una mañana, el Capitán se presentó de improviso en la posada del puerto. Desde hacía unos días, desde la borrachera fenomenal y la pelea, yo no salía a la calle. Algunos de mis compañeros que vivían allí mismo o en lugares cercanos, preocupados al parecer por mi salud, me habían aconsejado que me tranquilizara, que al Capitán no le gustaban los desmanes y que si había otro embarque podía perderlo. Aquello me sosegó como por ensalmo. Me dediqué a leer lo que había conseguido.

Ya el cuarto era feo, pero el desorden general lo transformaba en una madriguera que hacía juego con mi aspecto lamentable. Aquella mañana, en el marco de la puerta, el Capitán frunció la nariz; se veía más pulcro y elegante que nunca. Me levanté de un salto.

—De tanto estar con salvajes se está convirtiendo en uno. En una hora estoy abajo, quiero que me acompañe.

Una hora después, limpio, decentemente vestido y hasta con un apresurado corte de pelo que la posadera gorda accedió a practicar, me sentaba al lado del Capitán, que le ordenó al cochero:

—Al Almirantazgo.

Cruzamos hacia la otra ciudad y entramos con carruaje y todo en un edificio imponente. Un lacayo de librea nos abrió la puerta. El Capitán se veía tenso; arduas negociaciones lo hacían ir y venir desde su casa en las afueras hasta este edificio donde se centraban todos sus desvelos. Su familia había pertenecido desde siempre al círculo más influyente de la política inglesa, pero el Capitán prefería el mar; no se movía con comodidad entre las intrigas palaciegas y el poder. Calculo que, del otro lado, los hombres que hacían política lo encontraban demasiado orgulloso e inflexible.

Según me contó en el corto recorrido, intentaba conseguir una autorización para zarpar nuevamente hacia Tierra del Fuego. Había decidido llevar a los yámanas de regreso; no me explicó por qué. Me dijo que esperaba apoyo oficial desde hacía unos meses, pero que si no lo obtenía, él mismo financiaría el viaje.

Yo quedé en un pasillo mirando los pisos y las balaustradas de mármol, las escaleras por las que hubiera podido subir, codo a codo, una tripulación completa. También vi algunas dependencias subalternas, seguramente parecidas a la que usted ocupa, míster MacDowell o MacDowness, que un ujier, halagado por mi admiración, accedió a mostrarme. Al cabo de algún tiempo, salió el Capitán. Lo rodeaba un grupo de hombres, algunos en uniforme y otros de civil. El grupo avanzaba hablando en voz baja como en una procesión; en el centro iba el Capitán. Se lo veía extraordinariamente contrariado, por no decir iracundo, conservando a duras penas sus modales. Yo no podía dejar de mirarlos con curiosidad: aquellos eran los poderosos de la tierra. No me impresionaron demasiado. La caminata por los pasillos, entre ujieres que se inclinaban, fue susurrada y lenta. Entendí que estaba destinada a aplacar al Capitán, a procurar que no se retirase

irritado; debía ser una extraordinaria concesión, sólo otorgada a los visitantes más ilustres. El gesto no disipó el mal humor del Capitán que, una vez en el coche, se encerró en un hermetismo glacial.

Un minuto antes de dejarme en la posada, me comunicó, como si hablara solo, que habían desestimado su pedido. El Lejano Oriente reclamaba, por el momento, toda la atención y el Almirantazgo no tenía tiempo ni dinero para emplear en la Tierra del Fuego. Mucho menos, en tres indígenas.

Londres era un cofre de inesperadas dádivas. Había estado ya con mujeres de las tabernas, pero una de esas noches conocí a Isabella.

Bastante borracho me había acercado a una joven con la que seguí bebiendo hasta que subimos, no sé cómo, a un cuarto y a una cama donde, como en un sueño agradable, me vi repetir una repetida escena de la vida de Mallory. Así fue de rápido o de imprevisto. Me encontré sentado sobre una cama, tocando casi con la cabeza el techo que caía a pique y mirando desvestirse a una mujer que, a la luz de la vela, me ofrecía un cuerpo asombrosamente hermoso y esbelto. Vino desnuda hasta donde yo estaba, vino despacio dejándose mirar, mientras, a su vez, me miraba y se reía con los ojos. Su piel tan fina y cálida me dejó mudo, reducido al tacto. Volcándose sobre mí en la cama, me susurraba con un hilo de aliento que podía hacer con ella lo que quisiera, que podía pegarle si quería. Que si me gustaba podía azotarla y otras cosas que no recuerdo pero que se me subieron a la cabeza con más celeridad que el vino. Era complaciente y a la vez esquiva, era una puta que se acostaba por dinero, pero fue el don máspreciado con que me colmó la ciudad, ciudad que, esa noche, juré no abandonar nunca.

Pasé cuatro días con Isabella. No le miento, míster MacDowell o MacDowness, si le digo que es uno de los pocos recuerdos hermosos de mi vida. Ella fue magnánima, y yo fui magnánimo. Un mandadero subía y bajaba con bebida y comida ya que, creo, permanecimos desnudos todo el tiempo. Al amanecer, de boca sobre la cama, apoyando los brazos y la cara en la ventana de esa buhardilla, nos quedábamos mirando las calles desiertas y los tejados de aquel barrio miserable, a su manera misterioso a la luz de la luna. En ese silencio de las madrugadas, nos contamos nuestras vidas. Por mi parte, exageré algunos hechos y agregué detalles que me exaltaban; lo sincero era la felicidad, la vida se reducía a ese cuarto y a Isabella, lo demás podía derrumbarse sin que yo pestañeara; de su parte, la historia no necesitaba adornos. Tenía dieciséis años y la había criado su abuela, de la que heredó el nombre, pero a la que llamaban la Veneciana.

Sentada como los moros en la cama deshecha, el pelo oscuro sobre unos pechos de porcelana, contaba como un cuento de hadas lo que le había sido contado desde que tenía uso de razón. La Veneciana era una mujer hermosa que se decía hija de un duque; decía que su casa había sido un palacio desde donde veía las barcas mecerse en el Gran Canal, que había tenido cuarenta sirvientes y ropas lujosas, que estaba prometida a un príncipe y que iba a la iglesia por agua. El único rastro de aquella vida era un camafeo en el cual, mirando bien —Isabella me hacía acercar la cara a la luz de la vela mientras sostenía el diminuto colgante— se veía una corona y debajo una inscripción ilegible. Raptada a los catorce años por piratas del Adriático, la otra Isabella, después de ser vendida a diferentes barcos, había llegado a ser la amante favorita del gran navegante Cook y había hecho largos viajes con él. A los diecinueve, Isabella la vieja, —ya definitivamente conocida en los puertos como la Veneciana— había sido dejada en Plymouth y, de

allí en más, había logrado sobrevivir de una manera o de otra, hasta llegar a Londres.

Todos decían que estaba loca, pero era querida por su gran corazón y admirada por su temperamento. Había parido una hija de padre desconocido y, cuando se hizo necesario, también había cuidado de su nieta, a la que llamó Isabella, ya que su madre murió en el parto. La Veneciana solía darse una vuelta noche a noche con su nieta por las tabernas del puerto. Su vicio mayor —los hombres eran otra cosa, un negocio o un medio de vida— lo constituían los cigarros, que había aprendido a fumar en sus navegaciones con Cook por unas islas donde el calor aplastaba y el cielo era tan azul y transparente que Isabella, la joven, nunca había podido imaginarlo. Tampoco podía imaginar cómo era un árbol llamado palmera.

En aquellas islas salvajes, según le había contado la Veneciana a su nieta, caminaba semidesnuda por la playa junto a Cook fumando cigarros y echando bocanadas de humo al aire ardiente. En una tienda improvisada en la playa, el cocinero de a bordo preparaba, a la luz de las antorchas, una sopa de pescado recomendada por sus virtudes afrodisíacas.

Isabella quería saber si de donde yo venía había cigarros y palmeras.

Con tal de que siguiera hablando y no me dejara, yo inventé cosas que jamás había visto. Combiné gauchos de a caballo con los tres o cuatro brasileños con los que me había cruzado en mi vida, hice que todos fumaran grandes cigarros y le dije que me gustaría conocer a la Veneciana. Isabella se rió. Ya la había conocido. Estaba tan borracho que no lo recordaba. La Veneciana era muy quisquillosa para elegirle los hombres a Isabella, la joven. Por alguna razón, yo le había parecido un cliente adecuado, después de lo cual y de cerciorarse que tenía para pagar, había desaparecido.

Quise saber qué había pasado con Cook.

El paraíso con Cook terminaba una mañana de atrocidades, de la que ella, la Veneciana, recordaba tres cosas: el cuerpo sin vida del marino rodeado de salvajes tatuados, su huida hacia el barco con los que sobrevivieron y un nombre extraño que Isabella pronunciaba con reverencia y temor: Kalakakoa.

El quinto día lo dormí entero. Al despertar, Isabella había desaparecido con lo poco que me quedaba.

Me pareció justo. Así vinieron a ser gastadas en Inglaterra las monedas de plata que fueron la paga de guerra de Mallory por una invasión fracasada. Habían sido mi herencia y yo acababa de derrocharlas de una manera que, tal vez, no le habría disgustado.

Hace días que la historia me arrastra y he dejado los papeles sólo para comer algo ante la insistencia de Graciana que me pregunta si estoy enfermo, y para dormir de a rachas, tirado de cualquier modo en el catre.

La escritura tiene efectos extraños, míster MacDowell o MacDowness. Anteayer, impulsado sin duda por lo que relaté hace unos días, ensillé y fui de un galope hasta el almacén. Quería ver al viejo. Allí estaba, arrinconado como siempre entre la pared del fondo y el mostrador. Unos dedos del color de la tierra del piso, momificados, le salían de las botas de potro. Los ojitos acuosos ya casi no ven y no supe si me recordaba.

A mi pregunta se quedó en silencio; cuando ya creía que se había olvidado de mí, una voz, menuda, rasposa, le salió de la garganta.

—El mayor... cómo no. Hace una punta de años, allá por el año 10 o 12, se hizo la casa. Trajo una mujer —se quedó mirando el aire—. Jodido el gringo en el campo... fue a peliar los pampas

vestido de inglés...

No dijo nada más. Después agregó:

—Qué cosa.

Pedí otra vuelta de caña para los dos y encendí la pipa. Adentro estaban preparando el puchero. Me quedé acodado al lado del viejo un rato largo, viendo por la puerta cómo se hacía la noche, mirando encender los candiles, olvidado de todo, cuando escuché otra vez la vocecita cascada.

—¿Usted lo conoció?

Me tomé un momento frente a la cara estragada de arrugas donde los ojitos velados, de algún modo, me miraban.

—No —dije al fin—. La verdad que no.

Cuando volví ya era noche cerrada. Hice el camino al paso. La luna hacía brillar, lejos, el filo de la laguna.

Pasaron las semanas y me volví melancólico. Lo dicho por el Capitán ponía en un lugar de incertidumbre tanto mi destino como el de los yámanas. Los echaba de menos, sobre todo a Button. Con los meses Londres me pareció una ciudad monstruosa y todo lo que me había exaltado al principio después me entristeció. Salvo a mis compañeros de tripulación, no tenía allí a nadie. No había encontrado nada, ni un indicio de la íntima gloria que alguna vez en cubierta, mirando correr las nubes sobre la luna, el muchacho que era yo entonces había imaginado que el mundo guardaba para él. No sabía a ciencia cierta qué era, pero esperaba descubrirlo en ese mundo nuevo, el mundo de la civilización. Caí en la apatía. Sin duda, me sentía solo; quería volver a ver a ese extraño compatriota que era Button.

Un día, armé las alforjas, alquilé un caballo y me largué a la escuela de campo.

El aspecto general de Button no me gustó. Estaba cambiado: más flaco y reflexivo; había perdido u ocultaba aquella cualidad comunicativa que lo caracterizaba y se había encerrado en un centro pétreo, irreductible. Algo me llamó la atención: hablaba bajo, como susurrando. Le habían enseñado a montar, pero no le gustaban los caballos mientras que los perros lo seguían a todas partes.

Caminamos sin rumbo por el campo, que se extendía hasta el horizonte en suaves colinas verdes. Estábamos en primavera y había una luminosidad en el aire que, después de Londres, me resultaba maravillosa. Hacia la tarde, el cielo se encapotó y se soltó una lluvia torrencial; tuve que pedirle varias veces que volviéramos a la casa. La granjera nos había preparado té que llevamos al cuarto de Button. Nada me resultó más penoso que la vista de aquel cuarto cuya decencia no ocultaba la mezquindad. Una cama de hierro, una silla y una mesa con una jarra, eso era todo. El techo, adosado a una pared del granero, caía oblicuo en un alero por el que se escurría el agua. La única ventana estrecha se abría hacia el campo y dejaba entrar una luz opaca y gris que les daba a la habitación y a nuestras caras una claridad borrosa. Afuera, a unos cien metros, en el declive, comenzaba a ondular y se alejaba la anegada campiña inglesa con las manchas oscuras de los bosques. Permanecimos mudos, de pie, uno a cada lado de la ventana, mirando la lluvia.

—Wulaia, Jack. Tierra del Fuego.

Su voz me sobresaltó.

—Padre, madre, hermanos.

Button me miró. Yo me enderecé.

—Entiendo lo que pasa. Yo también quiero volver.

—¿Cuándo?

—No lo sé. El Capitán está preocupado por eso, se está

ocupando. Seguramente pronto.

Quería decirle algo para animarlo, pero a mí también me había atrapado la chatura de la tarde y no sabía de qué hablar. Durante el almuerzo, la granjera había comentado con asombro la compasión que despertaban en Button los enfermos. Así había sucedido con el dueño de casa al final del invierno, cuando había caído con neumonía. Button lo había atendido devotamente, quedándose noche tras noche velando su sueño.

—Dice la señora que te compadece mucho de los enfermos, ¿vas a ser doctor, Jemmy?

En el acto me arrepentí; era una pregunta idiota y lo había tratado como a un niño. O peor, como a un subnormal en el que se descubre una habilidad.

—Doctor —se rió por primera vez francamente—. Nunca doctor, Jack.

Había más verdad en ese muchacho de dieciséis o diecisiete años que en todas mis correrías por Londres. Apenas podía intuir lo que le estaba pasando, pero eso mínimo me conmovía. Yo tenía que recuperar su confianza, que ya no era la misma que nos había unido durante el viaje y nos había arrastrado las primeras semanas por las calles de Londres.

—En Wulaia todos atienden enfermos. Son las enseñanzas, Jack.

—¿Las enseñanzas?

—Sí. Enseñanzas de los ancianos. ¿Cuáles son tus enseñanzas?

Quedé desconcertado. Tal vez Button equivocara las palabras. Pensé mi respuesta, pero yo no había tenido cerca a ningún anciano; por otra parte hablarle a Button de lo que me había enseñado Mallory no tenía ningún sentido.

—Aprendí a domar caballos, a entropillar; a cazar nutrias, a

navegar un barco...

Button sacudía la cabeza; empezaba a mostrar su antigua sonrisa.

—Guevara no entiende, falta entender.

Allí se despachó con aquello de que la impresión que le produjo en los primeros días de a bordo había sido bastante pobre y que había tenido conmigo “cantidad de cortesía y paciencia”.

Yo estaba sorprendido y hasta ofendido. Incómodo porque había sido objeto de observación y ni siquiera me había dado cuenta. Pero la mirada de Button era otra vez tan amistosa que largué la carcajada.

—Así que no produjo una gran impresión. Tendrías que haberme visto pelando papas o fregando la cubierta...

—Cuáles son tus enseñanzas —insistió Button.

Un poco picado, le retruqué:

—Cuáles son las tuyas, si se puede saber.

Se quedó un momento en silencio. Me miró a los ojos. Consideraba una decisión que le era difícil tomar. Finalmente habló.

—Te digo sólo algunas, Jack. Es algo que se enseña en lugar secreto del bosque o de la isla, en el gran wigwam, y de allí no sale. Hace tres años yo entré en el gran wigwam. En el *ciexaus*, mujeres y hombres muy jóvenes aprenden: el cuerpo ayuna muchos días, la cabeza manda sobre el cuerpo. Resistencia, obediencia. Educación... es dura —buscó unos instantes la palabra—. Severa, muy severa. Es gran secreto, pero Jack es mi amigo.

Extendió las manos y me tomó los antebrazos por arriba de las muñecas. Me apresuré a hacer lo mismo.

—Omoy-lume —dijo.

—¿Omoy-lume?

—Jemmy Button, no. Omoy-lume es mi nombre.

Después se acuclilló como en su país. El rumor sostenido de la lluvia nos envolvía; la luz gris de la tarde disminuyó hasta apagarse y lo transformó en una silueta oscura, sin cara.

—Pasados los días de las pruebas del cuerpo, cuando la noche cubre el cielo y hay silencio en las montañas y en el agua, *uswaala kinana*, el gran maestro anciano, hace señal: jóvenes sentados alrededor escuchan: Ante todo, nosotros, hombres y mujeres, debemos ser buenos y útiles a la comunidad. Cada hombre y cada mujer debe tener autoridad sobre sí mismo —la voz de Button tomó un deliberado tono solemne; se concentraba al máximo para que no le faltaran las palabras—. Aprende a renunciar a todo exceso. Todos y cada uno, sea hombre o mujer, deben mostrar el mayor respeto por los ancianos. Ancianos saben cómo construir el wigwam y la canoa, cómo luchar con la ballena, te ayudarán a vivir, te consolarán, te contarán de antepasados. Cuando algún hombre te insulte no hagas nada, habla a solas con el que te ofendió cuando los dos estén tranquilos. Piensa: los demás tienen tus mismos sentimientos. Ayuda a los huérfanos, lleva comida a los enfermos, atiende primero al forastero. Cuando consigas un gran pez, debes primero repartirlo; quédate con la parte menor. Los niños son de todos, cuídalos, ayúdalos, jamás los castigos: tú fuiste niño. Cuando te cases, ayuda a tu mujer. Cuida el agua, los árboles, los peces y los animales son de todos; no mates por matar; a la noche enciende el fuego para que te caliente, no lo dejes perecer.

Se detuvo.

—Esto no para blancos —dijo desde la oscuridad—. Desde hace mucho tiempo, las enseñanzas también hablan de los blancos. Mi padre y otros hombres hablaban de lo que blancos hacían; cuando volvían los blancos, mis compatriotas se vengaban. Las

enseñanzas sobre los blancos dicen que hay que temerles y apartarse porque vienen a robar y a violar mujeres y muchachitas que no son todavía mujeres. Dicen que matan, masacran manadas de focas, crías y madres; destruyen todo. Intrusos no conocen la naturaleza. Última palabra de mi padre y otros padres y los ancianos: los perversos blancos no pueden establecerse aquí, en nuestra tierra.

Estábamos suspendidos en el silencio y la oscuridad. El exiguo rectángulo de la ventana era una mancha apenas gris que se borraba. Había dejado de llover y afuera ladraban los perros. Desde algún lugar llegaba un inconfundible olor a comida. El sentimiento de un enorme error, de una distorsión violenta que se había cometido y se seguía cometiendo, flotó allí, en la oscuridad o dentro de mí, no sé, y desapareció. Sentado en el piso frente a Button, la espalda contra la pared, sin saber qué decir, encendí la pipa.

Ahora, con los años, puedo entender aquel momento: de una manera que ninguno de los dos, dado que éramos todavía muy jóvenes, lograba abarcar en su total dimensión, Button me pasaba un mensaje. La imposibilidad de formularlo claramente entonces no ocultaba su realidad. En la edad madura, en posteriores encuentros con Button, hasta el encuentro final, esta primera impresión se ahondó en certeza.

Esa tarde se restituyó nuestra amistad y quedó sellada como en un pacto.

York seguía, como siempre, desconfiado y taciturno. Fuegía, por el contrario, tenía el don de la alegría y había aprendido de buena gana una cantidad asombrosa de tareas. Me sorprendí de lo bien que hablaban inglés.

Presenció las clases que les daba el maestro. Una tarde, sobrellevamos la visita, (una de las tantas, como supe después) de un matrimonio de terratenientes cuya casa de campo se veía desde lo alto de la colina. Entre los nobles de los alrededores, constituía un entretenimiento exótico y hasta de moda ir a ver a los yámanas. La pobre Fuegia fue el centro principal de atención; debió hacer todas sus gracias. A cada rato, la mujer que parecía una cotorra decía:

—¡Cuando le contemos esto al Capitán! ¡Cuando contemos esto en Londres! —y mirando a su marido, repetía—: ¡Tenemos que presentarlos en casa!

Button demostró cómo sabía herrar un caballo y debió recitar el Padrenuestro. El maestro estaba satisfecho. La granjera seguía las demostraciones plácidamente, con las manos entrelazadas sobre el delantal. Cuando insistieron en que Fuegia sirviera el té y nombrara cada una de las piezas del servicio, intervino. Dijo que seguía órdenes estrictas del Capitán de darles una lección privada y que ésa era la hora.

Me despedí tres semanas más tarde, prometiéndoles que pronto volvería con noticias del Capitán y del viaje. Me largué al camino a toda carrera, como si en Londres me esperara algo urgente o decisivo. Llegué de madrugada a una ciudad espectral cubierta por la niebla del Támesis, que de inmediato dejó de interesarme. Estaba lleno de sentimientos confusos. Ni ese día ni los siguientes salí de mi cuarto en la posada, atacado por un hastío general.

El Capitán mandó a buscarme y fui huésped de su casa por unos días. Había sabido de mi viaje a la granja y quería averiguar cómo iban los yámanas. Era raro ver al Capitán vivir en tierra.

Cabildeaba con hombres venidos de Londres preocupado por cuestiones políticas, en las que era, me di cuenta, extraordinariamente susceptible, sobre todo por su dignidad; su alcurnia, que debía ser tomada en cuenta a cada momento y, sobre todo, a la hora de las decisiones. Las cosas no salieron como él esperaba. En definitiva era un hombre de mar y los negocios en tierra tenían otros tropiezos; eran secos y arduos y los hombres andaban cada cual interesado en sus propios asuntos y no en uno, único y sustancial, como mantener un barco a flote.

Ese verano sucedió algo que salió en los periódicos. El rey y la reina solicitaron conocer a York, a Fuegia y a Button. El Capitán, orgulloso, pero siempre un poco tenso, los hizo preparar de punta en blanco y allí fuimos. Yo me quedé en el coche, a la entrada de Saint James; no había sido invitado a entrar. Sin embargo, míster MacDowell o MacDowness, todo este aparente brillo y notoriedad no ocultaba algo para lo que no se tenía respuesta y que seguramente los granjeros ya le habían planteado al Capitán: ¿qué se haría con los yámanas?, ¿entrarían al servicio en alguna casa?, ¿se los seguiría educando? Y si era así, ¿quién correría con el gasto?

Sobre aquellos extraños se fue cerniendo una nube de desazón. Habían salido en los periódicos, los habían llenado de regalos, pero esto no modificaba en esencia las cosas: se habían transformado en seres incómodos, sobre los que empezaba a hacerse evidente la insinuación de una idea opresiva que iba envenenando desde el Capitán hasta el último habitante del reino que conociese su existencia: ¿qué estaban haciendo allí desde hacía más de un año? ¿Cuál era el propósito de haberlos traído? La sociedad londinense empezaba a interesarse cada vez menos en esos extraños salvajes habitantes de no se sabía bien dónde, salvo que era un lugar inhóspito y dejado de la mano de Dios, donde el

furor de los elementos sólo podía atraer las abnegadas almas de los misioneros.

El Capitán tomó entonces la decisión de armar un barco con todo lo necesario para la vuelta a la Tierra del Fuego. Lo hacía de su propio bolsillo. Me llevó al puerto para que lo conociera. No era un gran barco, hay que decirlo, pero resultaría suficiente, eso si no se pensaba en las tormentas del Cabo. Los preparativos, sin embargo, me devolvieron el entusiasmo. En los últimos tiempos, yo había deambulado demasiado por el puerto; me sentaba en cualquier parte a ver las velas hinchadas que partían río abajo hacia el mar.

Hasta que un día llegó la noticia que apresuró todo. Llamado de urgencia al Almirantazgo, se le concedía otra vez al Capitán el comando de nuestro barco y de una misión científica de gran importancia para el trazado de la cartografía de las costas del Brasil y de la Patagonia, más el relevamiento de flora y fauna. Todos los gastos pagos. Como sin duda usted lo sabe, míster MacDowell o MacDowness, los designios políticos que aconsejaban bases en el extremo sur del continente americano y la próxima toma de las Islas estaban en el trasfondo de esas expediciones científicas. De todos modos, el Capitán exultaba. Era, ante todo, un hombre de carrera que sabía cumplir al pie de la letra con las instrucciones confidenciales.

Quinto pliego

[Londres/Cabo de Hornos, 1830-1834]

Pasando por alto el hecho evidente de que el cambio brusco de opinión del Almirantazgo no procedía sólo del amor a la ciencia o del altruismo sino del valor estratégico que habían adquirido el Magallanes y el Cabo de Hornos, el Capitán mostraba un inusual buen humor; como si se hubiera contagiado de la impaciencia general que reinaba a bordo por levar anclas, izar las velas, volver al mar.

En cuanto a mí, pronto tendría veinte años y me sentía seguro sobre mis pies. Llegué al puerto con mi bolsa al hombro una mañana helada de noviembre. Con el aliento en suspenso, me quedé largo rato mirando mi barco, el mismo en el que había llegado a Inglaterra hacía ya más de un año: los gritos de los hombres, el golpeteo de los martillos, el chasquido de las velas al aire vibrante, me sonaron como una familiar canción marinera que, impetuosamente cálida, me incitaba otra vez a subir a bordo. Volvieron a mi memoria las palabras dichas por Mallory hacía tanto tiempo: *El barco es como la casa*. En dos saltos trepé la planchada.

A bordo, la realidad era menos poética. Para este viaje se me había asignado una nueva tarea: ayudar al contraмаestre en las cuentas generales del barco y en la distribución de los víveres. Button, Fuegia y York parecían animados por el regreso a su tierra y habían abandonado la timidez. Su inglés ya era fluido y podían

comunicarse sin dificultad. Y no sólo con una tripulación de toscos hombres de mar: su comportamiento en el Palacio Real había sido elogiado por los nobles. El público londinense y el de todo el país se habían emocionado con su partida. Inglaterra tenía una misión, había dicho la prensa: evangelizar y educar. ¿No habían llegado de todas partes del reino presentes para aquellos fueguinos que la Gran Bretaña había acogido y educado, y que ahora devolvía a su remoto país salvaje para sembrar la civilización y propagar el idioma? Y estos presentes —juegos de té, mantelería, cuchillos, menaje de cocina para Fuegia y su hogar con York Minster— ¿no habían demostrado lo compenetrados que estaban los ingleses con sus colonias, no manifestaban el interés fraternal del ciudadano común por estas pobres almas?: así decía la prensa. En cuanto a los presentes, Fuegia fue la más entusiasmada con aquellos regalos que, de todos modos, el Capitán mandó embalar y guardar en la bodega. Los volverían a ver en el Cabo de Hornos.

Unos días después de la partida hubo una especie de arenga en el castillo de proa. El Capitán explicó que el viaje se fundaba en un propósito científico que beneficiaría a la navegación del mundo entero. La cartografía española era harto deficiente, declaró: defectuosa y pocas veces precisa, sin contar con que grandes extensiones de costa de la Patagonia y de la Tierra del Fuego nunca habían sido reconocidas hasta ahora. Nuestra misión haría posible que futuros navegantes se mantuvieran a flote en aquellos confines. Me entusiasmé con el discurso del Capitán y creo que a todos nos pasó lo mismo, menos a los yámanas, que permanecieron indiferentes. Más tarde, durante el almuerzo, el Capitán estuvo locuaz como pocas veces lo había visto antes y lo vería después. Hasta llegó a hablar de su primera navegación a la

edad de doce años.

Pronto se puso en evidencia que seguía teniendo el mismo carácter arbitrario y colérico de siempre. Por las mañanas lo veíamos aparecer en cubierta con la expresión encapotada y la mirada de hielo que todos conocíamos, buscando algún rincón del barco que no estuviera limpio o en orden. Yo comía a menudo con él. Me interrogaba sobre mis tareas y sobre la Biblia, tema en el que yo fallaba penosamente, lo que le daba pie para practicar evangelización también conmigo. Creo que éste era uno de los motivos por los que me invitaba a su mesa.

Pero ha llegado el momento de introducir a otro miembro de nuestra expedición, míster MacDowell o MacDowness, un hombre con quien convivimos los largos años de aquel viaje que no iba concluir en la Tierra del Fuego, y a quien nunca más volví a ver después de nuestro regreso a Inglaterra.

El día anterior a la partida, un coche había detenido con estrépito los caballos casi sobre la planchada y dos hombres bajaron de él. Uno era mayor, casi anciano, de aspecto grave y ropa negra. El otro, un muchacho no muy alto, de traje formal pero no elegante, de cara redonda y ademanes vivos¹. Miraron hacia la cubierta. El hombre mayor gritó:

—¡Marinero! ¡Hay gente que debe ver al Capitán!

Subieron la planchada.

En nuestro viaje a la Tierra del Fuego acababa de embarcar el joven estudioso que había ganado el puesto de científico a bordo, en respuesta a la solicitud publicada en el *Times* y en mérito a sus excelentes recomendaciones ante el Almirantazgo. Así lo dijo

¹ Guevara, sin duda, se refiere a Charles Darwin (Nota del editor)

el Capitán, esa noche, al presentarlo formalmente durante la cena. Y repitió las palabras del mentor que lo había acompañado hasta nuestro barco: “Un joven científico de veintidós años, sumamente inteligente, serio y capacitado”, a quien sus profesores no dudaban en recomendar calurosamente.

Traía un equipaje considerable y lo ayudé a acomodarse en el barco. De su maletín brotaba una cantidad indefinida de objetos: instrumentos de medición, compases, una pequeña balanza, lupas, pinzas, un catálogo botánico, otro geológico y una caja repleta de pequeños frascos etiquetados con nombres en latín. Se había sacado el sombrero y la chaqueta y hacía lo mismo que yo con sus posesiones: observaba cada cosa con curiosidad de gato. Su mirada, reflexiva y tranquila, se volvía filosa como un estilete en cuanto se interesaba por algo. Ese cambio le empezaba en la cara y le comprometía enseguida el cuerpo entero; era un cambio general de actitud, como en esos días de viento y nubes en los que el mar se vuelve un tablero que vira de la opacidad a la luz. Si me detengo en esto es porque ese rasgo lo constituía, era lo más llamativo de su persona y le otorgaba un magnetismo singular. En lo demás, parecía un joven absolutamente común y corriente, como yo; aunque yo, con mis seis pies y alguna pulgada, le llevaba media cabeza.

Me regocijó descubrir su temperamento humorístico, que eliminó desde el principio cualquier tipo de miramiento entre nosotros. Aquello de “joven serio” no dejaba de ser parte formal de la recomendación. Lo indiscutible era su capacidad científica, que se puso a prueba justamente conmigo. De mi paso por las tabernas londinenses me habían quedado dos cosas: una cicatriz en el brazo izquierdo y una afección vergonzante que me atormentaba por esos días. El doctorcito había cursado unos años de medicina y tenía conocimientos asombrosos de botánica. No sé a cuáles apeló, pero

terminó curándome algo que, murmuró con parsimonia, no era del todo infrecuente entre sus compañeros estudiantes.

Desde ese momento lo llamé el doctorcito o Doc. Por su parte, él me llamaba gaucho. Se burlaba de mí y agregaba: el gaucho letrado. Me ponía a prueba tirándome a quemarropa nombres de libros y citas de autores.

—Hay algo raro en esto —comentaba, haciéndose el intrigado.

Yo le propinaba todo mi repertorio, citando trozos y versos de aquí y de allá. Nunca había sentido como un privilegio especial lo que había heredado de Mallory. El propio Mallory no le había otorgado más que un valor puramente individual, filial, si se quiere. Por lo tanto, el muchacho que era yo hacía aquel alarde del mismo modo y con igual intención que el que muestra un bíceps bien desarrollado. Lo que los libros significaron de verdad en mi vida, míster MacDowell o MacDowness, lo guardé para mí.

—¿Cómo? —me decía, haciéndose el incrédulo—. ¿Es que los gauchos saben leer? Cómo es posible el prodigio, si son salvajes.

Yo me reía, pero por algún lado me picaba.

Su interés por todas las cosas era inagotable. Me preguntaba cómo era la llanura, cómo eran los indios que la poblaban, qué era eso de los avestruces y, hasta el cansancio, cómo y quién era el gaucho, sobre el que se cernía una especie de aura exótica que los viajeros exaltaban, intrigados por un personaje al que no se podía catalogar del todo ni como salvaje ni como hombre civilizado.

Pronto se puso en evidencia que el doctorcito no era muy creyente. Esto provocó choques inevitables con el Capitán, con quien además compartía la cabina, ya que no había demasiadas comodidades a bordo. Se trataba de dos caracteres y dos inteligencias antagónicos. El naturalista, ya que éste era el título

que había solicitado el Capitán en el periódico, era amplio e incisivo; el Capitán, puntilloso y cerrado. El doctorcito tenía un carácter tranquilo, humorístico; el Capitán, lo contrario. En dos oportunidades, las que mejor recuerdo, la discusión pasó a mayores y el doctorcito abandonó el camarote, agradeciendo, estoy seguro, que las cosas llegaran hasta ese límite. Por momentos debía resultarle algo incómoda la cortesía del Capitán.

Entramos en diciembre, míster MacDowell o MacDowness. Los días son largos y de calor parejo. Las noches, serenas, abarrotadas de grillos y de estrellas. Las últimas dos semanas he escrito sin cesar; ayer, por una necesidad interior de contacto con los hombres, ensillé y fui al almacén. Me quedé toda la tarde averiguando cosas triviales del vecindario y tomando alguna caña, demorando adrede el regreso con la recién descubierta impaciencia de que aquí me esperaban el papel y la tinta, el recuerdo de Button y de aquel viaje que no fue un viaje como otros. Quiero decir, para los que participamos en él. Un viaje que, por diferentes motivos, estoy convencido, quedó en la memoria de cada uno de nosotros y, de algún modo, nos modificó.

De vuelta en la casa, busqué en el baúl el extravagante libro de Lavater que el Capitán me regaló una noche, y que el recuerdo del doctorcito arrastró a la superficie, tanto tiempo después.

A la noche, cenamos con Graciana en la galería. Me pregunta qué escribo; le explico, sin que esto disipe su desconcierto. Graciana es una muchacha apacible, de hermosos rasgos criollos. Lleva el pelo recogido en dos trenzas, y he descubierto que me gusta ver la destreza con que lleva a cabo ese modesto tramado matutino, sin espejo, mirando el aire y como ausente. Hace unos días, cansado, con el brazo y la espalda

entumecidos, dejé los papeles y salí a la galería. Cuando volví a entrar, ella había encendido el quinqué. En la luz vacilante, sin notar que yo la estaba mirando, había tomado la pluma y con gran cuidado la entintaba. De no haberme visto, creo que hubiera intentado trazar algún signo.

Me reí con ganas, lo que le produjo una gran ofensa. No sé si he dicho que la muchacha es analfabeta. Se fue al patio y no apareció hasta la hora de servir la cena, cosa que demoró casi hasta la medianoche.

Como escribí hace dos días, el recuerdo del doctorcito me llevó a buscar el libro que ahora tengo sobre la mesa.

Una muestra cabal del temperamento del Capitán cuando se obcecaba en una idea era su inclinación por la teoría fisonómica de un francés, Gaspar Lavater, que solía detallar con entusiasmo. El Capitán aseguraba que la cara de un hombre, su fisonomía, revelaba sin error su carácter y sus inclinaciones. Esto fue causa de la primera discusión que el doctorcito y él sostendrían durante el viaje y en la que quedó claro para cada uno de ellos el temperamento y las opiniones del otro.

Llevaríamos unas dos semanas de navegación y ya habían tomado confianza suficiente como para que el Capitán le confesara un día, durante la cena, que, en cuanto lo vio por primera vez, su nariz no le había inspirado la menor confianza y que si no hubiera venido tan bien recomendado por sus profesores de Cambridge, la forma de su apéndice nasal, así dijo, habría sido motivo de rechazo para el puesto.

Atónito, aunque sonriente, el doctorcito dejó los cubiertos.

—¿Qué tiene que ver mi nariz con el puesto de científico a bordo, Capitán?

Satisfecho de haber logrado la atención de un interlocutor al que comenzaba a respetar, el Capitán se embarcó en una larga y minuciosa explicación de la teoría fisonómica de Lavater. Señaló el anaquel donde llevaba aquellos libros, me pidió que se los alcanzara y los depositó sobre la mesa. Uno de ellos, la traducción al italiano, fue el que después me regaló y ahora tengo ante mí.

A lo largo de la exposición, el doctorcito había meneado la cabeza varias veces, negando o, al menos, poniendo en duda lo que escuchaba. El Capitán, con esa incapacidad que tenía para reconocer el desacuerdo de un interlocutor, concluyó su disertación insistiendo con lo de la nariz. Remarcó que no bien lo había visto dio en sospechar que esa nariz no presagiaba un buen término para su tarea científica. Tenía una forma más bien abotargada, poco definida y en cierto modo señalaba a alguien errático y de voluntad débil. Hablaba como si se refiriese a una estatua. Condiciones, dijo, poco aconsejables para un viaje largo de relevamiento científico, que requería, antes que nada, firmeza y temperamento.

El doctorcito, de sorpresa en sorpresa, replicó:

—Espero que me otorgue el tiempo suficiente para demostrarle lo contrario, Capitán. Por otra parte, usted ha llamado *científico* a ese sujeto, Lavater.

El Capitán:

—Absolutamente. Con cantidad de ejemplos irrefutables.

—Permítame decirle, señor, que considero a *Monsieur* Lavater un vulgar charlatán de feria.

Por unos segundos sólo se escuchó el batir del agua contra el casco.

—Eso es un poco fuerte —replicó el Capitán, que había dejado los cubiertos sobre el plato y lo miraba fijo—. Le repito que es muy científico. Absolutamente científico. Todas sus opiniones

están ilustradas; no hay rasgo que no esté ejemplificado y detallado.

—Científico —como un balcón saledizo sobre sus ojos, el prominente entrecejo del doctorcito se había fruncido—. Permítame que, sin ofenderlo, me ría.

—¿Dónde está la gracia de todo esto, señor? —dijo inexpresivamente el Capitán.

El doctorcito tomó uno de los volúmenes, el más grueso, y pasó rápidamente las páginas. El Capitán lo miraba, serio.

—Se lo demuestro sin demasiado esfuerzo. Aquí, al azar. Aquí explica Lavater qué entiende por “sensación fisonómica”. Ya eso de sensación... —El doctorcito meneaba la cabeza como hablando solo. Leyó lo que aquí leo—: “Entiendo por sensación fisonómica aquellos sentimientos que se producen al enfrentar ciertas fisonomías y a las conjeturas que de ellas se desprenden sobre las cualidades de la mente producidas por lo que se ve en tales rostros, o en sus retratos dibujados o pintados...” ¿Sigo?

—Usted toma al azar y de ese modo todo queda desacomodado; insisto en que es un hombre científico, que ha observado incansablemente la naturaleza humana...

—Lo que ha observado son narices —el doctorcito lo interrumpió con soltura, parecía muy acostumbrado a ese tipo de discusiones de las que desaparecía todo criterio jerárquico entre los interlocutores. No le pasaba lo mismo al Capitán—. Sensaciones, conjeturas, sentimientos... ¿Qué palabras son esas? La ciencia se basa en el rigor y en el método. Después de clasificar miles de especímenes y de observar sus características, las singulares y las comunes, recién se está en posición de, meramente, esbozar una hipótesis. ¿Qué observaciones hizo este científico?, ¿cuántos miles de caras clasificó?, ¿de qué razas?, ¿negros, amarillos...? Por favor, Capitán... —Aquí se detuvo, los ojos echando chispas—:

¡Guevara! —gritó; en el espacio reducido de la cabina yo estaba prácticamente codo con codo con él, lo que no impidió que diera un salto—. ¡Hágame el favor de traer inmediatamente al salvaje...!

El Capitán, herido en una de sus creencias y puntales favoritos desde donde estaba habituado a clasificar a los hombres, se había recubierto de su habitual coraza de hielo. Traje a Button de cubierta lo más rápido que pude y allí estábamos los cuatro.

Impasible y algo sonriente, Button permaneció de pie. Acostumbrado a ser el centro de ciertas escenas incomprensibles entre los blancos, las aguantaba con paciencia.

—¡Mire esta cara! —seguía el doctor con su argumentación dirigiéndose al Capitán—. ¿Qué ve en esta nariz? ¿Qué le aclara esta nariz en comparación con la mía? ¿Es más ancha, más larga, más achatada, embotada, puntiaguda...? —Había tomado con sus nerviosos dedos las mejillas de Button y le sacudía la cara, de un perfil a otro, para mostrar mejor lo que iba diciendo—, ¿y su frente en saledizo, algo parecida a la mía...?, ¿y estos pómulos prominentes y esta sonrisa ladina? —Button dejó de sonreír; sus ojos se volvieron opacos y quedaron clavados en un ángulo de la cabina, unas pulgadas por arriba de nuestras cabezas—. ¿Qué me dice? ¿Qué distinciones o, mejor dicho, qué categorías de distinciones entre los rasgos somáticos y craneanos pueden establecerse entre dos razas diferentes para que, a dos centímetros más de ancho o más de angosto resulte igual o distinto carácter? ¿Qué largo de nariz se considera equivalente? Y de esto, ¿qué conclusiones generales se desprenden? Si no es universal no es científico, señor. Hay que encontrar leyes. Leyes universales, no analogías...

El Capitán miraba petrificado al doctorcito. Yo miraba petrificado al Capitán. Button, inescrutable, miraba el mar por el portillo del camarote. Aunque de camisa y chaleco, el Capitán

parecía investido con su uniforme, sus insignias y condecoraciones; por el contrario, el doctorcito se había infantilizado. Su cara redonda, acalorada, y sus ademanes nerviosos lo hacían parecer más muchacho. Pero a pesar del acaloramiento, su lengua era temible y su mente permanecía fría como una lápida. Todo lo contrario del Capitán: duro por fuera, sus argumentos y hasta su elocuencia se reblandecían al fuego de la indignación interna. Mirándolos, yo aprendía algo sobre los hombres.

—¡Permítame! —continuaba ya imparabile el doctor mientras alzaba uno de los tomos, que es este que rescaté del baúl y tengo ahora conmigo. Pasaba las hojas mojándose el dedo con la lengua—. Dos ediciones. La traducción inglesa y la reducida en italiano: *Il Lavater portatile*. No sabía que leyera italiano, Capitán. Aquí está. Escuche esto: *Il naso*, es lo que me atañe, *il naso*. Juzgo, que según usted, ésta es la parte que me toca, digamos, ¿esta ilustración? —Giró el libro y pasó ante nuestras caras, incluida la de Button, el dibujo de una nariz un tanto abotargada—. *Un naso senza veruna inflesione decisa, e simile ad una informe massa di carne, non serà mai propio d'un uomo di genio strordinario*. “Una nariz sin ninguna inflexión decisiva, semejante a una informe masa de carne, no será jamás propia de un hombre de genio extraordinario.” ¿Qué quiere decir inflexión decisiva? ¿Que la *massa* de carne no está decididamente doblada hacia un lado o hacia el otro, que no se curva hacia abajo y cuelga, que no se empina hacia arriba? Y lo otro; tal vez no corresponda a un “genio extraordinario”, pero sí a un “poco de talento” o a un “mínimo de talento”. Qué términos son estos, señor. ¿Estos son términos científicos?

—Me sorprende, señor —dijo el Capitán con voz cortante—. Su Dios parece ser la ciencia, un dios demasiado práctico y

materialista, demasiado falible...

—¿Dios? Qué tiene que ver Dios en esta conversación, señor.

—Bueno, podríamos admitir la hipótesis. Si le parece, señor, aunque tal vez su soberbia científica le impida considerar al Todopoderoso como máquina y móvil general de todo lo creado.

—¡Hipótesis! Perdone, Capitán, pero hay ciertos temas que me tocan de cerca... Hablábamos de otra cosa. Dios es el as en la manga de la sinrazón. Ya que insiste, señor, hagamos participar esa hipótesis en esta sobremesa. ¡Cómo no! —Hojeaba el libro de tal manera que creí lo iba a descuadernar—. ¡A ver! —Señalaba los dibujos y nos mostraba: representaban todo tipo de cabezas, narices, orejas—. Veamos acá. Si lo que entiendo de su teoría fisonómica es correcto, tendríamos los ejemplos palpables de la maldad y la bondad de acuerdo con la forma de la pera. En fin, el mal y el bien que el Todopoderoso ha arrojado a volar sobre el mundo se encarnan *sub specie* de narices y coronillas. Acá tenemos otra clase de ejemplo: *L'imbecilitá*... ¿Por qué el poder divino ha distribuido algo de manera tan arbitraria? ¿Por qué un ser humano, en el momento mismo de ser engendrado...?

—Cuidado, señor, se está aproximando peligrosamente a la blasfemia.

El doctorcito parecía estar solo en el camarote. Button sonreía, enigmático. Yo me recuerdo encantado.

—¡... en el momento mismo de ser engendrado un ser ya trae en sus rasgos su destino de bondad o crueldad, de genialidad o imbecilidad! ¿Es esto justo?, le pregunto. ¿Se parece esto a un bondadoso plan divino? ¿Es éste un Dios ecuánime? ¿No se contradicen sus dos creencias?

—Absolutamente no, señor —dijo el Capitán, desde la ciudadela de su coraza—. Absolutamente no. La prueba es usted

mismo. Su nariz no era la más propicia para el puesto, según la teoría en que me baso. Demasiado redonda y carnosa y, en este momento, debo agregar, si me disculpa, roja y poceada como la de un borracho de iglesia. Tal como usted nos ha hecho la bondad de leer hace un momento. Sin embargo, creo fervientemente en la voluntad humana por medio de la cual Dios nos deja ver una chispa de su luz infinita; creo en la voluntad que puede modificar, con un enorme esfuerzo, esa tendencia natural a la abulia, a la pereza o al vicio y elevar el alma hacia...

—¡Me confunde con esos argumentos, señor! —lo interrumpió sin consideraciones el doctorcito—. ¿Quién manda entonces en la naturaleza humana: la grosería de la forma, la carne, la materialidad pura o el espíritu? Para su libro científico parece que, irreversiblemente, la primera. Observe acá, vea esta cara de simio, señor —señalaba en el libro una cara verdaderamente horrible que Button y yo nos inclinamos a mirar—. Dios le niega el espíritu a ésta, una de sus criaturas, la abandona, ¿cómo explica esto, señor? Este caballero estará condenado a la simiedad, al cretinismo, por toda la eternidad, ¿o Dios le hará el favor de echarle una chispa?

—Sin duda, señor, en sus recomendaciones para el puesto no han sido revisadas sus creencias religiosas.

—Dios metió la cuchara y ya no se puede hablar —proseguía por su cuenta el doctorcito—; todo argumento quedará sometido al arbitrio de esa fuerza, desmesurada y omnipotente, extraña a cualquier discusión científica.

—¡Usted pretende nada menos que sacar a Dios de la cuestión, señor! —gritó, perdiendo los estribos, el Capitán.

—¡Así es, señor! —gritó a su vez el doctorcito.

—¡En esas condiciones, no me es posible seguir hablando con usted, señor!

—No es necesario, señor. Me retiro de inmediato.

Empezó atropelladamente a juntar papeles, libros y ropas en un maletín.

Button y yo nos escabullimos detrás de él.

Un par de horas más tarde, el doctorcito se encontraba en proa hablando tranquilamente con el contramaestre sobre las estrellas. Sin duda, interrogándolo sobre alguna cuestión de las constelaciones. Soplaban un viento recio que le volaba el escaso y lacio cabello y que, por lo visto, había arrastrado lejos la encendida discusión en el camarote. El doctorcito era justamente lo opuesto a un hombre rencoroso.

Para ser sincero, antes de continuar debo decir algo. Hay recuerdos vívidos, que permanecen perfectos en mi memoria: casi todos los de Button, el de Isabella, el del amigo de Mallory; y hay otros que reconstruyo, como estas discusiones entre el Capitán y el doctorcito. Aunque no exactos, por algún motivo han permanecido en mi memoria y les presto palabras para que cobren parte de la verdad que tuvieron. No dudo de que cada uno de los que estuvieron en aquel camarote daría una versión distinta de la mía. Puedo decir en mi descargo que éste es mi relato y que se atiene a lo único que naturalmente manda en él: mi memoria.

El Capitán tardó dos días en invitarlo nuevamente a compartir su cabina. A su vez, Button tuvo su desquite.

El doctorcito no soportaba bien la navegación, sufría el “mal del mar” y las marejadas lo postraban. Con la cara amarilla, en la que se destacaba más que nunca la poco agraciada nariz desaprobada por el Capitán, permanecía sentado en un banco de

cubierta, incapaz de moverse o de hacer nada. Entonces Button se acercaba y le decía lleno de conmiseración:

—¡Pobre hombre! Pobre, pobre hombre —y le daba unas palmaditas en la espalda.

Después se alejaba sin siquiera disimular la sonrisa que a los dos pasos se transformaba en carcajada. Para Button, que había pasado su vida en una canoa oscilante, que un hombre adulto se mareara en el mar era algo muy gracioso.

Hacia unos días que habíamos dejado atrás la costa del Brasil y bajábamos hacia Montevideo. En aquellas horas compartidas en la cabina principal hablábamos de Button, de sus progresos con el inglés, de libros y de temas de náutica en general; sin embargo ese día, la conversación siguió otro rumbo. Mientras se preparaba para afeitarse, el Capitán nos hizo una parsimoniosa y fundamentada defensa de la esclavitud, régimen que imperaba en las plantaciones del Brasil. En medio de una parrafada del Capitán, que asentaba concienzudamente la navaja, el doctorcito lo interrumpió y lanzó, a su vez, una diatriba contra los negreros y las plantaciones.

—Se trata de algo infamante para la especie humana, señor. Y debo agregar: me asombra que usted lo defienda.

El Capitán detuvo su actividad de asentar la navaja. Con una semisonrisa, dijo:

—Permítame referirle algo que, sin duda, le va a interesar: en mi presencia y a modo de demostración, el señor Dos Santos Leyva, uno de los plantadores más prominentes del Brasil, mandó reunir en el patio de su *fazenda* a todos sus esclavos, grandes y chicos, que eran multitud. Desde el porche de su magnífica casa, donde nos encontrábamos, les preguntó de viva voz si eran felices,

a lo que los esclavos a coro respondieron con un “Sí”, y luego, de la misma manera, les preguntó si querían ser libres. Y nuevamente a coro, los esclavos, adultos y niños, respondieron fuerte y claro con un: “No”. ¿Qué opina de esto? Ya ve que no me lo contaron, señor, fue en mi presencia.

Satisfecho, el Capitán observó la cara de su interlocutor cuyos pómulos habían enrojecido.

—¿Y usted cree —dijo con suavidad el doctorcito— que si el amo no hubiera estado presente la respuesta habría sido la misma?

Sorprendido en la buena fe de su argumentación, que le había parecido irrefutable ya que hablaba por los hechos, fue ahora al Capitán a quien le tocó enrojecer. La sorpresa lo impulsó a pararse de golpe; afortunadamente, su cuerpo tenía asimilada desde la más tierna juventud la altura de la cabina, de otro modo se habría desnucado. Tiró al suelo la taza de agua de jabón para la afeitada, de lo que no pareció darse cuenta.

—Como siempre, usted no sabe medir las palabras, señor —dijo el Capitán.

—No creo haber dicho nada ofensivo, señor, salvo para el sistema esclavista.

—Si me permite, me gustaría afeitarme a solas, señor.

Ya el doctorcito anunciaba que se iba a dormir a la bodega, a las cuchetas marineras, y levantaba papeles y libros a brazadas, enfilando por el pasillo hacia la escotilla.

Esa misma noche fui el encargado de alcanzarle una nota de disculpa de parte del Capitán que lo invitaba nuevamente a compartir su camarote, donde, al menos, tenía la mínima comodidad de una mesa de trabajo para realizar sus anotaciones.

Lo que he contado viene a propósito para tratar de explicar qué impulsó al Capitán a esa aventura con los yámanas, que

correspondía, tal vez, a la parte más cerrada de su manera de pensar. Si creía de buena fe que los esclavos eran felices, bien podía llevarse un yámana fuera de su país y hacer el experimento de la civilización con él.

Sé que ésta no es toda la verdad, míster MacDowell o MacDowness. Siempre la realidad es más compleja y seguramente no alcanza el arte de mi escritura para pintar los matices del interés, si es que así puede llamarse, del Capitán por Button, en el que, inesperadamente, se mezcla su posición dentro del poder político de Inglaterra, como también, imposible negarlo, su tendencia humanitaria y religiosa. Quizá maduraba la sospecha de que los hombres del Almirantazgo no confiaban en él, en su capacidad, no ya marítima, lo que era indiscutible, sino política, y tal vez quería demostrar algo.

El Cabo de Hornos nos recibió con una tempestad. Según el Capitán, fue la tormenta más recia que le había tocado capear desde que se subió a un barco. Hoy puedo decir lo mismo.

Saliendo del estrecho de Le Maire, doblando el cabo Buen Suceso, el Capitán, creo que por única vez en su vida, actuó en contra de su sentido profesional. Algo lo apuraba a dejar a los yámanas en su tierra, a comprobar el alcance civilizador de la experiencia, a constatar que su propósito había dado resultado. Era el mes de enero, la peor época para cruzar el Hornos hacia el oeste. El barco corría el temporal con el mínimo paño; cuando las olas nos alcanzaron —las olas en el mar antártico se presentan “en tren” de a tres seguidas, como montañas que avanzan hacia el barco—, nuestra pequeña nave que llevaba algún impulso se elevó

sobre la primera, que la frenó en su avance. La segunda, la frenó del todo y nos puso de través al temporal, y la tercera, la tomó de costado y la tumbó sobre el mar. Como decimos los marineros, mister MacDowell o MacDowness, “la nave se quedó dormida”. Es un instante terrible de pánico, porque si no vuelve, si se voltea completamente, no hay salvación, es la muerte segura para todos. Felizmente, el barco recuperó su posición vertical y los mástiles señalaron nuevamente el cielo oscuro y ominoso y los hombres pudimos abrazarnos, ateridos pero a salvo. La única pérdida fue la de un bote que voló en la tempestad, arrancado de cuajo de sus soportes.

Los dioses de Button, siempre irascibles, ahora desencadenados, nos repudiaban. Quizás habíamos transgredido los cimientos mismos de ese mundo, intocado e inmóvil en el tiempo, y ya nada volvería a ser como antes.

A la medianoche de aquel día terrible, pudimos fondear en el falso cabo de Hornos. Pocos días después, desembarcábamos en Wulaia, la tierra de Jemmy Button. Como dije, era enero, pleno verano, la época de una belleza sin igual en la Tierra del Fuego.

El bote mordisqueaba la playa de guijarros con un sonido hueco, cerca de nuestros pies. Button y yo contemplábamos la bahía. Serena como un estanque, se abría en semicírculo en medio de una calma de majestad incomparable. Desembocaba en ella un río de hielo. Los pequeños témpanos de formas caprichosas se alejaban imperceptiblemente de la cuenca madre para encallar en las salientes rocosas de la playa. En el silencio imponente se oía cada tanto el estampido seco del resquebrajarse del hielo, que subía, repetido en ecos, hacia las montañas de nieves perpetuas. A nuestra espalda, la franja de arena gruesa se cubría de hojas y

líquenes de un verde casi negro, entreverada de raíces. De la costa misma surgía el bosque, sombrío y húmedo, poblado de murmullos, de repentinos aleteos, de llamados vibrantes que se cruzaban de una orilla a la otra; los troncos resplandecían cubiertos por un musgo color esmeralda profundo. Las olas turbulentas del canal se amansaban al entrar en la bahía y morían entre las piedras, en suaves impulsos que hacían al bote mordisquear la playa.

Button miraba absorto al frente, lejos.

—Guanacos —dijo.

Al otro lado se alzaba la costa de la isla Navarino. Una gran masa de nubes rodeaba las cimas de las montañas en la isla. Sólo un rato después, alcancé a ver unos puntos ínfimos que se desplazaban por la cresta de un cerro.

Más allá de esa palabra, Button había permanecido en silencio todo el tiempo.

Tampoco yo sabía cómo expresarle el disgusto por lo que había pasado unos días atrás, cuyo efecto seguía cerniéndose sobre nosotros, y opté también por el silencio. No había nada que decir. Esa mañana, Button me había querido mostrar la bahía escondida, el lugar de su infancia, y fue como una señal amistosa, un gesto hospitalario, después de los días destemplados que se sucedieron a nuestra llegada.

Lo que había pasado era esto. Completamente vestido a la inglesa, hasta con sombrero y guantes, el Capitán había desembarcado a Button en sus islas. Un cálculo erróneo lo llevó a creer que las ropas crearían admiración y curiosidad entre los yámanas. Nadie opinó sobre este criterio o lo contradijo; yo tampoco. Una extraña pasividad se había apoderado de Button. Permanecía quieto, a pocos pasos de la playa, rodeado por parte de

la tripulación que, ocupada en desembarcar de los botes las cajas con todo lo traído de Inglaterra, cada tanto se detenía a mirarlo. Lo extraño de la situación no escapaba a esos hombres: había en el aire algo indefinible de escena de barraca de feria que el Capitán, excitado y curioso, parecía sinceramente no advertir. De golpe, Jemmy levantó la cabeza. A una distancia prodigiosa, había reconocido la estentórea voz de su hermano mayor, que nosotros no veíamos todavía. Un momento después, en la rada empezaron a verse las canoas. Alcancé a contar cuarenta, acercándose por todas partes. Un ramalazo de inquietud sacudió a los marineros, que buscaron las armas en los botes.

El Capitán y el doctorcito habían hablado largamente de este encuentro: ¿cómo se comportaría Button? El Capitán confiaba a ciegas en que pondría a funcionar de inmediato al menos una parte de lo aprendido en la civilización. El doctorcito dudaba. A mí, sentado en una piedra a cierta distancia, me golpeó en la cara la doble humillación de Button.

Parado sobre los guijarros de la playa, sabiendo que era observado, levantaba instintivamente la cara, olfateando la vaharada acre de los lobos marinos, vestido de punta en blanco, las botas lastimosamente lustradas.

Las primeras canoas encallaron en la playa, las otras seguían llegando. Button enfrentó la que pertenecía a su familia, dio unos pasos hacia ella y se detuvo. Su madre, cuatro hermanos y dos hermanas saltaron al agua y arrastraron las canoas hasta las piedras. La expresión de Button fue una mezcla de vergüenza y espanto y el único momento en que atinó una frase trunca en inglés; bajó la cabeza. Alcancé a oír algo que murmuró en español, algo parecido a: ¿No sabe? Su gente lo rodeó. De las otras canoas también bajaban hombres y mujeres que hablaban entre sí y nos increpaban en voz cada vez más alta. Después se hizo un silencio

duro. Lo miraban de arriba abajo sin un gesto, sin una palabra. Sus hermanas parecían desconocerlo y, como si le temieran, volvieron corriendo junto a las canoas. La madre dio una vuelta completa alrededor de su hijo y volvió también a la canoa, como para cerciorarse de que estaba bien amarrada. Según supimos más tarde, la madre de Jemmy lo había buscado desesperadamente durante meses, tres años atrás, en la creencia de que su hijo había escapado del barco. Sin embargo, ahora no demostraba ningún sentimiento, no parecía alegrarse ni entristecerse. Sólo miraba su canoa, el centro de sus desvelos.

—Háblales —ordenó el Capitán—. Explicales de dónde vienes, qué es lo que traes para ellos, ¡háblales!

Button seguía penosamente callado, con la cabeza gacha. Ni un sonido salió de su garganta, como si no acudieran las palabras, ni las inglesas ni las propias. No se dirigió a nadie, en ninguna lengua. Nadie le habló a él.

—¿Olvidaste tu lengua? —el Capitán iba hasta una de las cajas y la abría violentamente—. Muéstrales lo que trajimos de Inglaterra, lo que la civilización les trae. ¡Habla!

Mudo, Button se quitaba lentamente el sombrero.

—¡Háblales! ¡Te lo ordeno! —el Capitán perdió su imperturbable compostura.

Los yámanas comenzaron a irse. Subían a las canoas y con ligereza las enfilaban hacia el agua profunda, remando cada vez más rápido, alejándose, perdiéndose detrás de los promontorios rocosos. La familia de Jemmy hacía lo mismo. En el último momento, su hermano mayor se le acercó. Le dijo unas frases secas, cortantes.

Se alejaron.

El peso de esos tres años de desarraigo habían caído sobre Button. Seguramente se sentía tan abochornado por la desnudez de

los suyos como por su propia vestimenta. La larga convivencia con los blancos le había borrado en parte la desnudez en que vivía su gente y ahora se avergonzaba.

Miramos cómo se perdían paleando en sus canoas, con sus hijos y perros, a encender los fuegos de la noche. La rada quedó desierta, sólo los cormoranes volvían a planear sobre las rocas. De los islotes llegaban los bramidos de los lobos marinos que me sonaron a un lamento fúnebre. Todos quedamos inmóviles, como esperando algo. Con cuidado, Jemmy colocó el sombrero y los guantes sobre una piedra. Un único sonido quebrado salió de su garganta cuando vio la última canoa desaparecer tras las rocas de los lobos.

El Capitán le dio la espalda a Button y rompió el silencio que nos inmovilizaba como un maleficio, dando órdenes perentorias a los marineros; había que juntar las cajas, cubrirlas por si llovía y armar las tiendas. Pasaríamos esos días en tierra, hasta levantar la casa y dejarla lista para Jemmy, Fuegia y York. El puesto civilizador que soñaba Gran Bretaña.

Me acerqué a Button.

—¿Qué te dijo tu hermano?

No estaba seguro de que quisiera hablar, pero lo hizo.

—Mi padre muerto, el invierno pasado.

Me sorprendió completamente; había imaginado reproches o recriminaciones.

—Lo siento mucho, Jemmy.

—Yo ya sabía. En la granja soñé mi padre muerto. Siempre es así.

Como expresó despreocupadamente el doctorcito esa noche en la cena improvisada bajo la tienda de campaña armada en la

playa, el encuentro había sido tan interesante como el de dos caballos en el medio del campo. Estaba exultante ante un Capitán abatido, como si entre ellos se hubiese establecido una especie de apuesta no formulada. Presentí que se avecinaba una larga disputa sobre aquellos “pobres seres”, a los que el doctorcito apenas consideraba humanos. Me excusé de cenar con ellos y salí.

York y Fuegia comían en la animada ronda de los marineros alrededor del fuego. Habían salido a mariscar y como si ese acto les hubiera devuelto de un golpe su tierra natal, se los veía contentos, las caras brillantes al resplandor de las llamas. Nada tan hermoso como una noche de verano, sin viento, en la Tierra del Fuego: los fanales del barco rielaban débilmente en el agua; los árboles cercanos, iluminados por el fuego, creaban extrañas y fugaces apariciones, el humo se elevaba hacia un cielo en el que lucía incomparable la Cruz del Sur que Button y yo miramos largo rato. Una serenidad sin par bajaba desde las montañas y, como un bálsamo, parecía borrar lo sucedido esa tarde. Del otro lado del canal, en la negrura de la costa, las eternas hogueras de los yámanas se alzaban en la noche.

Pero la quietud era sólo una ilusión. Lo sucedido siguió clavado en Button como una astilla en la carne.

Debo escribir que no alcanzo a comprender por qué el fracaso del Capitán, la constatación de ese fracaso, me alegraba. Yo había tomado anárquicamente el partido de Button, pero ¿por qué? Más allá de nuestra amistad, ¿acaso porque yo también padecía la orgullosa preponderancia del Capitán y temía lo que representaba? ¿Tal vez porque a través de Button me tomaba mi propia revancha contra una Inglaterra que ambiguamente odiaba y amaba? No lo sé. Tampoco creo que importe para esta narración

averiguar el fondo confuso de esos sentimientos que, si tuvieron para mí alguna importancia, ya no la recuerdo.

En los hechos, me sentía poseído por una intensa e inexplicable satisfacción que debía, de alguna manera, disimular. No se basaba en lo que veía de Button que, taciturno, desaparecía por el bosque o las islas en ausencias cada vez más prolongadas, hacia lugares para nosotros desconocidos o inaccesibles de su país.

Pronto descubrí que bajo su apariencia impenetrable, Jemmy recuperaba a grandes tragos su territorio, el viento y los bosques, el mar y las montañas, y que esto iba aparejado con un regocijo que, como yo, había decidido disimular. Fue entonces cuando una mañana me dijo que quería mostrarme un lugar escondido, una bahía, donde había pasado buena parte de su infancia.

Y allí estábamos, sentados con el pequeño jadeo del agua a nuestros pies, dejando que lentamente oscureciera, mirando bandadas de petreles precipitarse sobre la superficie del agua a la caza de insectos, subiendo y volviendo a bajar, en una armonía radiante.

No nos movíamos ni hablábamos pero Button estaba allí de una manera diferente de la que estaba yo.

—Pálala —dijo sobresaltándome; me había quedado medio dormido—. ¡Pálala!

—¿Qué es eso? —dije incorporándome a medias y apoyando un codo en la arena.

—Palabra de mi gente para la tuya —dijo Button—. Pálala: pueblo incomprensible. No sirven aquí las cosas de los blancos. Barco muy grande, no sirve para pescar; casa de madera, no aguanta el fuego, botas resbalan en las piedras...

Se quedó otra vez en silencio.

Yo trataba de explicarme algo que me llenaba de curiosidad. De una manera misteriosa y desconocida, Button ejercía un control sobre el mundo natural que lo rodeaba. De no ser así, la supervivencia hubiera sido imposible. Era una tenacidad puramente humana que sin duda se intensificaba en la desventura y la hostilidad, cuando el viento polar soplaba y el mundo era un lugar sombrío, sumergido en una tormenta rugiente.

Experimenté, mister MacDowell o MacDowness, la curiosa sensación de que nos representaba, de que allí, en los bordes finales del continente, estaban Button y su clan encendiendo las hogueras, atestigüando la presencia del hombre. Tal vez parezca exagerado, pero como ya anoté en alguna parte, las únicas reglas que se me imponen son las de mi propia experiencia.

Algo era evidente: a medida que Button recuperaba su mundo, se alejaba de nosotros.

En pocos días quedó armada la casa de madera y delimitado un huerto con zócalos de piedras; un campamento donde, según lo planeado por el Capitán, quedaría Button con todo lo traído de Inglaterra; allí también, según su bucólica imaginación, armarían su hogar y crecerían los hijos de Fuegia y York. Yo mismo me daba cuenta de lo disparatado de todo esto. A miles de millas de distancia, la idea era una cosa aceptable y hasta loable; cuando la idea se materializó en el lugar, se hizo absurda. La naturaleza no deja resquicio a la imaginación. Muy cuidadosamente se habían ordenado y clasificado las semillas para experimentar con una huerta. Las teteras, las mantas, las herramientas, las ollas, los rastrillos, los jarros, los cuchillos, una síntesis modesta de los dones de la civilización se dejaría allí, en unos metros cuadrados, bajo el cielo encapotado y en medio de un clima impredecible y

salvaje.

Nuestro barco seguía su misión por las costas del Pacífico. Un año más tarde, volveríamos a pasar por el Cabo en nuestro regreso a Inglaterra. Se comprobaría entonces el resultado de lo que el Capitán había emprendido casi cuatro años atrás.

Hoy a la tarde, mientras Graciana hacía la silenciosa ronda del mate, volví a revisar el baúl. Encontré lo que buscaba, un ejemplar del *Times* del sábado 10 de diciembre de 1859 que publica la carta de un lector particular que quizá explique mejor que yo y, sin duda, con mayor objetividad, algunos aspectos dudosos de la llamada Misión Patagónica. El que firma la carta es George Rennie, ex gobernador de las Islas.

Traduzco lo que escribe Rennie:

“A fines de marzo de 1855, el capitán Snow ingresó a puerto Stanley en una pequeña goleta. Al recibirlo junto a dos de su grupo, me contaron que habían estado navegando por la parte occidental de las Islas y habían desembarcado con el propósito de que dos personas de la expedición se establecieran en la isla Keppel, con materiales para edificar casas y establecimientos y, de acuerdo a lo que pude averiguar, con una existencia mínima de provisiones.

”El secretario Colonial, que estaba presente, se mostró (al igual que yo) muy afectado por la gran imprudencia de tal proceder. A pesar de que no recuerdo con precisión las palabras que usé, sé que remarqué al capitán Snow la conveniencia o necesidad de enviarles urgentemente provisiones que, con seguridad, pronto requerirían. Dado que nunca recibimos una respuesta a nuestra sugerencia, no sería improbable que el capitán Snow fuese imputado de homicidio si ocurriera que una o las dos

personas dejadas en Keppel murieran por esta carencia.”

Interrumpo para acotarle, míster MacDowell o MacDowness, algo que seguramente sabe: el tal capitán Parker Snow fue una especie de adelantado de la Misión que con gran efervescencia y suscripción pública se estaba terminando de armar en Inglaterra. Su jefe sería el reverendo Despard, próximo a partir con su familia a tomar posesión del asentamiento en la isla Keppel, del archipiélago de las Malvinas. Parker Snow era un empleado de la Misión, un marino; pronto se puso en evidencia que no estaba de acuerdo con sus patrones, los misioneros. Sigue el ex gobernador Rennie:

“No queriendo poner obstáculos en el camino de este romántico emprendimiento, enseguida acepté brindarles el derecho de ocupación. Luego, la conversación se desvió hacia el modo en que se llevaría a cabo la empresa. Dijeron que el reverendo Despard no había dejado aún Inglaterra, por lo tanto, hasta su llegada, ellos actuarían como pioneros. Harían preparativos para la cría de ganado y traerían a los fueguinos, quienes, mientras eran instruidos sobre el Cristianismo, serían empleados en varias actividades y oficios.

”Les respondí que el objetivo era altamente loable, pero que no llegaba a comprender su viabilidad y les pregunté cómo lograrían que los nativos se establecieran en la isla. El capitán Parker Snow y sus amigos se miraron desconcertados y, luego de una pausa, uno de ellos dijo con inocencia: ‘Supongo que se los compraremos a sus jefes’.

”Les advertí del modo más severo sobre la posibilidad que tenían de ser acusados de rapto si actuaban de esa manera y que, si traían a las islas Falkland a esos miserables salvajes, sería mi deber

hacerles una investigación para saber si habían venido por propia voluntad y con contratos legales.”

Según lamenta el ex gobernador Rennie, la Misión siguió adelante y dice antes de terminar: “A pesar del éxito del capitán Snow y los suyos en persuadir a un número de fueguinos de ir a la isla Keppel, no puedo afirmar que se les esté proveyendo de lo indispensable”. Luego concluye:

“Estoy bastante desinformado de los pasos que los misioneros siguieron con posterioridad a esto, habiendo ya pasado el período de mi gestión y debido a mi regreso a Inglaterra un tiempo después. No puedo reprocharme por no haber asumido responsabilidades sin tomar medidas adecuadas, con el compromiso de prevenir la repetición de una calamidad deplorable, similar a la del capitán Gardiner.”

Esta carta de descargo del ex gobernador de las Flakland no deja de ser interesante. Muestra el carácter severamente legalista de los funcionarios del Imperio, aun en sus rincones más remotos. Lo que se puso de manifiesto en el juicio a Button, para el cual se instruyó una investigación que bien pudo titularse desproporcionadamente: El Imperio Británico contra Jemmy Button.

Un año más tarde, después de subir y bajar por las costas del Pacífico, regresamos por el Cabo y subimos hasta Wulaia, donde doce meses atrás habíamos armado la pequeña casa de madera. Al aproximarnos al estrecho Murray, iba en proa esperando avistar la canoa y la silueta de Button saliendo a recibirnos. Creo que el Capitán tenía la esperanza de verlo junto a York y Fuegia en la puerta de la casa o sorprenderlos, como a buenos granjeros, recolectando papas en la huerta.

De la casa no quedaba casi nada. Habían crecido a su suerte unas lastimosas legumbres que el viento huracanado barría sin piedad. Como señal de nuestro trabajo quedaba sólo la demarcación de piedras en el terreno aldeaño al que se había levantado la casa. No podía pedirse mayor desolación. La soledad se remarcaba irónicamente por la danza de los cormoranes que repetían su incesante subir y bajar dejando caer desde lo alto las almejas para destrozarlas contra las piedras. Me quedé mirando su ancestral balanceo, arriba y abajo.

Anduvimos en los riscos vacíos, perseguidos por el ruido del viento, el Capitán sin pronunciar palabra, haciendo observaciones que anotaba en su libreta, aunque yo sabía que lo que le importaba más que nada era encontrar a Button, ver qué había sucedido. El doctorcito recogía muestras de piedras. Los marineros buscaron agua potable para llenar los barriles. Yo subí hasta la cresta de un cerro. Desde el centro del panorama desolado, grité con todos mis pulmones: ¡Jemmy Button! Nadie apareció. Nubes bajas cubrían las cimas, los cerros de la costa norte del canal se veían negros y empezó a lloviznar. No había fuegos que alertaran nuestra presencia ni columnas de humo levantándose tras los acantilados, en la familiar señal de que éramos vistos. ¿Dónde se habían ido todos? Un mal presagio se abatió sobre los ocho hombres que habíamos bajado a tierra en los botes. Al caer la tarde volvimos al barco. Nadie se atrevió a decir lo que pensaba: que posiblemente Button hubiese muerto, o quizá, algo peor, que tal vez su propia gente lo había matado. Se lo dije al Capitán. Había pasado un año; tal vez sus compatriotas no le perdonaron su viaje con los hombres blancos.

—No creo que sea así —opinó lacónicamente el Capitán.

El doctorcito, por el contrario, opinaba que todo era posible, que había podido suceder cualquier cosa. No podía esperarse nada

lógico de aquel grupo humano.

Pedí la guardia de esa noche y permanecí en cubierta. No hubo fuegos en la costa. A la mañana temprano, bebíamos el café en el camarote del Capitán cuando escuchamos exclamaciones en cubierta. De inmediato subí y me asomé a la borda, el Capitán detrás de mí.

Lo que vimos nos dejó mudos. Una canoa se acercaba por estribor; una muchacha, casi una niña, paleaba hábilmente el agua a un lado y al otro, con el pequeño fuego a sus pies. En proa, de pie, venía un hombre. Desnudo, flaco, el pelo apelmazado e informe. Sobre sus hombros, una piel de foca apenas más grande que un pañuelo de mano era lo único que lo reparaba del viento. La cara pintada de negro estaba recorrida por dos líneas blancas paralelas, una a la altura del labio superior, de una a otra oreja; la de arriba sobre los párpados, de una sien a la otra. Era Jemmy Button. Su aspecto asustaba y tuve la clara noción de que aquella pintura que imaginé de guerra o de intimidación lo transfiguraba y ejercía sobre el adversario, en caso de que el adversario fuera un hombre como yo, un blanco, el instintivo impulso de defensa.

Cuando pude reponerme, salió de mi garganta un grito involuntario.

—¡Button! ¡Jemmy! Aquí, arriba.

Hábilmente maniobrada, la canoa se puso a la par del barco. Button hizo entonces algo destinado al Capitán y a mí. Un gesto de deliberada cortesía, tal vez condescendiente. Se agachó en la canoa, se inclinó sobre el agua y a dos manos se lavó la cara y se quitó la pintura del cuello y del torso. Volvió a enderezarse:

—¡Jack! ¡Capitán! Subo.

Tiramos la escala.

De pie en cubierta, Jemmy se veía aunque flaco más corpulento que el año anterior; había cambiado; no era más un

muchacho, era un hombre de torso poderoso y me había sacado una distancia considerable. Algo indefinible emanaba de él, una seguridad que se manifestaba en su sola presencia, en su manera de plantarse en cubierta sin que hiciera nada. Todos lo saludamos de palabra porque Button mantuvo un espacio entre él y nosotros y no parecía querer acercarse a estrechar manos.

Estaba, como nunca antes, muy lejos de los blancos. Esta figura apenas dejaba entrever al Button de botas y chaqueta inglesas, el Jemmy de Londres, de un año atrás. A los ojos del Capitán, este hombre vuelto al estado más primitivo de entre los hombres, a lo que ancestralmente habían sido sus antepasados, un nómada canoero, no conservaba nada de lo que le había sido dado; no había hecho nada. No había cumplido con su parte. No había civilizado a nadie ni transmitido nada de lo aprendido a los suyos. Era la imagen de su propio fracaso.

A pesar del efecto devastador que tuvo sobre el Capitán esta constatación irrefutable, se rehizo y lo invitó a que compartiera con él y conmigo la comida en la cabina. Al menos, Jemmy conservaba bastante de su inglés. El doctorcito opinó que la remisión de Button al estado salvaje no lo sorprendía en absoluto.

—Bueno comer. Necesito ropa —dijo Button, mirándome.

Le alcancé un pantalón y una camisa marinera. Una sonrisa melancólica asomó a los labios del Capitán cuando comprobó lo correctamente que utilizaba Jemmy los cubiertos y cómo recuperaba la fluidez del inglés para conversar. Sin embargo, había algo muy tenso en el aire. Button nos miraba desde una distancia infranqueable. No había rencor ni alegría en su mirada, sólo distancia. Dijo que se había casado, que había habido incursiones de loberos y que el invierno se avecinaba muy cruel. El Capitán le preguntó por la casa y por Fuegia y York. Como si se tratara de sucesos remotos de un tiempo que le costara recuperar, Button

hilvanó un relato lacónico del que se desprendía que no bien la popa del barco había desaparecido, los yámanas, apostados tras los cerros, se habían presentado y se habían llevado todo. En su tierra seguían imperando las viejas costumbres que tal vez había olvidado en el país de los blancos: el que tiene superabundancia debe repartirla con sus hermanos. Por su parte, Fuegia y York habían tomado lo suyo, lo subieron a su canoa y se largaron de noche, mientras los otros dormían, hacia su propia tierra. La casa había sido desmantelada para usar la madera.

Button contó lo que ahora reconstruyo, sin un parpadeo, sin emoción en la voz.

—¿No deseas volver a Inglaterra, Jemmy? —el Capitán había hecho la pregunta con tono severo, tal vez recriminatorio.

Un grito cruzó el aire tenso del camarote. Siguieron otros, lastimeros, agudos. Jemmy, impasible, explicó que eran los gritos de su mujer. La muchacha lo llamaba desde la canoa.

—Miedo que los blancos se lleven a Button.

Nos miró sin expresión. Los gritos eran cada vez más desgarradores. Ninguno se movió, ya que Jemmy no lo hizo. Seguimos comiendo en silencio. De golpe, se puso de pie; el Capitán y yo hicimos lo mismo. Subimos a cubierta tras él. La pobre criatura pequeña y delgada, al cuidado de su única posesión, la canoa, gritaba de pie, los pechos jóvenes agitados por sollozos o estremecimientos. Vi la comba de su vientre.

—¡Jemmy Button subir canoa! —porfiaba en inglés con desesperación.

Bruscamente, Button se asomó y gritó, en yámana, unas palabras secas, tajantes. La chica se calmó como por arte de magia. Button nos enfrentó. Como si continuara la conversación de la cabina, miró al Capitán.

—No más Inglaterra, Capitán. Nunca más Inglaterra.

Empezó a quitarse la ropa para devolverla. Le dije que se la quedara. Apresuradamente bajé a la bodega y envolví pan y galletas y lo que encontré a mano para su mujer. Lo tomó de lejos. En un segundo estuvo sobre la baranda de cubierta dispuesto a saltar. Me acerqué.

—Adiós, Jemmy —dije aproximándome para darle un abrazo.

Su mirada me paralizó. Un segundo después, en el fondo de sus ojos reapareció aquella luz indefinible de ironía o complicidad. Extendió la mano.

—Adiós, Jack.

Antes de que la canoa se separara del barco, Button me mostró algo, era un regalo para mí: un arpón de hueso que arrojó con destreza hasta mis manos. La canoa partió. Remaba la mujer. Admiré la fuerza con que aquella criatura tan frágil se alejaba de nosotros.

Como último gesto, Button encendió una hoguera en la costa, que tomé como una señal para mí. El Capitán se había encerrado, taciturno, en su camarote. El doctorcito declaró que le interesaban más las piedras y los líquenes que aquellos salvajes.

Aunque lo creí así, no sería aquélla la última vez que viera a Jemmy.

Hoy tomé una decisión. Viendo estos meses a Graciana tan intrigada en mi escritura que no puede compartir, le he dado un trabajo para ella. Le he pedido que vaya cosiendo estas hojas como si fueran pliegos. Le he explicado que así se hacen los libros. Ella ha tomado esta tarea con una seriedad y aplicación que no dejan de conmoverme.

Creo que no he dicho, míster MacDowell o MacDowness que, a fines de 1856, pocos meses antes de volver definitivamente a mi patria, pasé por última vez por el Cabo de Hornos. En aquellos años navegaba en un barco holandés y le había contado al capitán la historia de Button. Esa vez, mis conocimientos de la zona fueron de mucha ayuda para el piloto y me permitieron pedirle al capitán lo que quería: tratar de encontrarlo, buscarlo entre el laberinto de islas y canales de su país. Averiguar si aún vivía. Era la primera vez que los holandeses navegaban por el archipiélago, y las leyendas de horror que se contaban sobre sus habitantes y que recorrían los puertos de Europa no los predisponían a quedarse por allí más que lo estrictamente necesario. Estábamos detenidos por una niebla espesa. Pedí que me permitiera usar un bote y bajar a tierra. Esto pareció una locura y, en parte, no dejaba de serlo. Yo era consciente de esa última oportunidad, mi último paso por el país de Button. No pedí a nadie que me acompañara; tampoco nadie se ofreció. Llevaba una bolsa con regalos para Jemmy y su familia, en el improbable caso de que los encontrara.

Finalmente bajé y comencé a remar. Estábamos cerca del estrecho Murray, en la desembocadura del fiordo Ponsonby, en el centro del país de Button. Era un lugar que yo recordaba muy bien. No obstante, la niebla lo volvía fantasmagórico, espectral y, para mi inquietud, desconocido. Habían desaparecido las montañas, las laderas, toda referencia se esfumaba en una claridad lechosa que envolvía en ráfagas y remolinos todo lo existente.

Empecé a pensar que aquello había sido un verdadero desatino cuando por babor, como un extraño fantasma, se me vino encima un pequeño témpano de forma tan caprichosa que me sobresaltó. Quedé un momento paralizado. Subí los remos y me puse de pie.

—¡Jemmy Button!

El grito se perdió en la niebla, a lo lejos hubo un débil eco. Seguí remando lentamente. Oía aleteos, rumores acuáticos. Volví a gritar una o dos veces. Giré el bote dispuesto a desandar el camino y volver al barco, pero ya no vi el farol que me habían dejado encendido en la cruceta del palo mayor. No distinguía nada, salvo mis rodillas. Hacia adelante perdía la proa del bote en la nube espesa de la niebla. Creí distinguir una pared blanca. Pasé por unos segundos de pánico.

—¡James Button, aquí!

Frente de mí, como surgiendo de la nada, apareció la proa negra de una canoa. Alguien se puso de pie.

—Button, aquí.

Me hizo señas de que siguiera su canoa. Venía con una mujer joven, un niño pequeño de unos tres años y un perro. Poco después, saltábamos a la playa y arrastrábamos los botes sobre los guijarros. Le di un largo abrazo que él recibió envarado. Su aspecto era lamentable, a pesar de lo cual no dejaba de ser imponente. Muy lejos había quedado el muchacho de dieciocho años maravillado por un par de guantes; ahora era un hombre corpulento de mediana edad, igual que yo. Un hombre que me miraba en silencio. Levantó una mano y me tocó el brazo.

—Jack.

—Amigo —dije.

—Sí, Jack amigo —repitió Jemmy con dificultad y pareció distenderse—. Muchos años.

Señaló su cara y la mía. Asentí:

—Muchos años, Jemmy.

En seguida se puso en actividad. No sé cómo en medio de la niebla había reunido unas ramas y mandó a su mujer que trajera el rescoldo de la canoa. En un momento, el fuego nos iluminó y

abrigó. La mujer se sentó tímidamente con el niño entre las rodillas y el perro a su lado, un poco apartada de nosotros. Jemmy se agachó cerca de las llamas a las que seguía alimentando. Yo hice lo mismo. Antes fui hasta el bote a buscar la bolsa.

—Para Button y su familia —dije.

La mujer y el niño miraron ávidamente la bolsa pero no se movieron hasta que Button les hizo un ademán. Entre exclamaciones de curiosidad y admiración, la mujer iba descubriendo el contenido de jarros, ollas, sogas, cuchillos. Había también tasajo de carne y galletas que el niño y la mujer comieron en el acto. Button no comió. Me señaló al chico:

—Koko-shei —dijo.

También había un par de guantes. Jemmy inspeccionó todo y lo volvió a poner en la bolsa. Alrededor del fuego, envueltos en una niebla blanca que deformaba singularmente los sonidos, parecíamos los únicos sobrevivientes de un mundo acabado. No era así; desde algún lugar o desde varios, éramos vigilados por los compatriotas de Button, igual que el barco.

Por un momento me olvidé de todo. Lentamente, la antigua fraternidad se abrió paso y se instaló, como el fuego, entre nosotros. Él no parecía sorprendido por nuestro encuentro. Cuando se lo hice notar, me respondió que ya lo había visto en un sueño, mi vuelta y el encuentro, como hacía años había visto la muerte de su padre, en Inglaterra.

—Vi en un sueño que Jack venía. Dije a los demás.

La confirmación del sueño era algo natural. Nuestro encuentro, por lo tanto, no era fortuito. El barco había sido observado desde el mismo momento en que el bauprés asomó por la boca occidental del canal de Beagle. Jemmy estaba contento de mi actitud, de que lo hubiera buscado, pero ya estaba previsto que nos encontraríamos. Recuperé la sensación de que la lógica de

Button era la más fuerte; al menos allí lo era y yo también acepté que aquel encuentro ya estaba decidido.

—Blancos muy malos, Jack.

Buscando las palabras de una lengua que acudía de a poco a su mente y a su garganta, en un inglés gutural, Button me contó lo que había pasado con su clan.

El año anterior había sido de desgracias. Un invierno feroz trajo el hambre de una manera como hacía mucho tiempo no se padecía en las islas. Una de sus mujeres, o su mujer anterior, no entendí bien, había sido violada y asesinada por loberos, precisamente por arriesgarse demasiado en busca de comida: la habían subido a la rastra a un bote, después al barco, y al día siguiente la habían arrojado al mar; había luchado como un hombre, pero los loberos eran cinco y con armas de fuego; los ingleses habían armado un campamento en la isla Keppel, en Malvinas. Los llevaban, los tenían unos meses y los volvían a traer a Tierra del Fuego. Nadie quería ir. Lo hacían para mantener un equilibrio, para no “enojar a los blancos”. Un grupo de hombres yámanas se había puesto furioso porque pretendían que les dejaran los niños pequeños en la Misión, incluso, los primeros de estos ingleses llamados misioneros que llegaron habían querido “cazar” algunos niños persiguiendo las canoas de las mujeres. Allá, en Keppel, los ingleses los llamaban ladrones.

Button desgranaba su letanía mirando el fuego, impasible. Sí, los yámanas habían matado a unos náufragos, cuando veían un barco o bote hacían gestos de que los matarían y que los comerían en trozos. Era la única manera de atemorizar a los violadores, a los matadores de animales, de mantenerlos alejados. Los foqueros habían exterminado enormes cantidades de animales; ya no quedaban, no alcanzaban a criarse. La gente debía buscar el sustento lejos de la costa, en los bosques.

Para arrancarlo de tantas desgracias, le dije que tenía un hermoso hijo. El bienestar de la comida lo había dejado profundamente dormido, enroscado contra el perro que lo abrigaba, cerca del fuego. La mujer, mientras tanto, había ido un par de veces a vigilar la canoa y volvía, silenciosa, a seguir con curiosidad nuestra conversación. Le pregunté por el resto de su familia. Button estaba orgulloso; uno de sus hijos, de unos doce años, iba a pasar por la gran ceremonia en el gran wigwam en muy pocos días; el lugar era secreto. Una isla que sólo los yámanas conocían.

—Las enseñanzas, Jack —dijo con orgullo Button, cerrando un círculo que se abrió en un vertiginoso túnel del tiempo hacia un momento del pasado donde restaba algo que yo no había comprendido del todo. Asentí.

—Las enseñanzas.

Poco después, seguía su canoa en la niebla deslizándonos sin ruido por un mundo mudo y blanco, de sueño. El barco estaba más cerca de lo que suponía. Cuando tiraron la escala, me tendió la mano.

Las siluetas apenas delineadas por el rescoldo y la carita de Koko-shei iluminada fueron lo último que vi antes de que desaparecieran sin una voz, sin un susurro en un agujero de niebla y oscuridad. Button no tenía ningún interés en conocer a los holandeses. Odiaba a los blancos.

No imaginé, no podía imaginar, que la próxima vez que viera a Button sería sentado en el banco de los acusados. Sólo cuatro años más tarde.

Sexto pliego

[Islas Malvinas, 1860.

Por la mañana.]

Los recuerdos lejanos se reúnen con los más recientes. Esta parece ser la imposición del relato. Mi última llegada a las Islas, hace sólo cinco años, se mantiene inmóvil en el tiempo, compartiendo esa cualidad con mi primera estada junto al Capitán y al doctorcito, treinta años atrás.

No me asombró comprobar que en este confín del mundo se sostienen imperturbables las fórmulas y los lenguajes administrativos que conocí en Inglaterra. Cuando hace falta que aparezca la mano férrea de Gran Bretaña, como un mecanismo bien aceitado que nunca se abandona ni se descuida, se levantan los dos pilares que sostienen el poderío del Imperio: la Administración y la Ley. Como ya dije, míster MacDowell o MacDowness, nada más peregrino que aquel cobertizo de madera y piedra llamado Palacio de Justicia, en el último rincón del Atlántico sur, habilitado para que las autoridades investigaran el asesinato de aquellos hombres que, románticamente, como señala Rennie en la carta al *Times*, se largaron a ejercer su propio derecho sobre la vida y la libertad de otros seres, de los cuales no tenían ni la más mínima noticia.

La cuestión de los yámanas no se limitaba al lamentable hecho de sangre. El juicio puso en evidencia las contradicciones que ocultaba la Misión, sobre todo entre sus miembros principales:

el reverendo George Pakenham Despard y el capitán Parker Snow.

El propio Smyley me relató, aquella larga noche anterior al juicio en Puerto Stanley, en qué circunstancias había encontrado a Button cuando fue enviado por la Misión a socorrer a la *Allen Gardiner*, de la que no se tenían noticias desde hacía tres meses. La *Nancy* buscó en los canales en medio de un silencio aplastante. Había algo anormal en aquella calma, decía Smyley, que contagiaba de inquietud a los hombres en cubierta. Sabían que estaban siendo vigilados. Las columnas de humo los acompañaron unas cuantas millas; después, de pronto, desaparecieron. Al encarar el estrecho Murray, en una pequeña bahía vieron el barco. La *Allen Gardiner* se mecía a la deriva; los palos desnudos, sin velamen ni cabos.

Smyley no era hombre de amedrentarse y tenía la tripulación armada. Mandó bajar un chinchorro y se acercaron a la playa, a la zona donde los misioneros habían construido la casa. Vieron en seguida que allí había ocurrido una calamidad. Estaban amarrando los botes cuando, para espanto de todos, un hombre blanco, desnudo, salió gritando de atrás de los árboles de la playa y corrió a refugiarse entre ellos en medio de una especie de ataque de locura. Era Alfred Coles. Su estado era deplorable y apenas si podía hablar. Smyley mandó a Coles de inmediato a la *Nancy* y enfiló su chalupa hacia la *Allen Gardiner*.

—Hay algo escalofriante en un barco abandonado — reflexionó Smyley—. Ni una rata había quedado a bordo.

Los pasos de los hombres resonaron en la desolación de la cubierta. No quedaba nada, lo habían desmantelado hasta la última soga. Cuando bajaron a bodega, el golpe del agua en el casco sonaba lúgubremente a hueco. Para cualquier marino, aquél era un

espectáculo deprimente que despertaba sentimientos supersticiosos difíciles de dominar.

—Todo el tiempo —me dijo Smyley— sentíamos el acecho, las miradas de los canoeros clavadas en la nuca, aunque no podíamos divisar a ninguno. Seguramente nos vigilaban escondidos, con las piedras listas en las hondas, entre los arbustos de la playa.

Entonces Smyley había hecho algo que a sus hombres les erizó el pelo en la nuca. Se inclinó sobre la borda y con todas sus fuerzas gritó hacia la costa:

—¡Jemmy Button!

Le contestó el aletear furioso de unos cormoranes.

—¡Jemmy Button! —volvió a gritar con todas sus fuerzas.

La bahía permaneció igual de quieta y silenciosa. Cuando se disponían a abandonar la *Allen Gardiner*, ante el asombro de todos, una voz ronca los paralizó.

—¡Jemmy Button, aquí!

Una canoa ocupada por unos cinco yámanas apareció detrás del promontorio rocoso en la entrada de un brazo de mar. De pie en la proa venía un hombre.

—Aunque nunca lo había visto —dijo Smyley—, supe que aquel salvaje era Jemmy Button.

Smyley es un típico hombre de mar, curtido por cientos de tormentas, y su pasión, en la que se desempeña desde hace décadas, es el rescate de náufragos. Es estadounidense, no depende de ninguna autoridad e Inglaterra no tiene jurisdicción sobre él. Es un hombre práctico, a quien no conmueven historias como la de Jemmy Button. No le interesan los indios. Simplemente, cuando lo tuvo en cubierta lo encañonó con su arma mientras sus marineros lo rodeaban, igualmente armados.

—Button no parecía impresionado por las armas —dijo

Smyley—. De ser así no hubiera acercado su canoa como lo hizo ni hubiera subido a bordo dejando a sus hombres abajo. Sólo después de que Button habló y dejó expresamente en claro que quería venir a las Islas a declarar, a dar cuenta de los hechos, se restableció la calma. Pasaron a la *Nancy*, levaron anclas y pusieron proa al norte.

Smyley desembarcó en las Islas con la terrible noticia de los asesinatos y con los dos testigos.

Hoy hace cuatro meses que llegó la carta. Estamos en febrero. El mediodía derrite los contornos de las cosas, el horizonte se diluye en una reverberación inmóvil. Lo único que subsiste en esta hora plana es el bucheo de las palomas que, sin razón explicable, espero, acostado en el catre. Las tormentas se forman, se descargan y pasan, pero el aguacero apenas alivia el calor. Desde hace unas semanas escribo de noche. Durante el día me gana la pereza. Miro a Graciana vaciarse jarras de agua de lluvia sobre su pelo negro y fino. No hago nada, la mente repleta de recuerdos e imágenes que no alcancé a escribir o no supe contar.

La historia de Button, el extraño destino que nos unió forman un interrogante que permanece sin respuesta. Una cosa sé: las palabras que, mal o bien y sin que nadie me obligara, yo mismo dispuse sobre estos papeles se han vuelto hacia mí y es como si me miraran esperando una respuesta que no tengo.

Para el que lo escribe, un relato es como un espejo, mister MacDowell o MacDowness.

Hay noches en que siento el peso insostenible de la historia de Button, de su gente, como si yo mismo, como si mis acciones hubieran tenido responsabilidad sobre su vida y su muerte. Vuelve entonces su gesto de despedida en la popa de la *Nancy*, un gesto de

algún modo insondable, envuelto en esa ambigüedad que para nosotros, los blancos, inevitablemente rodeaba todas las acciones de Button. Ambigüedad que sólo se abolía cuando alcanzaba cierta expresión particular en su mirada, un punto de confluencia en el que, al menos eso creía yo, los dos nos entendíamos. Pero, ¿será realmente que nos entendimos o soy yo quien imaginó entrar, a veces, en el ancestral mundo de Button? ¿Qué veía él a su vez cuando me miraba? ¿Un camarada, un hombre pretencioso, un blanco venido del este? Estas preguntas abren un vacío en el que no me reconozco.

Esta madrugada, no me avergüenza confesarlo, pendí de un delgado hilo de pánico. Me aferré al cuerpo dormido de Graciana como quien se aferra a un obenque en la tormenta.

Después, insomne, salí al patio; la llanura era una lívida línea sin nombre ni fin.

El asesinato de los misioneros había conmovido la opinión pública inglesa y esa onda expansiva había llegado a las Islas como un *boomerang* que devuelve, magnificada por la opinión de la metrópoli, la importancia de hechos que en estas inclemencias pasarían sin tanto escándalo. Pero la verdad es que detrás del juicio a Button se movían otros intereses y decisiones que ahora se despliegan ante mí con mayor claridad.

Me enteré de las novedades recorriendo la única calle de Puerto Stanley. En todo lugar se opinaba del caso y se discutía acaloradamente. Parker Snow, el capitán de la Misión despedido por Despard, no era hombre de ocultar sus opiniones y parecía andar buscando prosélitos. Su presencia había encendido los ánimos. Se consideraba mortalmente agraviado por Despard y por la Misión, y llevaba adelante en Londres un juicio aparte por su

despido.

En los corrillos de los porches sacudidos por el viento, los hombres comentaban lo recientemente narrado por Parker Snow: que los yámanas estaban furiosos con la Misión, que pretendía llevarse a su gente: que él mismo, Parker Snow, había presenciado una aparición escalofriante: había visto a Button, más salvaje que ninguno, pintada la cara de negro y el cuerpo cubierto de rayas y puntos blancos, pasearse por la playa como una fiera sabiendo que los blancos estaban requisando a su gente en el barco, y que a una seña de él, los que estaban a bordo se quitaron las ropas, se arrojaron al agua y subieron a las canoas dejando todo lo que traían en cubierta. Había una gran hoguera y se veía a Button, una silueta negra recortada contra el resplandor en la playa, con sus trescientos hombres atrás iluminados por el fuego y con unas cincuenta canoas amarradas y dispuestas. En su tono exaltado, Snow dijo que había sentido pánico. Levó anclas y volvió a la Misión para prevenir sobre esto, pero nadie le hizo caso.

Había dos bandos encontrados: las autoridades de Puerto Stanley y los misioneros de isla Keppel, en la Malvina occidental. El gobernador Moore no tenía simpatía por la Misión; la eficiencia inglesa, uno de los orgullos nacionales, había sido puesta en tela de juicio ante aquel descuido insensato. Tampoco Moore había sido partidario de una expedición punitiva contra los indios; no había fondos. Ni la incipiente industria ovejera ni los colonos querían complicaciones con misioneros e indios. A su vez, la Misión, en la figura de su jefe, el reverendo Despard, no admitía ser juzgada por lo ocurrido en tierra y aceptaba la autoridad del gobernador Moore sólo en el caso de la pérdida y el abandono del barco. Por su parte, entre los pobladores, algunos tenían simpatía por los yámanas y por Jemmy Button. Otros, profundamente indignados, aconsejaban castigarlos, organizar una expedición punitiva o, en el mejor de los

casos, dejar a aquellos salvajes abandonados a su suerte.

Un cobertizo amplio, construido de piedra y madera. El viento antártico se descuelga por el tubo de la estufa de hierro produciendo ese gemido particular y lúgubre que los que hemos vivido en el sur conocemos, y al cual uno se acostumbra o se vuelve loco. Ese es el Palacio de Justicia de Puerto Stanley.

Al frente, una mesa rectangular con cuatro sillas esperaba ser ocupada por los notables de la Isla en función de Tribunal. A derecha e izquierda, otras dos sillas estaban destinadas al único testigo y al acusado. Contra la pared, un largo banco recibiría a los que, directa o indirectamente, tenían algo que decir en relación con el asesinato de los misioneros. Temprano empezó a llenarse el lugar. Culminaba la larga y ansiosa espera de los isleños desde que supieron del suceso y nadie quería perderse la posibilidad de presenciar el juicio. Button y Coles, los actores principales del drama, habían sido el tema favorito de Puerto Stanley en los últimos tiempos. Casi nadie los conocía y esto creaba una expectativa adicional.

En la sala habían sido dispuestos bancos largos; también había sillas contra las paredes como en los salones de baile, dejando apenas un angosto pasillo para que la gente circulara. A la derecha del Tribunal, una pequeña puerta daba a otra habitación. En la misma pared y en el extremo opuesto, otra puerta daba a una habitación angosta y larga, en la que se dispuso una mesa como mostrador donde se ordenaron bebidas calientes y unos bocadillos para el momento del receso.

Reinaba un clima de camaradería para nada trágico ni acorde con la causa que iba a ser juzgada. En parajes tan lejanos e inhóspitos la sociabilidad es un lujo y los presentes disimulaban

apenas la excitación de encontrarse reunidos frente a un acontecimiento casi teatral que les recordaba la civilización. Había muy pocas mujeres. No hablé con nadie y nadie me habló. Yo era un extraño, como podía serlo cualquier marinero llegado en un barco en fecha reciente. Por las dudas, tenía mi respuesta preparada: era oriundo de Newport, incorporado a la tripulación del ballenero *Kimberley*, en Montevideo. Nadie vino a preguntarme quién era.

Los murmullos fueron creciendo hasta que se vio que la puerta lateral se abría. La gente guardó silencio y ocupó sus asientos. Muchos quedaron de pie. Mi posición era buena y podía ver y escuchar sin ninguna dificultad.

El tribunal o Comisión Investigadora estaba dividido en dos cuerpos: por un lado, Moore, el gobernador de las Islas, y el secretario de la Compañía de las Islas Falkland, que permanecieron un poco al costado ya que tenían parte en el asunto que se trataba. Por otro, la comisión propiamente dicha, que ocupó la mesa en el frente: el señor Fortescue, representante del Ministerio Colonial y de su jefe, el duque de Newcastle; el reverendo Bull, capellán de las Islas; el secretario de la Misión Patagónica y un relator o fiscal, el señor Logden.

En un banco largo contra la pared se sentaron los testigos: el reverendo Despard, jefe de la Misión Patagónica, la señora Despard, el capitán Smyley, el señor Lane, abogado del reverendo Despard, y un hombre inquieto y nervioso: el capitán Parker Snow. Eran las diez de la mañana, como podía verse, detrás del Jurado, en el reloj de pared que en ese instante comenzó a dar las campanadas, leves y musicales. Sonaron de manera anacrónica en aquel silencio de recinto público.

El señor Logden se adelantó y habló fuerte y claro².

SR. LOGDEN:

“Se constituye esta Comisión Investigadora para aclarar y dar veredicto. Primero: sobre el abandono del barco británico *Allen Gardiner* en la Isla Navarino, en la Tierra del Fuego, bajo las secciones 432 y 433 del Acta 1854 de la Marina Mercante. Segundo: sobre lo ocurrido el 6 de noviembre de 1859, en Tierra del Fuego: la masacre del catequista jefe, del capitán Fell y de toda la tripulación (con una excepción) del barco misionero *Allen Gardiner*, perteneciente a la Sociedad Misionera Patagónica. Con este propósito, se hace ingresar a este recinto al único sobreviviente y testigo de la masacre, el cocinero de la *Allen Gardiner*, Alfred Coles.”

Se abrió la puerta lateral y, acompañado por un alguacil, entró el único testigo directo del caso. Le hicieron tomar asiento en la silla a la derecha del Tribunal.

Los tres meses de convivencia entre los yámanas se veían en el aspecto lastimoso de Coles. Tenía una flacura extrema, piel y huesos, el cuello le bailaba dentro de la camisa. Su cara, además de

² Una copia en inglés de las actas estaba adosada a los siete pliegos del relato de Guevara. Se ignora cómo llegó a su poder. Los testimonios de Smyley, de Coles y de Jemmy Button son textuales. No nos consta, en cambio, que el Rev. Despard, su mujer y Parker Snow hayan asistido al juicio. Las palabras que les atribuye Guevara, sin embargo, se ajustan casi puntualmente a cartas y documentos del *Public Record Office*, de Londres (Nota del editor).

macilenta, se veía horrible: todavía no le habían vuelto a crecer del todo las cejas que los yámanas, siguiendo su gusto por lo lampiño, le habían afeitado con conchillas afiladas. Más que un hombre, Coles parecía un muchacho escuálido que nunca podría salir del estado de shock. Su mirada recorría el lugar de un extremo al otro sin detenerse en nada.

No habíamos terminado de asimilar la presencia de Coles, cuando el relator anunció:

SR. LOGDEN:

“Se hará ingresar ahora al prisionero, imputado de liderar la masacre perpetrada contra los misioneros en Wulaia: el nativo yámana de la Tierra del Fuego, James Button.”

Una marea de nerviosismo recorrió la sala a la mención de este nombre. Todos intentaron mirar entre las cabezas y los hombros de los de adelante hacia la puerta lateral del recinto. Pero la puerta no se abrió. Button había debido esperar su turno afuera y apareció por la entrada principal; los de adelante giraron ruidosamente cuerpos y sillas para mirar al que ingresaba. Como a Coles, lo acompañaba un alguacil. Lo vi avanzar por el angosto pasillo que se abría entre los bancos y las rodillas de los asistentes hacia el frente del recinto.

Jemmy Button. Había envejecido en todo menos en la manera de caminar y de moverse. Los ojos estaban más hundidos en la cara, sus manos y brazos parecían ramas quemadas, pero el torso era poderoso y tenía dignidad. Llevaba una camisa marinera azul y un pantalón informe que le llegaba algo más arriba de los

tobillos. El pelo hirsuto le caía hasta los hombros. Cuando ocupó su lugar y quedó frente a la asamblea silenciosa, hizo un gesto, una especie de sonrisa leve. Tal vez por ser nuevamente el centro de la atención de los blancos o porque esa reunión inusual de hombres graves y silenciosos tenía un remoto eco de las ceremonia de iniciación bajo el gran wigwam. O tal vez se trata de un falso recuerdo. Sus pies chatos y enormes se posaban sobre el piso con desconfianza. Sus pies eran algo aparte del cuerpo. Acostumbrados al filo de las piedras, a la quemadura del hielo, a las conchillas punzantes, tenían vida propia y semejaban dos pequeños animales a la defensiva. Ahora Button se había sentado y enganchaba los talones en el travesaño de la silla, como buscando un punto de apoyo y así permaneció, aparentemente tranquilo. Supe ver los casi imperceptibles signos de que estaba preparado y completamente alerta. Se encontraba en un recinto cerrado, adverso a un yámana.

Dos o tres veces su mirada inexpresiva recorrió la sala y pasó deslizándose sobre mi cara sin reconocermé aunque hubo un leve latido, una mínima modificación antes de que se sentara, que no supe en ese momento si correspondió realmente a lo que vi o a mi imaginación. Para Button, todos esos hombres blancos barbados, cubiertos con gruesas ropas superpuestas que ocultaban cualquier particularidad del cuerpo, podíamos parecer iguales. Como supe después, me había reconocido; pero no sabía si yo estaba allí a su favor o si era su enemigo.

No hubiera podido no verme. Sin darme cuenta, yo me había puesto de pie cuando entró y así me quedé hasta mucho más tarde.

Allí estaba Omoy-lume, venido del Cabo de Hornos a declarar por su propia voluntad. Tuve un pensamiento perturbador, algo que sentí con una fuerza que a usted le resultará difícil comprender, mister MacDowell o MacDowness. Ese hombre aparentemente miserable, ese cazador de focas que llevaba el

fuego consigo adondequiera que fuese como una señal de lo que había logrado, de que se había elevado sobre las bestias y sobre la noche helada del fin del mundo; ese hombre al que los europeos difícilmente dieran el estatuto de hombre, ya que para ellos carecía de los atributos esenciales para decretarlo humano —no tenía su religión, ni su forma de vida, ni sus ropas—; ese hombre en definitiva era el único en esas Islas que podía sentarse con derecho sobre una piedra. Hombres como él habían sido los habitantes naturales de estas tierras. Él y los suyos eran los dueños del hielo y de las piedras, los únicos poseedores de los guanacos y las focas, de las algas y los mariscos de la playa, y lo eran desde miles de años atrás.

Ni en los días previos a la investigación en Puerto Stanley, ni en Londres en mis viajes, ni nunca en los barcos que cruzaban el Cabo de Hornos había escuchado una sola palabra que pudiera reflejar un principio de esta idea elemental. Su mera formulación habría escandalizado desde el gobernador Moore y los misioneros hasta el último asistente a aquel juicio. Nadie estaba dispuesto ni siquiera a considerarlo; en ese punto todos estaban de acuerdo sin necesidad de palabras. Y Jemmy, como los suyos, había comenzado a sospecharlo.

Lo que le estaba sucediendo era desproporcionado. Pero, ¿por qué había venido? Si lo había hecho era porque el sentimiento de estar en su tierra le otorgaba en el fondo un mínimo de seguridad. ¿Era eso? ¿O era un acto de soberbia? ¿O de arrojo, de amor por su gente? ¿Iba a inmolarse por su tribu? ¿Había pensado que al presentarse podía quedar prisionero? Pero, sobre todo, ¿cómo regresaría a sus islas? No sabía qué contestarme.

Como el que se despierta, volví a percibir las caras y los rumores alterados de los presentes ante el supuesto responsable, ante el salvaje. Yo era el único que estaba de pie. Alguien me tocó

la espalda para que volviera a sentarme. Button no volvió a mirar hacia donde yo estaba.

El relator golpeó la mesa para que se hiciera silencio. Lo único que me preocupaba era cómo iba a lograr volver; qué haría para que los blancos lo dejaran volver a Wulaia.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal pide que Alfred Coles, de veintitrés años de edad, cocinero de la goleta *Allen Gardiner*, relate ante este Tribunal los sucesos de los cuales fue testigo el día 6 de noviembre de 1859.”

Coles dio un respingo en la silla. Tuve la curiosa sensación de que exageraba, tal vez para ganarse la compasión del público; aunque así hubiese sido, Coles no inspiraba otra cosa que piedad. Se le presentó una Biblia y juró con la mano sobre ella, tal como se le indicó. Tragó saliva ostensiblemente, como si tuviera una obstrucción en la garganta. A cada momento echaba una mirada recelosa hacia Button, que no lo miró ni una sola vez.

ALFRED COLES:

“Yo era cocinero de la *Allen Gardiner* cuando dejó Keppel para llevar de vuelta a los nueve nativos a Wulaia, a la isla Button; eran tres hombres, tres mujeres y tres niños. Vinimos de Keppel a Stanley. Cuando dejamos Stanley por la costa, entramos a Sparrow Cove, salimos por el puerto

Mare y desde allí fuimos hacia puerto Ship y de ahí hacia Wulaia. Estuvimos en Wulaia dos domingos, el segundo domingo fue el día de la masacre, el 6 de noviembre.

”En la mañana de la masacre toda la tripulación, excepto yo, bajó a tierra y mientras estaba cocinando la cena me di cuenta de que dos jodidos salvajes quitaban los remos de los botes en la playa. Unos pocos minutos después se alzó una gritería y vi a nuestros hombres salir corriendo y tropezando de la caseta por la playa y a los nativos persiguiéndolos con garrotes y piedras, golpeándolos hasta tirarlos en la playa con garrotes y palos. Arrojabán las piedras en todas direcciones con gritos horribles. La caseta de madera estaba a unas doce yardas de la playa. Cuando llegaron a la playa a todos los golpearon menos al catequista y a otro hombre, un sueco, quienes trataron de lanzar un bote al agua. Entonces Billy Button, el hijo de Jemmy Button, uno de los salvajes cuyas cosas habían sido revisadas, tomó una piedra y se la estrelló en la cabeza al catequista Phillips, a un costado de la cabeza que le brotó sangre y lo tiró dentro del agua.”

Un rumor horrorizado, sobre todo de las damas presentes, recorrió la sala.

“Vi al capitán y a su hermano asesinados, uno al lado del otro en la playa, llenos de sangre, tirados de boca. Los pude distinguir bien claro y vi todo, a todos menos al viejo Hewey, asesinados en la playa. Descolgué un maldito bote y salté adentro. Remé lo más rápido que pude y escapé hacia el bosque. Una canoa me perseguía, pero bajé a tierra, corrí

todo lo que pude, me metí en el bosque; los jodidos salvajes me seguían de cerca, pero me metí entre el bosque y en seguida me trepé a un árbol.”

La agitación de Coles le impidió continuar, se estremecía y hacía un extraño movimiento con los hombros. En medio de un silencio total, Logden le puso una mano en el hombro y buscó un vaso de agua de la mesa del Tribunal. Coles lo bebió sin respirar.

“Los nativos no me persiguieron dentro del bosque. Desde arriba del árbol vi a los salvajes remolcar mi bote y llevarlo hasta el mismo lugar donde estaban los otros botes. Después de un rato, me bajé del árbol y me interné en el bosque otra vez. No tenía nada que comer. Cuatro días después, volví a la playa y arranqué unas lapas de las rocas. Luego de unos doce días de comer lapas y mejillones, me doy de narices con algunos nativos. No me hicieron nada. Me llevaron con ellos y me dieron algunos mariscos y pescado, pero me sacaron toda la ropa. Me dejaron solamente el cinturón y el aro en la oreja. Querían arrancarme la barba de raíz, pero no pudieron; me afeitaron la cara y las cejas con una conchilla filosa. Estuve diez días con estos nativos, desnudo. Me llevaron de vuelta hasta la goleta, viajando con ellos día tras día. Había cerca de dieciocho o veinte de esta tribu. Cuando estuve de vuelta en la goleta, allí me doy de narices con Jemmy Button y su hermano Tommy.”

Coles sacudía la cabeza asintiendo, como queriendo

reafirmar: sí, esos estaban allí. Señaló a Button.

“Eran ellos y los de su grupo. Todo había sido saqueado, todo lo que se pareciera al hierro, arrancado; los fanales de cubierta, arrancados; los ganchos y argollas de los aparejos, arrancados; el velamen, arrancado de las relingas de los palos. No había rastros de provisiones de ninguna clase a bordo. No había nada salvo basuras desparramadas. Las velas cangrejas habían sido cortadas en pedazos para poder quitarles el acero de los ganchos. Al timón se lo habían llevado, y las escaleras de la cabina, sacadas de cuajo. A partir de ese momento, permanecí con los nativos, viajando con ellos todo el tiempo, porque van de un lado al otro sin cesar, hasta que vino la *Nancy* a rescatarme. Pude hablar con dos niños de la tribu que habían estado en Keppel y ellos me contaron que Jemmy Button y otros habían subido a bordo de la *Allen Gardiner* la noche de la masacre y que Jemmy Button esa misma noche había dormido en la cabina del Capitán, en su propia cama.”

Aquí Coles volvió a señalar a Button como si no quedara claro de quién estaba hablando. Otra vez, un murmullo de estupor e indignación recorrió la sala. Alentado por el efecto que estaba causando, la voz chillona de Coles se soltó casi en un grito.

“Yo creo, señor, yo creo que la causa de la masacre fue que Jemmy Button estaba celoso, envidioso porque no se le había dado lo mucho que pensaba que merecía. ¡No le

habíamos dado regalos! ¡No quiere a los blancos...! ¡Estoy seguro de que fue el instigador, la cabeza de toda la completa masacre!”

Temblaba de pies a cabeza. Lo hicieron sentar un momento, pero en seguida se puso de pie, dominado por sus propios nervios.

“Lo que pasó con las carcasas...”

SR. LOGDEN:

“¿A qué se refiere con carcasas?”

ALFRED COLES:

“Los cadáveres. No sé qué pasó con esos cuerpos. No sé si fueron comidos, quemados o tirados al agua. Uno de los chicos indígenas también me dijo que habían visto a Jemmy pelear. No lo distinguí a él entre el resto, todos con las caras pintadas. No puedo decir de él. Puedo decir de Billy Button: su hijo fue el que mató al catequista. Pienso que deben haber sido unos trescientos juntos, con mujeres y chicos, antes de que llegaran los asesinos, gritaban todo el tiempo que estuvimos allí. Cuando volví al lugar sólo estaba Jemmy Button, su familia y unos pocos más. Me dijo que todavía quedaba un hombre vivo. No le creí para nada. Yo había visto asesinar a todos menos al viejo Hewey y los muchachos me habían dicho que lo habían matado en la

caseta. Fui a la caseta muchas veces. No había piso, no había ninguna marca de nada. Subí a bordo e hice mi declaración ante el capitán Smyley.”

SR. LOGDEN:

“¿Se registraron las bolsas de los nativos?”

ALFRED COLES:

“Sí. Se los registró al día siguiente de llegar a Wulaia porque se habían perdido muchas cosas. El capitán insistió en buscarlas.”

SR. LANE:

“¡Objeción a esa pregunta!”

El abogado del reverendo Despard se había puesto violentamente de pie.

“Esta parte de la investigación no puede extenderse a la causa de la pérdida de vidas humanas en las costas de la Tierra del Fuego. Además, para probar la jurisdicción se depende de las palabras ‘en otra parte’, de modo que no hay ninguna autoridad asignada al Ministerio de Comercio en las Islas Falkland para conducir esta investigación.”

El secretario asintió.

SR. LOGDEN:

“¿Fue la pérdida de vidas humanas en la costa el motivo del abandono del barco?”

ALFRED COLES:

“Sí.”

SR. LANE:

“Una investigación por la causa de la pérdida de vidas humanas no tiene concordancia con el Acta del Parlamento, que limita la investigación a la causa del abandono del barco.”

El Tribunal se consultó. El reverendo Despard seguía la deliberación con la vista fija en ellos. El representante del Ministerio Colonial, señor Fortescue, expresó:

SR. FORTESCUE:

“El Tribunal opina que existe un poder absoluto para investigar cualquier asunto que ocurra a bordo de una embarcación, como así también en la causa de las pérdidas

humanas. Por lo tanto, habiendo delimitado el hecho de que el abandono del barco se debió a la causa de pérdida de vidas humanas en la costa, puede ahora proseguirse con la segunda parte de la investigación: causas de la masacre. Prosiga.”

SR. LOGDEN:

“¿Se registró a los nativos al llegar a Wulaia?”

ALFRED COLES:

“Se revisaron las bolsas de los nativos que estaban a bordo porque habían desaparecido algunas cosas y entre sus ropas se encontraron un arpón, un pañuelo de seda y un cuchillo de acero. Esto no les gustó a los salvajes, que habían rechazado el registro; estaban muy enojados. Uno de ellos, un tipo corpulento llamado Swyamuggins agarró al capitán por el cuello y lo sostuvo arriba sobre la pasarela; el capitán tuvo que darle un golpe para defenderse. Después saltaron a sus canoas y se fueron a la costa. Entre ellos estaba Billy Button.”

SR. LOGDEN:

“Durante los quince días que permanecieron en la isla Navarino, antes de la masacre, el capitán y sus hombres ¿estaban armados?”

ALFRED COLES:

“Estaban armados con hachas para cortar leña.”

SR. LOGDEN:

“El testigo puede sentarse.”

Coles parecía más tranquilo. Volvió a su silla.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal llama ahora a declarar al superintendente de la Misión Patagónica, el reverendo Despard.”

Despard, un hombre enjuto, vestido de negro, se puso de pie y avanzó unos pasos. Logden tenía la Biblia en la mano.

REVERENDO DESPARD:

“Me niego a jurar.”

TRIBUNAL:

“Se le ratifica que debe hacerlo.”

Después de meditarlo unos momentos, Despard juró con la mano sobre la Biblia.

SR. LOGDEN:

“Reverendo Despard, ¿puede darnos alguna evidencia de la causa del abandono del barco por los nativos?”

REVERENDO DESPARD:

“No puedo.”

SR. LOGDEN:

“¿Sabe de alguna amenaza o palabras amenazantes usadas por los nativos en Keppel antes de embarcar?”

REVERENDO DESPARD:

“Me niego a contestar.”

SR. LOGDEN:

“¿Oyó alguna amenaza?”

REVERENDO DESPARD:

“No tengo recuerdos precisos.”

SR. LOGDEN:

“¿Alguna vez los nativos en Keppel intentaron provocar algún atropello o amenazaron a los colonos o misioneros?”

REVERENDO DESPARD:

“No.”

SR. LOGDEN:

“¿Revisó usted los bolsos de los nativos en Keppel?”

REVERENDO DESPARD:

“Me niego a contestar.”

Era evidente que el jefe de la Misión Patagónica tenía mucho que perder. En la otra punta del banco de los testigos, se movía inquieto el primer capitán de la *Allen Gardiner*, Parker Snow, destituido por insubordinación por Despard. Su descargo había aparecido en palabras encendidas contra la Misión en el *Times* que tengo en mi poder y al cual ya hice referencia. Era evidente que buscaba una revancha pública y con ese propósito había recorrido las calles de Stanley el día anterior. No miraba a

Despard cuando éste hablaba.

Button había permanecido todo el tiempo inmóvil. Casi podía decirse que se habían olvidado de su presencia. Supuse que el calor del recinto debía agobiarlo. Había concluido la parte correspondiente al abandono del barco. Despard hizo unas señas que pedía hablar después. La señora Despard, en el banco junto a su marido, pareció sufrir un desmayo. Otra mujer se acercó y le hizo aire con un pañuelo; el alguacil al lado de Coles le alcanzó un vaso de agua. Esta escena se desarrollaba a espaldas del fiscal que hacía unos minutos, y sin saber qué ocurría atrás, había empezado a hablar. La señora Despard se veía repuesta. Coles, los hombros y la espalda encorvados, las manos entre las rodillas, miraba ausente el fondo del salón.

SR. LOGDEN:

“... pueden imaginarse, entonces, señores del Tribunal, el estremecimiento de horror que sacudió a Londres la mañana en que el ciudadano común pudo leer que en el Cabo de Hornos había tenido lugar la peor traición que se pudiera imaginar. Allí, misioneros anglicanos seguidores de la abnegada empresa de Allen Gardiner, muerto por inanición una década antes, en una cueva después del naufragio de su barco y cercado por los indios, habían llegado en la goleta llamada precisamente *Allen Gardiner*, habían levantado con premura misionera, y bajo la mirada distante y neutra de los yámanas que observaban desde sus canoas o las playas cercanas, una casa de madera, un cobertizo que pudiera albergar los oficios religiosos, y el domingo 6 de noviembre de 1859, mientras el cocinero Coles permanecía a bordo

como el único relevado del oficio religioso para esperar la vuelta con un almuerzo de festejo y, por esta misma circunstancia, el único testigo viviente de lo ocurrido, en esa mañana que pudo y debió ser leída en Londres más tarde como la mañana en que la fe venció al indómito salvaje, los traicioneros indígenas esperaron que los misioneros estuvieran entonando sus himnos dentro del cobertizo para atacarlos y masacrarlos, como hemos ya oído, sin la más mínima piedad. Si esto se supo, si esto llegó a saberse, fue porque el horrorizado Coles subió de la cocina a cubierta y allí, aferrado a la borda presencié la matanza más atroz que ojos humanos pudieran presenciar sin enloquecer.”

El fiscal se detuvo, fue hasta la mesa y se sirvió un vaso de agua; lo bebió.

“Pero, señores, toda esta horrible historia tiene un agravante, un matiz todavía más siniestro que lo que acabo de contar, porque el que encabezó esta matanza, quien llevó a cabo este crimen no ya contra la Misión Patagónica sino contra Inglaterra, fue alguien a quien Inglaterra cobijó y educó, fue alguien en quien Inglaterra había puesto sus esperanzas civilizadoras sacándolo de la tenebrosa barbarie, del farfulleo, de la desnudez y de la intemperie para elevarlo a la lengua inglesa, a las ropas decentes, a la civilización. Fue alguien que tuvo el privilegio de una audiencia real y sobre quien los ojos de nuestro soberano se posaron con esperanza y con piedad.”

No pude en ese momento, ni puedo ahora, míster MacDowell o MacDowness, dejar de recordar la justa fama de borracho y libertino que tenía Guillermo IV.

“Este hombre, llevado a Londres y devuelto educado al Cabo de Hornos era la esperanza de un enlace y pagó al Reino con el asesinato de misioneros inocentes.”

Como había sucedido con Coles, todos miramos a Button, sentado en su silla, a la izquierda del estrado. Ni un solo gesto denunció si había comprendido o no lo dicho por el fiscal.

SR. FORTESCUE:

“El Tribunal llama ahora a declarar al superintendente de la Misión Patagónica, el reverendo Despard.”

Despard dejó el banco junto a su mujer y se adelantó unos pasos.

REVERENDO DESPARD:

“Comparezco sólo a fin de mostrar buena voluntad. Este caso se proseguirá ante un tribunal en Londres, donde presentaré todos mis descargos. Hecha esta aclaración, permítanme ahora retrotraerme al pasado. Este hombre, este nativo llamado Jemmy Button, fue comprado por cinco

botones, veintisiete años atrás por el capitán Robert Fitz Roy y llevado a Inglaterra. Fue tratado con extrema amabilidad y transportado de regreso a su hogar dos años después. Con él contactó la Misión cuando nos instalamos en Keppel y en él confiábamos. El año pasado, sin persuasión mediante, este hombre trajo a su esposa y tres niños a la Misión y aquí vivieron conmigo. Se lo trató con hospitalidad y condescendencia, se le lavaban las prendas, se horneaba pan para él todas las semanas, se movía entre nosotros con absoluta libertad y no tenía ninguna labor, salvo mantener su casa y los utensilios limpios...”

PARKER SNOW:

“¡Objeción! ¡Objeción a todo lo que está diciendo!”

Se había puesto de pie y, sin que nadie pudiera impedirlo, comenzó a hablar a borbotones.

PARKER SNOW:

“¡Como ya lo he hecho reiteradamente, pido justicia y alerta al Gobierno de su Excelencia sobre los hechos de la Misión Patagónica! Fui obligado a dejar mi cargo por expresar abiertamente mi opinión y por negarme a colaborar con la estación misionera, que engañaba a los nativos. El plan de operaciones de la Misión era llevar a los nativos a la fuerza a la isla Keppel, hacerlos trabajar sin pago, ya que de allí no

podrían escapar... ¡Fui despedido sin contemplaciones! No he tenido en absoluto justicia a pesar de mi reiterado pedido a las autoridades. La Sociedad Misionera Patagónica junto con el Gobierno de Su Majestad son responsables ante la patria por los actos permitidos a sus funcionarios y por la matanza de nuestros compañeros en Wulaia, pero ¿por qué debería sorprenderme...?”

SR. LOGDEN:

“Por favor, vuelva a su sitio hasta que sea llamado.”

PARKER SNOW:

“¿Por qué debería sorprenderme? ¡Soy uno más entre miles, como lo testifica la jurisprudencia: aquel que se oponga a la influencia de la riqueza o el poder no puede obtener justicia!”

SR. LOGDEN:

“¡Suficiente! El testigo Parker Snow declarará cuando lo llame este Tribunal. Haga el favor de sentarse.”

Un rumor creciente recorrió la sala. A duras penas, un funcionario pudo hacer que el antiguo capitán de la *Allen Gardiner* ocupara otra vez su lugar. La señora Despard sacudía la cabeza, indignada, y el reverendo Despard hablaba con su abogado, el

señor Lane. Llevó unos minutos restablecer el orden. Logden le pidió al reverendo Despard que continuara. El hombre parecía estar a punto de quebrarse. Se rehízo momentáneamente y continuó.

REVERENDO DESPARD:

“Se trajo de buena voluntad a Button y a su mujer a las Islas un año atrás. Button parecía realmente contento de mostrar a sus amigos ingleses sus hijos, especialmente el mayor, de unos ocho años, al que intentamos hacer conocer algo de Dios, Nuestro Señor. Pero faltaba todavía para que el niño pudiera comprender, apenas había aprendido algunas palabras del inglés. Pasaron el invierno y la primavera con nosotros, en nuestra estación misionera y se ganaron nuestra voluntad, esto bien puede decirlo la señora Despard...”

Nadie objetó que hiciera participar a su mujer sin que el Tribunal la hubiera llamado y sin que tampoco prestara juramento. El reverendo parecía abrumado y cedió la palabra a su esposa que no titubeó en continuar. Tenía las manos unidas, sujetando un pañuelo contra el pecho.

SRA. DESPARD:

“Voy a decir que cuando nos dejaron para volver a Tierra del Fuego los extrañamos enormemente. Nunca hicieron algo que nos ofendiera o disgustara: la cortesía de Jemmy

era extrema. Nunca había visto a Jemmy más agradecido. Siempre estaba limpio.”

La señora Despard echó una involuntaria mirada hacia donde se encontraba Button, pero éste permaneció inmutable, con los ojos entrecerrados. La señora Despard hablaba sinceramente, como si se refiriera a un perro doméstico.

“Jemmy recordaba muy bien su inglés y nos entendía mejor de lo que nosotros lo hacíamos con ellos. Sabía, él sabía que hay un Dios creador de todas las cosas y sabía de nuestro bendito Salvador. Sin embargo... Yo le dije: ‘Jemmy, ¿volverás con nosotros?’. Y él dijo que no lo podía prometer. ‘Quizá’, dijo, ‘no lo puedo decir ahora.’ Los fueguinos son muy holgazanes; no iban a buscar la leña. Un día le dije: ‘James, Dios ama a los hombres buenos; los hombres buenos no son holgazanes. Dios no ama a los inútiles’, y él asintió y me dio a entender que había comprendido. Pronto estuvo trabajando fuerte en la Misión. Y había que oír a su familia. ‘Si usted lo desea’, ‘gracias’, ‘buen día’, se escuchaba en todo momento; en inglés, naturalmente. Daban gracias por la comida y hacían sus oraciones nocturnas. Yo no podía dejar de estar complacida viendo cómo progresaba el morenito, el pequeño, bajo las instrucciones de mis hijos... ¡Cuánta labor! ¡Cuánta labor, y luego esta desgracia...! Al fin estaban decentes con sus ropas, decentemente vestidos, no desnudos, con ropas aseadas, no con el olor nauseabundo de la grasa y del humo. Hay que decirlo: vestidos y con el conocimiento de Dios.

Así se fue Jemmy Button de la Misión de la isla Keppel.”

PARKER SNOW:

“Con todo respeto a la señora y al Tribunal, debo acotar algo. En la Misión se imaginaban que habían hecho felices a los fueguinos con la vestimenta, la oración y el trabajo. Sin embargo, Button...”

SR. LOGDEN:

“Espere su turno para hablar...”

PARKER SNOW:

“¡Button estaba a disgusto en Keppel! Cuando volvíamos en el barco, en las proximidades de Wulaia pidió que lo desembarcaran con su familia antes de llegar... Quería seguir por tierra. Seguramente por temor de que el barco pegara la vuelta...”

SR. LOGDEN:

“Se le advierte, señor Snow, que si no respeta su turno no podrá hablar después.”

ABOGADO LANE:

“El reverendo Despard se niega a participar directamente en este juicio. Me pide que lea su alegato dirigido al duque de Newcastle.”

De la lectura de Lane se desprendió que Despard no acusaba abiertamente a Button, pero consideraba que aunque no había tomado parte en la masacre tampoco hizo nada por impedirla. Hablaba de la vida en la Misión. Lane continuó leyendo el documento escrito por Despard.

ABOGADO LANE:

“Una vez intentaron irrumpir en nuestra despensa en busca de melaza. Les hice ver lo molesto que me sentí quitándoles el pastel de ciruelas que comían todos los domingos y nunca más repitieron el intento. Habían robado algunos artículos pequeños y herramientas que pertenecían a los obreros y como sabían que robar estaba mal, decidí que no debían continuar con ese pecado, por lo tanto cuando se estaban embarcando rumbo a Wulaia ordené que se les revisaran los bolsos y cajas en presencia de todos, y los artículos que faltaban fueron encontrados entre sus pertenencias y recuperados. Cuando se los revisaba se mostraron nerviosos, pero así actúa el que es un ladrón consciente. Terminamos en muy buenas relaciones.

”Se podrá observar que los nativos sabían plenamente adónde iban, por qué y por cuánto tiempo, que no hubo tentativa de secuestro ni hubo un trato que pudiera

conducirlos a cometer una masacre.

”Es evidente quiénes fueron los nativos que perpetraron la masacre y el gobernador Moore no necesita cavar la tierra para encontrarlos. Avaricia, avaricia por la posesión de un barco que sabían lleno de un inmenso tesoro en ropas, alimentos y herramientas. Trescientos hombres ignorantes de Dios, del Juicio que vendrá, de la moral, sin ningún límite excepto el temor, aquellos salvajes no evangelizados, codiciando la riqueza de un barco enorme. Tuvieron una conveniente oportunidad cuando los misioneros bajaron a tierra.

”Señor duque, considerando estas circunstancias, tenemos el derecho de pensar que nuestros últimos huéspedes fueron los instigadores de la masacre e imputarla a sus sentimientos heridos.

”Me resisto a ser interrogado por este Tribunal porque se instituye por aquellos que distorsionarán mis respuestas para apoyar sus propias ideas. Sin embargo, ante una Corte justa y ante un juez correcto, estoy dispuesto a explicar que me he comportado ante los nativos como quien los ama y que desea acercarlos a Jesucristo, nuestro Salvador, puesto que sin Él, ni ellos, ni yo, ni usted, señor duque, podremos ver la vida eterna.

”La causa de este desastre fue la simple avaricia y no el maltrato. Se podrá prevenir la repetición de una catástrofe similar si el capitán del barco toma las precauciones y medidas necesarias para prevenirla.

”Su Alteza no recomendará, estoy seguro, que una Colonia Británica sea privada del gran honor de ser un centro de las mayores bendiciones que pueden ser conferidas a pesar y por encima de los más despreciables.”

Quedaba claro que la presencia forzada de Despard en ese juicio tenía como único propósito el hacer irreprochable su posición y al mismo tiempo desautorizar al Tribunal de las Islas. Moore hablaba con el reverendo Bull. Se generalizaron las conversaciones, todos opinaban casi a gritos en un desorden creciente.

Me agobió lo cerrado del recinto y el amontonamiento de gente. Volví a pensar que a Button el calor le debía resultar insoportable. Me levanté lo más discretamente que pude y salí. El aire cortante del mar me golpeó la cara. Caminé unos pasos hacia la playa mientras llenaba con tabaco el hornillo de la pipa y reflexionaba sobre todo lo oído.

A Despard se lo veía completamente abatido. Podía notarse que el mundo se había desplomado sobre él. La asistencia forzosa al juicio se había llevado casi todas sus fuerzas. Podía imaginar el tipo de pensamiento místico que lo acosaba. La mano de Dios se había posado paternalmente en su espalda y lo había impulsado con afecto infinito hacia estas pobres criaturas; sin embargo, un vacío atroz se había instalado en él desde lo sucedido. Era responsable de haber mandado una tripulación entera al matadero. Su ciega confianza en la Misión, el apoyo que para ella había logrado en Inglaterra... Desde todos los rincones llegaban cartas, palabras de aliento para él y su empresa; los habían colmado de bendiciones y estas bendiciones los habían rodeado, los habían protegido en el camino hasta esta tierra, tan necesitada de Dios. Y él había sido el elegido para traer Su palabra. Su confianza había sido puesta en Jemmy Button que ahora era sospechoso de asesinato. Todo el esfuerzo, todos los sinsabores de la vida en estos horribles y hostiles lugares habían sido en vano. No

alcanzaban las lágrimas de la señora Despard para llorar los años de su juventud marchita bajo este viento feroz que parecía borrar hasta la misericordia divina. Sin duda, debía ser algo así lo que Despard sentía, reflexioné mientras vaciaba la pipa. Todo había concluido y presentaría su dimisión. Quizá lo último fuera una expresión de mis deseos. Cuando volví a entrar, estaba hablando el fiscal.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal toma un receso de una hora.”

Séptimo pliego

[Islas Malvinas, 1860.

Por la tarde.]

He utilizado el receso para tomar unos mates. Desperté a Graciana y le he pedido que me cebe. No he dormido en toda la noche, no podría hacerlo. Aquí amanece, míster MacDowell o MacDowness, allá empieza el largo atardecer de las Islas, aquí el calor es tórrido, allá sopla un viento helado, aquí es ahora, allá es cinco años atrás, aquí estoy tomando mate, algo que si debiera explicarle no sabría cómo; lo intento: es una infusión, equivalente a su té de las cinco. Es curioso, este relato no le está destinado, pero me he habituado a su nombre, o tal vez deba decir a sus nombres y ya resulta como si lo conociera.

En las Islas, en el receso, no tomábamos té ni mate sino ponche caliente. Acá, la llanura en el este empieza a volverse lila. Por la ventana del salón del juicio, el mar empezaba a tornarse oscuro.

Me llegó el rumor de que Despard dejaba el juicio y esperaría el resultado en otro lugar antes de embarcarse rumbo a Keppel. El rumor circulaba en la atestada habitación contigua al recinto del juicio donde se podía comer y tomar algo. A duras penas había podido acercarme a la mesa y volver junto a una de las ventanas, donde, de espaldas a la pared, sostenía un vaso de

ponche caliente y un bocado de pan con cordero asado.

Salvo a Smyley, no conocía a nadie, y como Smyley no estaba en aquel lugar, permanecí aislado, escuchando lo que se decía.

El desafuero de Parker Snow provocaba adhesiones y rechazos; se decía que había previsto lo que ocurriría, que era un hombre experimentado y que Despard era despótico. Por otro lado se apoyaba a los misioneros y a su obra. La ola de las conversaciones crecía y las voces se ahogaban unas a otras. La rivalidad entre Despard y el gobernador Moore también era analizada, sobre todo el desconocimiento de Despard de la autoridad del Tribunal.

Me di vuelta hacia la ventana y me sumergí en el desolado paisaje de las Islas. En el buen puerto natural, se mecían al ancla unos cuantos barcos entre los que reconocí la *Nancy*, la *Davidson* y la *Kimberley*, la ballenera en la que había venido.

Terminó el receso y volvimos lentamente a ocupar nuestros lugares. El reloj marcaba ahora las tres de la tarde. El reverendo Despard y su mujer ya no estaban en el banco de los testigos.

De pie, aparentemente sin poder sentarse por una agitación muy visible, Parker Snow esperaba su turno. El gobernador Moore se veía cansado, se inclinó sobre la mesa y dijo algo al oído de Logden. Todo estaba listo.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal llama ahora a declarar al capitán Parker Snow.”

PARKER SNOW:

“Señores del Tribunal, en varias oportunidades durante los tres últimos años he escrito al Gobierno de Su majestad respecto de mi denuncia contra las autoridades del las Islas Falkland y su inclinación a favor de la Sociedad Misionera Patagónica y de mi perjuicio y ruina. Al principio creí que sería desagraviado. Fui demasiado ingenuo para creer que la justicia de mi causa sería suficiente. Ahora sé que si un hombre es pobre o no tiene amigos y se opone a los grupos religiosos o a los que pertenecen al Gobierno, no podrá esperar que la verdad se muestre y lo desagravien. Ahora, con esa lección aprendida, me dirijo al señor duque en su representante, el señor Fortescue ya no como suplicante sino como una persona que tiene los derechos de los reyes.”

Aquí Snow miró significativamente a Fortescue. Sus palabras crearon inquietud, tanto en el Tribunal como en el público. Button había apoyado la espalda en el respaldo y, al igual que Coles, parecía ausente del recinto.

“Ha ocurrido una tremenda masacre en un barco. Yo lo anticipé: alerté a las autoridades; se lo advertí al Gobierno de nuestra patria y supliqué que interviniera para prevenir que esos hombres, bajo el nombre de ‘misioneros’ desarraigaran a los nativos sin tener en cuenta las consecuencias, llevando adelante el plan de la Misión y obteniendo así dinero público fácil...”

SR. LANE:

“Le pido al Tribunal que no contemple lo que este señor acaba de insinuar...”

SR. LOGDEN:

“Después podrá objetar en nombre del reverendo Despard. Continúe el testigo.”

PARKER SNOW:

“Me ofrecí para probar que el plan completo de la Misión era no sólo engañoso sino peligroso para todos. Pero mi voz, por supuesto, no fue escuchada. ¡Ahora se ven los resultados! ¡Toda una tripulación sacrificada! Cuando estaba en funciones como capitán del barco me opuse al camino que seguía el superintendente misionero Despard, que ahora ha preferido retirarse antes de escuchar mis verdades.”

Hablaba con un tono lento y persuasivo, como el que explica algo explicado mil veces. Hizo un gesto irónico hacia el público. Poseía cierto histrionismo y lo usaba.

“Yo no iba a ser parte de los que traerían personas a la fuerza a la isla Keppel con el único propósito de colonizarla; mejor dicho, para mostrar que funcionaba la colonización. El plan de operaciones era traer como fuera a los nativos y

hacerlos trabajar allí, ya que ‘una vez llevados, no podrían escapar’. Confirmé mi punto de vista cuando tuve la opinión del que fue gobernador de las Islas, el señor Rennie, quien no dudó en decir que ese acto sería un secuestro.”

El Tribunal le hizo una seña a Logden, que se acercó. Luego miró al testigo.

SR. LOGDEN:

“¿Consta en algún lugar esta opinión del ex gobernador Rennie?”

Me dio la impresión de que Parker sólo esperaba que se le preguntara eso.

PARKER SNOW:

“Sí, señor. Consta. Consta en su carta al diario *Times* de Londres, del 10 de diciembre de 1859. Diario que he traído y tengo en mi poder.”

SR. LOGDEN:

“Prosiga.”

PARKER SNOW:

“La Sociedad cometió dilaciones, calumnias, abusos; se hicieron reuniones en todo el Reino para reunir fondos y se malgastó el dinero que debía utilizarse en gastos de la Misión. Pero el veredicto era de ellos. Yo había desobedecido órdenes, y a pesar de no estar loco sino profundamente consciente de lo cruel y perverso de este negocio de deportar nativos y pese a haber tenido a cargo el barco *Allen Gardiner* durante dos años y a pesar de que la Sociedad me expresaba su agradecimiento, la Ley dijo que yo sólo era una máquina y que, habiendo desobedecido las órdenes del misionero jefe, debía sufrir. Y he sufrido, junto a mi esposa. El motivo por el cual me dirijo ahora hacia Su Alteza, en su representante, es para solicitarle se ordene una investigación y se frenen estos actos insensatos, permitidos por funcionarios del Gobierno. Hace cinco años, cuando yo estaba a cargo, las autoridades me dijeron que traer nativos a la fuerza podía considerarse secuestro, como acabo de decir, incluso homicidio si llegaba a ocurrir algún desastre. Ahora que toda una tripulación ha sido masacrada por los nativos, sin ninguna duda en venganza contra los misioneros por llevarse a sus niños y parientes a la fuerza, me doy cuenta de que esos cargos iban a ser aplicados sólo a mí, por ser pobre y no tener amistades, y no al capitán Sullivan que me suplantó en el cargo ni a la Misión, con la que estaba en todo de acuerdo. Pregunto: ¿Es así porque tienen medios e influencias para hacer casi todo lo que les plazca? ¿No hay nadie que vea esto, señor? ¿Ningún gobierno preguntará e investigará cómo los nativos han sido llevados de la Tierra del Fuego a Keppel? Al comienzo, yo tenía la orden de traer

a dos fueguinos para que la Misión informara al público, en su propaganda en Inglaterra, que ‘los nativos ya estaban viviendo en la estación de la Misión’. De inmediato noté que el riesgo era grande. Es más, en ese primer viaje mi consigna era encontrar a Jemmy Button y llevarlo a Keppel. Todos creyeron que este nativo educado en Inglaterra sería su salvoconducto, sería una inestimable ventaja en la pesada tarea de establecer los primeros contactos con los nativos. Todo parecía fácil a partir de allí. Pues bien, el hombre con el que me encontré era éste.”

Parker Snow señaló directamente a Button.

“Estaba desnudo y su aspecto era en todo igual al de sus compatriotas. ¡Y aquella pobre criatura había sido el ídolo favorito de Londres, había sido presentado a la Realeza y, finalmente, enviado de vuelta a la Tierra del Fuego como un hombre pasablemente educado! De verdad, señores, yo no salía de mi asombro, y mi asombro creció cuando me dio la bienvenida en palabras entrecortadas de mi propio idioma; pero debí reaccionar de inmediato, porque en su impaciencia, el catequista quería atrapar algunos niños de las canoas. Por suerte alcancé a detenerlo. Los fueguinos no llegaron nunca a entender la razón de la Misión, lo único que entienden es que los hombres blancos les quitan a sus niños y los quieren llevar, no saben con qué propósito, a un lugar muy alejado de sus islas. Me di cuenta de que podría sobrevenir una venganza. Los nativos no querían que se los trate del modo en que lo hicieron. Y repito: no es más que

esclavitud lo que se practica cuando un fueguino es llevado a Keppel: se lo hace trabajar, se le hace usar el lenguaje de la Sociedad Misionera y se hace lo posible para que no pueda escapar. Ahora bien, por haber visto todo esto fui despedido, abandonado con mi esposa en Stanley, sin dinero, condenado a recorrer las colinas para obtener algo de la venta de nuestros enseres domésticos —ya que la Misión me pagó con una alfombra usada y carne de cerdo— y poder comprar el pasaje de regreso a Inglaterra. No me han escuchado. No me han escuchado en absoluto.”

Se detuvo un momento como para tomar el aire que le faltaba. Pidió un vaso de agua y se lo alcanzaron.

“Cuando llegó el nuevo gobernador, el señor Moore, señor representante del duque, en un primer momento me aconsejó no hacer lo que me pedía Despard; sin embargo, más tarde, él y sus funcionarios colaboraron con la Misión para provocar mi despido. Rechazaron toda investigación que pudiera prevenir esta matanza. El Ministerio Colonial tiene por objeto hacer justicia, y debe atender tanto al más insignificante como al más poderoso. Sin embargo esto no ocurre así. La Misión tiene apoyo oficial y yo soy nadie. ¡Ahí está el capitán Sullivan, mi sucesor! ¡Es jefe de un departamento del Gobierno! Entonces la Misión ¿tiene o no tiene apoyo oficial? ¿No es acaso Sullivan miembro principal activo de esta Sociedad Misionera? ¿Y no ha tratado de hacer funcionar la Colonia con el trabajo de los nativos? ¡Lo tengo todo escrito y probado!”

El señor Fortescue hizo una discreta seña al señor Logden para que se acercara. No vio esto Parker Snow, pero sí lo vimos nosotros. Hubo una rápida deliberación. En la sala la gente se movía incómoda en las sillas. Parker Snow era un hombre que inquietaba a muchos en Puerto Stanley y muy pocos debían tener interés en que desplegara con detalles su elocuencia.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal solicita al testigo que termine de exponer los puntos más importantes para dar lugar a otros testimonios pertinentes.”

En este punto Parker Snow hizo algo inesperado: se rió. Sacudía la cabeza como indicando que eso y no otra cosa era lo que él podía esperar del Tribunal. Lentamente recorrió con la vista la asamblea.

PARKER SNOW:

“Comprendo, su Señoría, no crea que no comprendo. Y voy a ir al grano. No se me escapa que, aquí, Parker Snow tampoco será escuchado. De todos modos, estos son los puntos principales.”

Tengo muy presente el gesto que hizo en ese momento. Con el índice de la mano derecha iba tirando hacia atrás, uno a uno, los dedos de la mano izquierda.

“Primero: Parker Snow fue obligado a dejar su cargo por expresar abiertamente su opinión y por negarse a formar una nueva colonia ganadera en Keppel, donde se engañaba a los nativos, trayéndolos a la fuerza y haciéndolos trabajar sin que pudieran escapar. Segundo: el capitán Parker Snow estaba a favor de una investigación que pudiera demostrar no sólo el error que se cometía con los nativos sino, además, probar que el plan del misionero Despard y sus compañeros era una especulación comercial bajo el nombre de “Misión”. ¡Pero se negaron a escuchar toda evidencia! Tercero: mientras todo esto ocurría, las autoridades coloniales recibían favores del misionero Despard y de su grupo, y cuando se capturó y se retuvo el barco del capitán Snow por orden de un magistrado, aquí en Stanley, ese magistrado estaba bebiendo y fumando con el abogado de Despard, en la casa del abogado, y observando desde allí los hechos. Cuarto: cuando se le pidió un desagravio para el capitán Snow, el magistrado se negó y Parker Snow fue advertido de que no podría hacer nada, ya que dicho magistrado tenía un amigo en el Ministerio Colonial que entorpecería toda investigación. Y por último, si es que hablo para alguien, ¡hubo funcionarios del Gobierno que apoyaron esta Misión en sus equivocados actos de conveniencia! Despard y la Comisión se jactaban de recibir apoyo de parte de personas influyentes, siendo uno de ellos el capitán Sullivan, jefe del Departamento de Marina del Ministerio de Comercio, quien podía usar todo su peso e influencia para perjudicar a Parker Snow. Y fue él mismo, Sullivan, quien hizo los planes y dio las directivas para la formación de la colonia ganadera en las Falkland occidentales, es decir Keppel, ya que él era socio de una compañía de ganado de estas Islas y estaba deseoso

de venderle 134 cabezas a la Sociedad Misionera, ¡a condición de que él y sus socios tuvieran beneficios a medias!”

Un murmullo estalló en la sala. Alfred Coles, que dormitaba apaciblemente con la cabeza caída hacia un costado, dio un salto en su silla. Moore y Fortescue se miraban entre ellos. El fiscal golpeó la mesa pidiendo orden. Snow siguió, casi a gritos.

“Tengo pruebas de todo lo que afirmo. Por todo lo dicho, señor duque de Newcastle en su representante, es decir, señor Fortescue: ¡esta detestable Sociedad Misionera Patagónica, abominada por Dios y por los hombres, detestada por el correcto pensamiento imparcial de las personas, aunque está protegida por el Gobierno, será ejemplo de vergüenza y deshonor en cada lugar que vaya! ¡Y no hago esto sólo por mí! Los pobres que sufren y los miles de atormentados de esta tierra despiertan sentimientos en mi corazón que, así me lleve la vida, expresaré y difundiré de viva voz en cada rincón del planeta en que me halle. Muchos de los que me conocen bien saben cuánto amo las antiguas instituciones y cuánto respeto a la autoridad, pero, señor duque, las personas no son sólo máquinas para ser usadas como arcilla barata sin que puedan abrir la boca cuando se las agravia. Mi querida esposa y yo hemos sido profundamente agraviados por la Sociedad Misionera Patagónica apoyada y defendida por los funcionarios de la Corona en estas Islas, y es por los actos de estos últimos que yo ¡reclamo justicia!”

Sobre la sala cayó un silencio pesado que nadie se atrevió a interrumpir. Parker Snow había vuelto a sentarse en su lugar, visiblemente agotado por el esfuerzo nervioso. Eran casi las cuatro de la tarde.

El Tribunal llamó a Logden y deliberaron un momento. Después el fiscal habló al público.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal se tomará quince minutos de receso antes de considerar el descargo de James Button. Se pide al público que permanezca en sus lugares.”

¿Debo aclarar, míster MacDowell o MacDowness, que yo, como todos en la sala, me sentía impresionado por las declaraciones del capitán Parker Snow? Sin embargo, detrás de aquella maraña de intereses había un solo interés ausente. Y era el de los yámanas. No eran las razones esgrimidas hasta el momento la causa de los asesinatos. Una larga, larguísima cadena de abusos de todo tipo había llevado a los dueños de Cabo de Hornos, a los habitantes de la Tierra del fuego a esta matanza. Para el clan de Button, todos los hombres venidos del este eran iguales y sus razones ya no importaban. Todos eran abusadores y nadie les había preguntado nunca quiénes eran ellos ni habían tenido en cuenta nunca sus derechos. Me maravillaba que aquella gente necia no pudiera siquiera considerarlo. No había para Button arreglo ni justicia. Los fueguinos habían aprendido a detestar al blanco y de allí no había retorno. Sólo querían que se fueran para siempre de sus tierras.

Unos minutos más tarde, la puerta lateral se abrió y volvió a entrar el Tribunal.

SR. LOGDEN:

“El Tribunal pide que haga su descargo el prisionero fueguino James Button.”

El alguacil junto a Jemmy le tocó el hombro y le indicó que debía hablar. Button se puso de pie. Sus ojos permanecieron quietos en el fondo de las hundidas cuencas. Había comparecido y había jurado sobre una Biblia. Era otra vez, tal vez por última vez, un hombre atento a nuestros extraños ritos y ceremonias, y allí estaba, de pie, sin un atisbo de acobardamiento mirando al frente pero atento a todo.

JAMES BUTTON:

“I stayed at Keppel Island four moons, with wife and children. Did not like to stop; don't want to; don't like it. Despard say, 'Go back, Jemmy; you're old; your children stop'. Would like children to stop at Wulaia; want to go back, all like to go back Wulaia.”

El inglés gutural de Button iba despertando de un letargo de casi treinta años. Las ideas buscaban en ese idioma su sonido, al principio sin encontrarlo, pero poco a poco lograba unir palabra tras palabra y frase tras frase. Sentí al oírlo lo que seguramente

nadie en esa sala pudo dejar de sentir: tuviera el aspecto que tuviera, aquél no era un hombre común. El mismo fiscal Logden parecía impresionado. Después de una pausa, le preguntó sin hostigarlo si el reverendo Despard le había pedido alguna vez ir a Keppel.

“Mr. Despard said, ‘Go two times to Keppel, two times a year Wulaia; no work at Keppel. Cask of water a big tub at Keppel; spear fish at Keppel, no catch seal, catch fish, big fish’. Our country boy very angry boy when Despard look into bags. Oen’s countrymen killed Captain Fell; all same Patagonians bow and arrow men. My country is a small channel, others from big waters; my country near Wulaia, theirs near Patagonia. Oen’s country boys say we no kill you; you go away, we kill them. Captain Fell was killed with stones by Oen’s country. I see captain Fell killed; carpenter; another man saw one killed; I no see R. Phillimps killed. I put four in the ground. I no see the others. I will show Captain Smyley. I no see no one live; I think one get away in the field, run away. I bury Captain Fell, and the carpenter, and two other Swedes. I no sleep in schooner, run about all around island, no see white man. We look for body captain Fell my brother say, all by ground near house, my brother dig. Every tribes speaks differently, woman at Wulaia is ‘keepa’; my tribe has fifteen canoes, plenty canoes other side over water, plenty. York people no speak Wulaia, Oen’s country no speak. York’s country two ships broke long time ago. York man eat man, scracht country. My brother perhaps go back to Keppel. I had plenty of it, no want go back; been away three times; country men perhaps

go back. My country boy no want to go back to Keppel.”

Ésta era la última imposición de los blancos a Button y era, seguramente, su última concesión a los ingleses. He aquí lo que tenía que decir y lo había dicho en inglés.

He utilizado el idioma que él usó. He utilizado, por única vez, la lengua de Mallory. Es una de las grandes ironías de esta historia. Pero por si algún día uno de mis compatriotas llegara a leer este relato, voy a traducir lo que Button dijo. Y voy a explicar lo que, a mi juicio, quiso decir:

“Estuve en isla Keppel por cuatro lunas, con esposa e hijos. No me gustó quedarme; no quería, no me gustaba. Despard dijo: ‘Vuélvete, Jemmy, eres viejo, que se queden tus hijos’. Yo quería que los niños se quedaran en Wulaia; yo quería volver; todos querían volver.”

(Button dejaba muy claro que su viaje a Keppel había sido una forma de aplacar a los blancos que desembarcaron con la novedad de una Misión. Habían sido un viaje y una estadía de reconocimiento.)

Pregunta: “¿Mr. Despard le pidió a usted ir a Keppel?”

Respuesta: “Despard dijo, ‘Ve dos veces a Keppel; dos veces [equivalen a] un año en Wulaia: no trabajo en Keppel, casco de agua dulce es gran tonel en Keppel, pescarás con arpón en Keppel, no agarrarás focas agarrarás pez, un gran pez’. A ellos [los marineros] no los vi revisar las bolsas; un muchacho nuestro muy enojado cuando Despard miró dentro de las bolsas. Los Oens mataron al capitán Fell. Igual que los patagones, hombres de arco y flecha. Mi país está en un canal pequeño, los otros son de las

grandes aguas. Mi país es Wulaia, el de ellos está cerca de Patagonia.”

(Es decir: Button aceptaba el enojo de los suyos ante la requisa, ya que hubiera sido absurdo negarlo, pero involucraba al reverendo Despard y de paso echaba la culpa a sus ancestrales enemigos, los Oens, a los que mostraba como feroces.)

“Los Oens me dijeron: a ustedes no matamos, váyanse, los mataremos a ellos. Puse cuatro en el piso. No vi a los otros. Yo enterré al capitán Fell, al carpintero y a otros dos suecos. No dormí en goleta, recorrí tierra adentro; no dormí más, recorrí. Estuve en todas las islas de alrededor, no vi hombres blancos. Busquemos el cuerpo del capitán Fell, dijo mi hermano. Por todo el terreno cerca de la casa, cavó mi hermano.

(Esa era por fin la coartada de Button para volver a Wulaia. Él había enterrado los cuerpos. Sabía que los blancos querían recuperarlos para darles sepultura según sus ritos. Él conocía dónde estaban, y por lo tanto, debían llevarlo de regreso para que les indicara el lugar.)

“Cada tribu habla diferente, mujer en Wulaia es ‘kipa’. Mi tribu tiene quince canoas, cantidad de canoas al otro lado del agua, cantidad. La gente de York no habla Wulaia; en el país de los Oens no hablan, ellos no hablan. Hace mucho tiempo en el país de York naufragaron dos barcos; la gente de York come carne humana, país peligroso.”

(Button daba pistas a los blancos para que supieran que no todos eran el mismo pueblo en la Tierra del Fuego, y que sus habitantes hablaban distintas lenguas. Era además una región poblada por antropófagos, algo que, Jemmy lo sabía muy bien, aterrorizaba a los europeos. Por lo tanto, un lugar peligroso. Mejor no ir.)

“Quizá mi hermano vuelva a Keppel. Yo ya he tenido

bastante, no quiero volver; estuve fuera de mi país tres veces. Quizá mis compatriotas vuelvan, pero mis compatriotas no quieren volver a Keppel.”

(Con esa promesa ambigua, Button resguardaba a su hermano, y dejaba claro que no querían nada con la Misión. En las palabras *tres veces* estaba comprendido también el viaje a Inglaterra.)

A pesar de todo, yo estaba decepcionado. Absurdamente había imaginado un alegato de Button que, por otra parte, hubiera sido imposible. A Button no le interesaban los blancos, no tenía nada que decirles, no quería revelarles nada. Actuaba como el 2desdichado indígena2 de buena voluntad. En realidad, había venido a ver qué intenciones tenían después de la matanza; a averiguar si habría una expedición punitiva. Lo único que debía traer era una excusa válida para que lo llevaran de vuelta. Y ya la había expuesto.

Todo estaba dicho. Logden anunció que el Tribunal se retiraba a deliberar.

Yo miraba a Button y mi mente disparaba preguntas como zarpazos. ¿Qué era toda esta farsa? ¿O esos respetables hombres y mujeres ignoraban hasta qué límites habían sido llevados los yámanas? ¿No sabían que los foqueros y balleneros mataban a palos manadas enteras de focas y de lobos marinos, de zorros y guanacos, llevándose la comida, matando por matar? ¿Ignoraban que violaban a sus mujeres y a sus niñas, generalmente a las niñas porque las mujeres peleaban con tanta ferocidad como los hombres, a tal punto que para reducir las a menudo era necesario matarlas a golpes, mientras que las niñas eran como las focas, mucho más fáciles de atrapar, mucho más aptas para divertir a esos

hombres desquiciados? ¿No sabían que de esas uniones monstruosas resultaban niños cuidados por los yámanas? ¿No sabían que otros hombres de apariencia más inofensiva llamados científicos les aplicaban una pasta blanca en la cara para tomar sus moldes y llevarlos a exhibir en países lejanos y que esta práctica se había realizado incluso hasta la muerte por asfixia o la humillante prueba en los genitales o en los pechos de las mujeres o los muchachos que inocentemente se les habían acercado? Se mostraron desnudos y se los calificó de desprovistos de toda moral. ¿Ignoraban los pálidos hombres de Iglesia que la desnudez era imprescindible para vivir porque las mujeres debían pescar así, sin ropas, arrojándose de las canoas a bucear? Los misioneros pretendían que les dejaran sus hijos para arrancarlos de sus tradiciones ancestrales. ¿No sabían que sus padres, sus abuelos y los abuelos de sus abuelos habían legado una larga tradición de espiritualidad, de ceremonias secretas, de sabiduría, que los jóvenes recibían de los ancianos? ¿Ignoraban, al fin, lo insensata que les resultaba la idea de la propiedad, inadmisibles para la sobrevivencia yámana entre quienes todo es de todos, y en consecuencia lo absurdo de la obsesión central de los blancos: el robo? ¿Qué significado podía tener esa palabra por la que habían sido castigados y asesinados?

Lo que el Jurado llamaba “la masacre” era para Button la fatal consecuencia del encadenamiento de los hechos y el punto donde confluía el odio contenido durante décadas. El precio había sido pagado.

Se abrió la puerta lateral y entraron Logden y el capellán Bull. Era evidente que el Tribunal quería terminar cuanto antes.

CAPELLÁN BULL:

“Todo lo actuado por este Tribunal será elevado a Londres, a la Oficina de Colonias. De la declaración de Jemmy Button se desprende que: constantemente declaró su falta de voluntad para ir a la isla Keppel y la falta de voluntad de su pueblo; que no hay pruebas directas de que Button tomara parte en la terrible tragedia aunque sí en el saqueo. Su venida voluntaria a bordo de la *Nancy* prueba que no fue un acto premeditado. Creemos que fue un acto de venganza llevado a cabo por algunos nativos no identificados que se sintieron insultados por la requisita de los bolsos.” En vistas a futuras operaciones misioneras: deberán llevarse a cabo en las tierras de los nativos, en medio de esa gente. El grupo misionero deberá estar armado en prevención de una emergencia. Deberán vivir en una casa de piedra, hacer jardines y tratar de enseñarles inglés a los nativos.”

Jemmy Button quedaba libre. El capitán Smyley se acercó a él, le dijo algo y salieron juntos por la puerta principal. Coles había sido retirado. El Tribunal dejó el salón. Unas mujeres empezaron ruidosamente a ordenar sillas y bancos.

Afuera, unos pocos hombres seguían comentando los hechos. Nada estaba del todo claro. El asunto terminaba siendo más complicado de lo que se creyó al principio. La declaración de Parker Snow había sembrado grandes dudas. Se habían tocado intereses de las Islas que no se resolverían con ese juicio. Y finalmente, qué pruebas había contra Button. Había enterrado a los muertos, había venido a declarar por propia voluntad. No parecía

haber cargos reales contra él, salvo la palabra de un tipo desquiciado. El cocinero Coles no había sido convincente ni inspiraba confianza, era un pobre diablo ignorante, capaz de dormirse durante un juicio. Londres vomitaba cientos como él a los barcos. En cambio, Button, aunque salvaje, poseía un cierto prestigio. En Londres había sido famoso, ¿no lo había recibido el rey?, ¿los diarios no habían hablado de él?, y aunque esto había ocurrido décadas atrás, seguía poseyendo esa aura indefinible que todavía lograba inspirar respeto a los blancos que se le acercaban.

El aire helado me abrió los pulmones. En la playa gris, una bandada de gaviotas disputaba con los cormoranes la comida del atardecer. El juicio había durado ocho horas.

En el hospedaje, Smyley preparaba sus cosas. Despard le había dado instrucciones: que regresara a la Tierra del Fuego de inmediato a recuperar la goleta *Allen Gardiner* y que devolviera a Button a Wulaia: debía señalar el lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los misioneros para que el capitán les diera cristiana sepultura. Levarían anclas en un par de horas, no bien terminaran los preparativos. En cuanto a mí, había arreglado mi embarque en una nave que partía a Montevideo esa misma noche.

Todavía quedaba un poco de luz en el cielo y yo tenía algo que hacer.

El anochecer en las Islas no puede ser más triste. Caminé hasta el muelle. Cerca de una caseta, lo vi. Solo, sentado sobre un rollo de sogas de amarre.

Encendí la pipa para darme tiempo y me aproximé despacio. Se agazapó al oírme, como buscando instintivamente las piedras. Cuando me reconoció, se puso de pie.

—Jack —su voz fue ronca, apenas audible.

Yo no era un inglés; supe que nunca había sido un inglés para él, a pesar de que ésa fuera la única lengua en la que habíamos podido comunicarnos.

—Omoy-lume —Largamente le estreché la mano.

Nos quedamos mirándonos un rato. Se tocó el pecho y señaló la *Nancy* indicándome que embarcaría. Con ademán seco y preciso marcó el sur. Era un gesto duro, sin atenuantes.

Me miró otra vez y dijo:

—¿Familia, hijos, ¿bien?

—Muy bien —mentí.

—¿Cuántos hijos y cuántas mujeres? —quiso saber.

Hice un gesto vago. Él sonrió:

—Omoy-lume cuatro mujeres, nueve hijos, pequeños y grandes.

El viento desgreñaba aún más el pelo hirsuto de Jemmy. Vi las arrugas y el cansancio acumulado alrededor de sus ojos; seguramente veía lo mismo en los míos. Más arrugas y más cansancio todavía que en la tarde del encuentro en la niebla.

A unos cincuenta metros, se abrió la puerta de la caseta del muelle y unos hombres arrastraron bultos que cargaron en uno de los botes de la *Nancy*. Contra el cielo gris plomo del crepúsculo, uno de los barcos encendió sus fanales de popa.

—Vi Jack en el wigwam grande.

—Debía estar ahí. Vine a verte.

Guardó silencio un momento. Después dijo con tono cansado:

—Blancos huían y aullaban. Pero antes nosotros: mujeres y niños aullaron, nadie escuchó. Focas y lobos aullaron. No dejaron nada. Por eso matamos. Mi hijo también mató. Que no vuelvan — Button hablaba mirándome fijo a los ojos, cerciorándose de que pasaba un mensaje que debía ser bien entendido y transmitido.

Buscaba las palabras que le faltaban. Se tomaba su tiempo. Quería que todo estuviera dicho con la mayor exactitud.

—Comprendo, Omoy-lume.

Las preguntas no tenían sentido ahora. Repitió de otra manera lo que había dicho:

—Muertes no buenas, Jack; necesarias. Tiempos malos.

—Comprendo.

Nuestro viaje a Inglaterra se perdía para Button en la niebla del tiempo; lo que allí había pasado pertenecía a la memoria de los otros o había sido olvidado. Sólo a veces volverían ráfagas de lugares y gente, de cosas inexplicables. Había locura en el mundo de los blancos, una violencia que no era la misma violencia de arrojar piedras con la honda o arponear un gran pez.

Un hombre gritó que el bote estaba listo.

—Adiós, Jack —Button extendió las dos manos y me aferró los antebrazos—. Última despedida.

Tomé sus antebrazos con fuerza:

—No volveremos a encontrarnos.

—Última vez, Jack. No más sueños.

—Adiós, Omoy-lume.

Subió ágilmente al bote. Los hombres remaron sin apuro. Desaparecieron por detrás del casco, subieron por babor. Una ráfaga súbita de viento frío me estremeció y en los barcos sacudió las velas. Vi reaparecer a Jemmy en la borda. Me miraba desde allá, acodado en la popa, solo. Con el ruido familiar de cadenas y gritos repetidos, la *Nancy* levó anclas, las velas se desplegaron y el barco comenzó a describir un lento semicírculo.

Button seguía inmóvil, en la popa, mirando hacia donde yo estaba; cuando el barco puso proa al sur, repentinamente se quitó la camisa y el pantalón y los arrojó por la borda, hacia arriba. Las pequeñas manchas flamearon un segundo en el aire contra el cielo

y cayeron al agua.

Desnudo, levantó el brazo y lo sostuvo en alto; su mano, arriba, separó los dedos.

Levanté mi brazo.

Recuperada su desnudez esencial, Button volvía al hondo sueño de la Tierra del Fuego, al viento polar, a la libertad de sus bosques, al invierno más antiguo del mundo, a las altas hogueras de la noche austral, a su patria.

No habría “posterior destino” para el “desdichado indígena”. Ni para los suyos ni para nadie de su tierra porque, fatalmente, iban a sucumbir. Su destino y el de su pueblo estaban sellados. Ahora había diablo en el país de Omoy-lume.

Envejezco, míster MacDowell o MacDowness. Allí en el muelle, viendo alejarse la *Nancy* sentí por primera vez que envejecía. Tantas ciudades, tabernas, mendigos, putas, tempestades, tantas estrellas vistas. El océano del fin del mundo, una ciudad como un océano, Isabella, un albatros de alas desplegadas en el viento, el *Encounter* y el *Beagle*, una mujer yámana y su hijo desnudos bajo la nieve que caía, una vela rígida de hielo, dos tumbas barridas por el viento, Tasmania y Japón y la fábula de Robinson con la que Mallory me enseñó a leer giran vertiginosamente como el tributo enloquecido de un *Maelström* de la memoria alrededor de un punto ínfimo que soy yo, de pie, en el muelle de Stanley, viendo la popa de la *Nancy* perderse en la oscuridad, dócilmente, hacia el sur.

Estamos en abril y la certeza del otoño es como un bálsamo para la llanura agotada por el verano. Me siento como un

convaleciente que prueba con cautela si puede caminar. Hace semanas que concluí el relato. Desde entonces, acostado en el catre, he contemplado impasible el transcurrir de los días y las noches. Ajax se acerca, me mira como miran los perros y vuelve a echarse. Hoy, finalmente, me dispuse a anotar unas palabras finales y a fechar las partes de este escrito, como para darles algún orden. Es nada más que un gesto. He alcanzado la edad de mi padre cuando tomó su última decisión. Entiendo que siempre hay dos caminos y después otros dos, hasta el infinito; pero al comienzo, sólo dos.

Graciana me mira como si me reconociera, contenta porque me levanto y retomo una actividad que ya le es familiar. Como si algo empezara de nuevo.

Mañana, o tal vez esta noche si encuentro voluntad, voy a despejar la mesa, voy a plantar en el medio el candil y le voy a enseñar a sostener la pluma, a entintarla, a trazar y a comprender los signos enigmáticos con los que, pacientemente, me ha visto convivir tantos meses. Si éste es un relato para nadie, quizá yo mismo deba crearle un lector, y tal vez sea ella, míster MacDowell o MacDowness, la que algún día pueda alcanzar el sentido de estos papeles sin destino.

*Quiero expresar mi agradecimiento a las siguientes
personas:
a mi hermana, Elsa Iparraguirre, fuente de consulta
permanente; a Damián Itoiz; a Cecilia y Rex Gowar; a
Oscar Zanola, director del Museo del Fin del Mundo, en
Ushuaia, Tierra del Fuego; a Mercedes Güiraldes y a
Eduardo García Belsunce. A la minuciosa lectura de Irene
Gruss y al cálido estímulo de Paula Pérez Alonso.
Deseo destacar especialmente mi deuda con Sylvia Lodge.
En Londres, su generosa disposición de tiempo y de talento
me permitieron obtener documentos de los archivos del
PublicRecord Office y de distintas bibliotecas
especializadas, sin los
cuales la reconstrucción de la historia habría sido
imposible.*

S.I.

Buenos Aires, 1998

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2000
en Color Efe, Paso 192,
(1870) Avellaneda,
Buenos Aires, República Argentina.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmesese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia:4628

Sylvia Iparraguirre

La tierra del fuego

En 1830 se llevó a cabo un extraño experimento, que puso en contacto dos mundos alejados en el tiempo y en el espacio. Jemmy Button, indio yámana del Cabo de Hornos, fue trasladado a Londres por el navegante Fitz Roy, junto a otros compañeros, a fin de asimilarlos a la cultura británica.

El contacto entre este "buen salvaje" y una ciudad en la cima del progreso pondrá en evidencia el fracaso de la empresa, que culminará, años después, en un insólito juicio en las islas Malvinas. La tierra del fuego son las memorias de John William Guevara, hijo bastardo de inglés y criolla.

La ficción dispondrá en un encuentro en el remoto sur entre Guevara y Button. La inesperada fraternidad entre estos habitantes de los confines -la Pampa y la Tierra del Fuego- quedará sellada por una tragedia que la historia jamás atinó a reivindicar. Relato de caminos, de confluencias, La tierra del fuego incita a una lectura revisionista -el informe de ultramar, la crónica de viaje del siglo XIX- a la vez que, eminentemente actual.

ALFAGUARA


ISBN:950-511-414-1